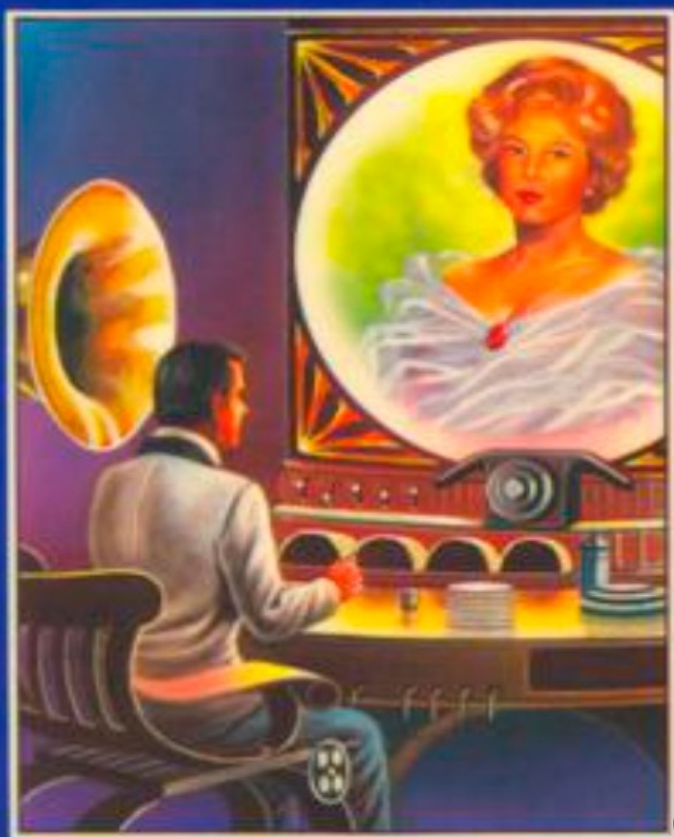


Julio Verne

Ayer y Mañana



de

Esta es una colección de cuentos que a la muerte del autor fueron recopilados y preparados su hijo, Michel Verne. Todas las historias de esta colección fueron manipuladas y modificadas por Michel, por lo tanto es considerada apócrifa.

Los cuentos incluidos en este volumen son: *La familia Ratón*, *El señor Re-sostenido y la señorita Mi-bemol*, *El destino de Juan Morenas*, *El humbug*, *La jornada de un periodista americano en el 2889* y *El eterno Adán*.



Jules Verne

Ayer y Mañana

ePub r1.1

Titivillus 12.10.16

Título original: *Hier et demain*
Jules Verne, 1910

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



AVENTURAS DE LA FAMILIA RATÓN

Cuento de hadas^[1]

I

Había una vez una familia de ratas, compuesta por el padre Ratón, la madre Ratona, su hija Ratina, y su primo Raté; sus criados eran el cocinero Rata y su buena mujer Ratana. Ahora bien, niños míos queridos, acaeciéndoles tan extraordinarias aventuras a estos estimables roedores, que no puedo resistir el deseo de contároslas.

Pasaba esto en el tiempo de las hadas y de los encantadores, en el tiempo asimismo en que las bestias hablaban; de esa época es, sin duda, de la que data la frase «decir bestialidades». Y, sin embargo, esas bestias no han dicho ni dicen más bestialidades que las que dicen y han dicho los hombres de hoy y los hombres de antaño.

Escuchad, pues, mis queridos niños; voy a dar principio.

II

En una de las más hermosas ciudades de aquel tiempo y en la más hermosa casa de la ciudad residía una buena hada que se llamaba Firmenta; hacía todo el bien que un hada puede hacer, y era muy amada.

Según parece, en aquella época todos los seres vivos estaban sometidos a las leyes de la metempsicosis; no os asustéis de esta palabreja, que no significa otra cosa sino que había una escala en la creación cuyos escalones debía franquear cada uno de los seres para poder llegar hasta el último, y tomar puesto en las filas de la humanidad; así que de esta suerte se nacía molusco, se convertía uno en pez, en pájaro luego, en cuadrúpedo después y, por fin, en hombre o mujer.

Como veis, era preciso ascender del estado más rudimentario al estado más perfecto; podía, con todo, suceder que se volviese a bajar la escala merced a la maligna influencia de algún encantador; y en tal caso, ¡qué triste existencia! ¡Figuraos: haber sido hombre y convertirse luego en ostra! Por fortuna, esto no se ve ya en nuestros días, físicamente al menos.

Sabed también que esas diversas metamorfosis se operaban por intermedio de un genio; los genios buenos hacían subir y los genios malos hacían bajar, y si estos últimos abusaban de su poder, el Creador podía privarles de él por algún tiempo.

Innecesario es decir que el hada Firmenta era un buen genio y que nadie había tenido jamás que quejarse de ella.

Ahora bien: una mañana encontrábase el hada en el comedor de su palacio, una habitación adornada con tapices magníficos y hermosísimas flores; los rayos del sol se deslizaban a través de la ventana, salpicando acá y allá de puntos luminosos las porcelanas y la vajilla de plata colocadas sobre la mesa; la sirvienta acababa de anunciar a su ama que el almuerzo estaba servido; un buen y succulento almuerzo, un almuerzo como las hadas pueden hacer sin ser tachadas de glotonas.

Mas apenas acababa de tomar asiento el hada, cuando llamaron a la puerta de su palacio.

La criada fue a abrir; un instante después anunciaba al hada Firmenta que un hermoso joven deseaba hablarle.

—Hazle entrar —dijo Firmenta.

Hermoso era, en efecto; de estatura algo más que mediana, con

cara de bueno y de valeroso y de unos veintidós años de edad; vestido con gran sencillez, sabía presentarse con soltura y gracia; el hada, a primera vista, se formó una opinión favorable acerca de él; creyó que, cual tantos otros a quienes ella había distinguido con sus favores, el joven iba a pedirle algún servicio, y sentíase dispuesta a prestárselo.

—¿Qué deseáis de mí, apreciable joven? —preguntó con su más amable tono de voz.

—Hada bondadosa —respondió el joven—, soy muy desgraciado y no tengo esperanza más que en vos.

Y como viese que vacilaba.

—Explicaos —dijo Firmenta—; ¿cuál es vuestro nombre?

—Me llamo Ratín; no soy rico, y, sin embargo, no es la fortuna lo que vengo a pedir; no, lo que pido es la felicidad.

—¿Creéis, pues, que puede ir la una sin la otra? —replicó el hada sonriendo.

—Lo creo.

—Y tenéis razón; continuad, joven.

—Hace algún tiempo —prosiguió—, antes de ser hombre, era yo ratón, y como tal, fui muy bien acogido por una excelente familia, con la que contaba yo unirme por los más tiernos lazos; había conquistado las simpatías del padre, que es un ratón de muy buen sentido; tal vez la madre no me miraba con tan buenos ojos, por no ser rico; pero su hija Ratina, ¡me miraba con tanta ternura!... Iba yo, por fin, a ser aceptado, cuando una horrenda desdicha vino a desvanecer mis esperanzas.

—¿Qué fue lo que ocurrió? —preguntó el hada con el más vivo y afectuoso interés.

—Pues, en primer lugar, que yo me convertí en hombre, en tanto que Ratina continuaba siendo rata.

—Bueno, pues aguardad a que su última transformación haya hecho de ella una muchacha...

—Indudablemente, buen hada; pero, por desgracia, Ratina había sido vista por un señor poderoso que, acostumbrado a satisfacer todos sus caprichos, no puede soportar la menor resistencia; todo debe someterse a sus deseos.

—¿Y quién es ese señor? —preguntó el hada.

—El príncipe Kissador. Le propuso a mi querida Ratina que se

fuera con él a su palacio, en donde sería la más feliz de las ratas; negóse ella, aun cuando su madre, Ratona, se mostró muy complacida; el Príncipe intentó entonces comprarla por un precio muy elevado; pero el padre, Ratón, sabiendo cuánto me amaba su hija y que yo moriría de pena si se nos separaba al uno de la otra, no quiso escuchar las proposiciones del Príncipe; renunció a pintaros el furor de éste; al ver a Ratina tan hermosa siendo rata, se decía que sería más hermosa aún al convertirse en muchacha; ¡sí, buen hada, más hermosa aún!... ¡Y se casaría con ella!... ¡Todo lo cual estaba muy bien pensado para él, pero muy mal para nosotros!...

—Sí —respondió el hada—, pero una vez que el Príncipe fue desdenado, ¿qué teníais vos que temer ya?

—Todo —repuso Ratín—, porque para conseguir ver realizados sus propósitos se ha dirigido a Gardafur...

—¿A ese encantador, a ese genio malo que sólo se complace en hacer el mal, y con quien yo estoy siempre en guerra?

—Al mismo, buena hada.

—¿A ese Gardafur, cuyo temible poder no se aplica sino a rebajar de escala a los seres que se elevan poco a poco a los grados más altos?

—Eso es.

—Por fortuna, Gardafur, a consecuencia de haber abusado de su poder, acaba de ser privado de él por algún tiempo.

—Eso es verdad —repuso tristemente Ratín—; pero en el momento en que el Príncipe recurrió a él, lo poseía aún por entero; así es que, estimulado por una parte por las seductoras promesas de ese señor, y asustado por otra ante sus amenazas, prometió vengarle de los desdenes de la familia Ratón.

—¿Y lo hizo?...

—¡Lo hizo, buena hada!

—¿De qué manera?

—Metamorfoseó a aquellas pobres ratas, convirtiéndolas en ostras; y ahora vegetan las infelices en el banco de Samobrives, donde esos moluscos —de excelente calidad, cumplo un deber al afirmarlo— valen a tres pesetas la docena, lo que es muy natural, toda vez que la familia Ratón se encuentra entre ellos. ¡Ved ahora, buena hada, toda la extensión de mi infortunio!

Firmenta escuchaba con lástima y benevolencia el relato del joven Ratín; siempre, por lo demás, había experimentado compasión por los dolores humanos, y sobre todo por los amores contrariados.

—¿Qué puedo hacer en vuestro favor? —preguntó al fin.

—¡Hada bondadosa —dijo Ratín—, ya que mi Ratina está pegada al banco de Samobrives, hacedme ostra a mi vez, para que pueda tener el consuelo de vivir cerca de ella!

Fue esto dicho con un tono tan triste, que el hada Firmenta se sintió sumamente conmovida, y tomando entre las suyas la mano del joven le dijo:

—Ratín, aun cuando accediera a daros gusto, no me sería posible hacerlo; vos sabéis que me está prohibido hacer descender a los seres vivientes; no obstante, si no puedo reduciros al estado de molusco, lo que sería un estado muy humilde, puedo hacer subir a Ratina de grado...

—¡Oh, hacedlo, buena hada, hacedlo!

—Pero será menester que vuelva a pasar por los grados intermedios antes de llegar a ser de nuevo la encantadora rata destinada a ser muchacha un día; ¡sed, pues, paciente, someteos a las leyes de la Naturaleza y tened asimismo confianza!...

—¿En vos, buena hada?...

—¡En mí, sí! Haré cuanto pueda por ayudaros; no olvidemos, sin embargo, que habremos de sostener violentas luchas; aun cuando sea, como es, el más necio de los príncipes, tiene usted en el príncipe Kissador un enemigo poderoso; y si Gardafur llegase a recobrar el poder antes de que vos fueseis el esposo de la bella Ratina, me sería muy difícil vencerle, porque habría vuelto a ser igual a mí.

A este punto llegaban en su conversación el hada Firmenta y Ratín cuando se oyó una tenue vocecita...

¿De dónde salía aquella voz?...

Difícil parecía adivinarlo.

—¡Ratín!... ¡Mi pobre Ratín!... ¡Te amo!

—Es la voz de Ratina —gritó el joven—. ¡Ah, señora hada, tened compasión de ella!

Verdaderamente, parecía que Ratín estaba loco; corría a través del comedor, miraba debajo de los muebles, abría los armarios y

aparadores pensando que Ratina podía hallarse escondida en alguno de ellos, y no la encontraba.

El hada le detuvo con un gesto.

Y entonces, mis queridos niños, se produjo una cosa muy singular; sobre la mesa y alineadas en una fuente de plata había una media docena de ostras, que procedían precisamente del banco de Samobrives; en el centro aparecía la más hermosa, con su concha muy reluciente y limpia; y he aquí que aumenta de volumen, se alarga, se ensancha, se desarrolla, y acaba por abrir sus dos valvas; de ellas se separa una adorable figurita, de cabellos rubios como las doradas espigas; dos ojos, los más tiernos y acariciadores del mundo, una naricilla recta y una boca encantadora, que repite:

—¡Ratín! ¡Mi querido Ratín!

—¡Ella es! —exclama el joven.

Ratina era, en efecto; tenía razón en reconocerla como tal; porque es menester que os diga, queridos niños, que en aquel venturoso tiempo de magia los seres tenían ya semblante humano, aun antes de pertenecer a la humanidad.

¡Y cuán linda era Ratina sobre el nácar de su concha! ¡Diríase que era una alhaja encerrada en su estuche!

Y ella se expresaba así:

—¡Ratín! ¡Mi querido Ratín! He oído todo lo que acabas de decir a la señora hada, y la señora hada se ha dignado a prometer que reparará el mal que ha causado ese malvado Gardafur. ¡Oh, no me abandones, porque si me cambió en ostra fue para que no pudiese huir! ¡Entonces el príncipe Kissador vendrá a separarme del banco al que está adherida mi familia; me llevará consigo y me pondrá en su vivero, aguardará a que me haya convertido en muchacha y estaré para siempre perdida para mi pobre y querido Ratín!

Hablaba con voz tan triste, que el joven, profundamente conmovido, apenas podía responder.

—¡Oh, Ratina mía! —murmuraba.

Y en un impulso de ternura, extendía la mano hacia el pobrecito molusco cuando el hada le contuvo; luego, después de haber cogido delicadamente una magnífica perla que se había formado en el fondo de la valva.

—Toma esta perla —le dijo.

—¿Esta perla, buena hada?

—Sí, vale una fortuna, que podrá servirte más adelante; ahora vamos a llevar a Ratina al banco de Samobrives, y ya allí la haré subir un escalón.

—Que no sea sólo a mí, buena hada —dijo Ratina con voz suplicante—; ¡pensad en mi buen padre Ratón, en mi buena madre Ratona y en mi primo Raté! ¡Pensad en nuestros fieles servidores Rata y Ratana!

Pero en tanto que hablaba de esta suerte, las dos valvas de su concha se cerraron poco a poco y adquirieron sus dimensiones ordinarias.

—¡Ratina! —exclamó el joven.

—¡Cogedla! —ordenó el hada.

Obedeció presuroso Ratín y llevó la concha a sus labios; ¿por ventura no encerraba ella todo lo que él había querido más en el mundo?

III

La marea está bajando; la resaca bate suavemente el pie del banco de Samobrives; entre los peñascos hay pequeños charcos de agua; hay que avanzar con cuidado y procurando no dar un resbalón en las rocas cubiertas de algas, porque la caída sería peligrosa.

¡Qué enorme cantidad de moluscos de todas las especies hay en aquel banco! Pero lo que más abunda son las ostras; las hay allí a millares.

Media docena de las más hermosas se esconden bajo las plantas marinas; me equivoco, no hay más que cinco; el sitio de la sexta se halla desocupado.

He aquí ahora que estas ostras se abren a los rayos del sol, a fin de respirar la fresca brisa del mar; al propio tiempo, escápase de ellas una especie de cántico quejumbroso y lastimero, como una lamentación de semana santa.

Las valvas de aquellos moluscos han ido abriéndose paulatinamente; por entre sus franjas transparentes dibújanse algunas figuras fáciles de reconocer; una de ellas es la de Ratón, el padre, un filósofo, un sabio que se resigna a aceptar la vida bajo todas sus formas y vicisitudes.

—Es indudable —piensa— que después de haber sido ratón, convertirse en molusco no deja de ser triste y molesto; ¡pero es menester resignarse y tomar las cosas como vengan!

En la segunda ostra gesticula un rostro contrariado, cuyos ojos lanzan chispas; en vano se esfuerza por salir fuera de la concha; es la señora Ratona, y dice:

—¡Hallarme encerrada en esta cárcel caliza, yo que ocupaba el primer rango en nuestra ciudad de Ratópolis!... ¡Yo que, una vez llegada a la fase humana, habría conseguido ser una gran señora, princesa tal vez!... ¡Ah, el miserable Gardafur!

En la tercera ostra se muestra la cara de idiota del primo Raté, un perfecto badulaque, bastante poltrón, que enderezaba las orejas al menor ruido, como una liebre; debo deciros que, como es natural en su calidad de primo, hacía la corte a la primita; pero Ratina, según sabemos, amaba a otro, y a éste otro lo detestaba cordialmente Raté.

—¡Ay, ay! —decía—. ¡Qué destino! Al menos, cuando yo era ratón podía correr, salvarme, evitar los gatos y las ratoneras; mas aquí, basta que se me coja con una docena de mis semejantes, y el cuchillo grosero de una cocinera me abrirá brutalmente e iré a figurar en la mesa de un ricacho y seré devorada... ¡viva aún, tal vez!

En la cuarta ostra encontrábase el cocinero Rata, un verdadero maestro en el arte culinario, muy orgulloso y envanecido por sus talentos, muy vanidoso de su saber.

—¡Ese maldito Gardafur! —gritaba—. ¡Si alguna vez le tengo al alcance de mi mano, no se me escapará sin que le retuerza el pescuezo! ¡Yo, Rata, que hacía cosas tan excelentes como la fama pregonaba bien alto, verme emparedado entre dos conchas! ¡Y mi mujer Ratana!

—Aquí estoy —dijo una voz que salía de la quinta ostra—. ¡No te apesadumbres ni te enojés, mi pobre Rata! Si bien es verdad que no me es dado acercarme a ti, no por eso dejo de estar a tu lado, y

cuando tú subas la escala, la subiremos juntos...

¡La buena Ratana! ¡Una excelente criatura, tan sencilla, tan modesta, tan amante de su marido, y, al igual que éste, muy devota de sus amos!

Luego, la triste letanía adquirió tonos lúgubres; algunos centenares de ostras que aguardaban también su liberación se unieron a aquel concierto de lamentaciones; aquello partía el corazón.

¡Y qué recrudecimiento de dolor para Ratón, el padre, y para la señora Ratona, si hubieran tenido noticia de que su hija no estaba ya con ellos!

De pronto, se hizo un gran silencio; todo el mundo enmudeció y las conchas se cerraron.

Gardafur acababa de llegar a la playa, cubierto con su largo ropón de encantador, tocada su cabeza con el tradicional gorro, y la fisonomía feroz; junto a él se advertía al príncipe Kissador, vestido con ricos trajes; difícilmente podréis imaginaros hasta qué extremo se hallaba este señor infatuado de su persona, y cómo se componía y acicalaba para hacer resaltar sus gracias.

—¿Dónde estamos? —preguntó.

—En el banco de Samobrives, Príncipe —respondió obsequiosamente Gardafur.

—¿Y esa familia Ratón?...

—Continúa en el sitio en que la incrusté para daros gusto.

—¡Ah, Gardafur! ¡Esa linda Ratina me tiene embrujado!... ¡Es preciso que sea mía!... Te pago para que me sirvas; si no lo consigues..., ¡ay de ti!

—¡Príncipe —respondió Gardafur—, si bien pude transformar a toda esa familia de ratas en moluscos, antes de haberseme retirado el poder, no me habría sido posible hacer de ellos seres humanos, bien lo sabéis!

—Sí, Gardafur, y eso es lo que me llena de rabia...

Ambos personajes llegaron al banco en el momento en que dos personas aparecían al otro lado; eran el hada Firmenta y el joven Ratín, oprimiendo éste contra su pecho la doble concha que encerraba a su bien amada.

De pronto descubrieron al Príncipe y a Gardafur.

—Gardafur —dijo el hada—, ¿qué vienes a hacer aquí?

¿Preparas alguna otra maquinación criminal?

—Hada Firmenta —dijo el príncipe Kissador—, tú sabes que estoy loco por esa gentil Ratina, muy poco prudente y avisada para rechazar a un señor de mi rango y condición, y que aguardo con gran impaciencia la hora en que tú la conviertas en muchacha...

—Cuando lo haga —respondió el hada—, será para que pertenezca a aquel a quien ella prefiere y ama.

—¡Ese impertinente —replicó el Príncipe—, ese Ratín, a quien Gardafur convertirá sin gran trabajo en asno cuando yo le haya alargado un poco las orejas!

Ante aquel insulto, el joven no pudo contenerse y quiso lanzarse contra el Príncipe y castigar su insolencia, pero el hada, cogiéndole de la mano, le dijo:

—Moderad vuestros arrebatos y calmad vuestra cólera; no es aún tiempo de vengaros, y los insultos del Príncipe se volverán algún día contra él; haced lo que tenéis que hacer y partamos.

Obedeció Ratín y, después de estrecharla por última vez contra sus labios, fue a depositar la ostra en medio de su familia.

Casi enseguida la marea comenzó a cubrir el banco de Samobrives, el agua invadió las últimas puntas y todo desapareció en el horizonte, hasta alta mar, cuyo contorno se confundía con el del cielo.

IV

A la derecha, sin embargo, algunos peñascos han quedado al descubierto; no puede cubrirlos la marea ni aun en los momentos en que la tempestad lanza sus olas contra la costa.

Allí fueron a refugiarse el Príncipe y el encantador; cuando el banco se quedase en seco irían a buscar la preciosa ostra que encierra a Ratina y se la llevarían consigo; en el fondo, el Príncipe estaba furioso; por poderosos que fueran los príncipes y aun los mismos reyes, nada podían en aquel tiempo contra las hadas, y

todavía sucedería lo propio si ahora volviésemos a aquella dichosa época.

He aquí, en efecto, lo que Firmenta dijo al joven:

—Ahora que la mar está alta, Ratón y los suyos van a subir un escalón hacia la humanidad; voy a hacerlos peces, y bajo esta forma nada tendrán ya que temer de sus enemigos.

—Pero ¿y si los pescan? —hizo observar Ratín.

—Estad tranquilo; yo velaré por ellos.

Por desgracia, Gardafur había oído al hada e imaginó enseguida un plan; seguido del Príncipe se dirigió hacia tierra firme.

El hada entonces extendió su varita hacia el banco de Samobrives, oculto bajo las aguas; las ostras de la familia Ratón se entreabren y de ellas salen peces bullidores, muy alegres por aquella nueva transformación.

Ratón, el padre, un bravo y digno rodaballo, con tubérculos sobre su flanco amarillento, y que si no hubiese tenido semblante humano os habría mirado con sus dos grandes ojos, colocados en el lado izquierdo.

La señora Ratona era de la misma especie que su marido, pero muy bella y satisfecha.

La señorita Ratina, una linda y elegante dorada de China, casi diáfana y muy atractiva con su ropaje, mezcla de negro, de rojo y de azul.

Rata se convirtió en un mal encarado sollo marino, cuerpo alargado, boca hendida hasta los ojos, dientes acerados y de una sorprendente voracidad.

Ratana era una gorda trucha asalmonada, con sus manchas rojizas, y que no habría dejado de hacer muy buen papel en la mesa de un gastrónomo.

Finalmente, el primo Raté no era más que una pescadilla con el dorso verde gris; pero he aquí que por un extraño capricho de la Naturaleza no era pez más que a medias. Sí, el extremo de su cuerpo, en vez de terminar con una cola, estaba encerrada todavía entre dos conchas de ostra; ¿no es esto el colmo de lo ridículo? ¡Pobre primo!

Y entonces, pescadilla, trucha, sollo, dorada y rodaballos, alineados bajo las transparentes aguas al pie de la roca en que Firmenta agitaba su varita, parecían decir:

—¡Gracias, buena hada, gracias!

V

En aquel momento, una masa oscura comienza a destacarse sobre la superficie del mar, es una chalupa con su gran palo de mesana y su foque al viento, y que se acerca a la bahía impulsada por una fresca brisa; el Príncipe y el encantador están a bordo, y a ellos debe vender la tripulación toda su pesca.

La red ha sido arrojada al mar; en aquella amplia bolsa que se pasea por el fondo arenoso se cogen a centenares pescados de todas las clases imaginables, así como moluscos y crustáceos: besugos, congrios, merluzas, sollos, doradas, pescadillas, truchas, rodaballos, camarones, lenguados, salmones y salmonetes y muchísimos otros.

¡Qué riesgo tan grande el que amenaza a la familia Ratón, apenas liberada de su caliza cárcel! ¡Si, por desgracia, la red la recoge, no le será posible escapar! Entonces, los rodaballos, el sollo, la trucha y la pescadilla, cogidos por la grosera mano de los pescadores, serán amontonados con los demás para ser expedidos a alguna gran capital y expuestos, palpitantes aún, sobre el mármol de los revendedores, en tanto que la dorada, cogida por el Príncipe, estará perdida para siempre para su amado Ratón.

Mas he aquí que el tiempo cambia; el mar empieza a agitarse, silba el viento; la tormenta estalla con furia; es la tempestad que avanza.

El barco es sacudido horriblemente por el oleaje; no hay tiempo suficiente de recoger la red, que se rompe, y, a pesar de los esfuerzos que hace el timonel, el barco es arrojado sobre la costa, y se estrella contra los arrecifes; apenas si el príncipe Kissador y Gardafur pueden escapar al naufragio, gracias a la abnegación de los pescadores.

Es la buena hada, mis queridos niños, la que ha hecho desencadenar esta tempestad para salvar a la familia Ratón; ella

continúa allí, acompañada del hermoso joven, y con su varita mágica en la mano.

Entonces Ratón y los suyos se agitan bulliciosamente bajo las aguas, que se han calmado; el rodaballo se vuelve y se revuelve; su hembra nada coquetonamente; el sollo abre y cierra sus vigorosas mandíbulas, en las que se pierden algunos pececillos; la trucha hace monadas y la pescadilla, a quien estorban las valvas, se mueve torpemente.

En cuanto a la linda dorada, parece aguardar que Ratón se precipite a las aguas para reunirse con ella y recomenzar el idilio...

El quisiera hacerlo, sí, pero el hada le detiene.

—No —dice—, no antes de que Ratina haya recobrado la forma bajo la que acertó a agradarte por primera vez.

VI

Es una hermosa ciudad la ciudad de Ratópolis.

Hállase situada en un reino, cuyo nombre he olvidado, que no está ni en Europa, ni en Asia, ni en África, ni en Oceanía, ni en América, si bien se encuentra en alguna parte.

En todo caso, el paisaje que rodea a Ratópolis se asemeja mucho a un paisaje holandés; es fresco, verde, limpio, con límpidos arroyuelos, jardines sombreados por hermosos árboles y extensas praderas donde se apacientan los más felices rebaños del mundo.

Como todas las ciudades, Ratópolis tiene calles, plazas y bulevares; pero esos bulevares, esas plazas, esas calles están bordeados de quesos magníficos, a guisa de casas: gruyeres, roqueforts, holandas, chesters de veinte especies; en el interior se han abierto pisos, departamentos, habitaciones; allí es donde vive en república una numerosa población de ratas, sabia, modesta y previsoras.



Serían las siete de la tarde de un domingo; en familia, ratas y ratones se paseaban tomando el fresco; después de haber trabajado con ardor durante toda la semana, renovando las provisiones de la casa, reposaban el séptimo día.

Ahora bien: el príncipe Kissador se hallaba a la sazón en Ratópolis, acompañado de su inseparable Gardafur; habiendo

sabido que los miembros de la familia Ratón, después de haber sido peces durante algún tiempo, habían vuelto a ser ratones, se ocupaban en prepararles secretas emboscadas.

—Cuando pienso —repetía el Príncipe— que a esa maldita hada es a quien deben otra vez su nueva transformación...

—Pues bien: tanto mejor —respondía Gardafur—; ahora será más fácil cogerlos; siendo peces podían escaparse con suma facilidad, en tanto que al presente son ratas o ratones y sabremos perfectamente apoderarnos de ellos, y una vez en nuestro poder —añadió el encantador—, la bella Ratina acabará por enloquecer por vuestra señoría.

Ante aquel discurso, el fatuo se engallaba, se pavoneaba, lanzando miradas a las lindas ratas que estaban paseando.

—Gardafur —dijo—, ¿está todo dispuesto?

—Todo, Príncipe, y Ratina no podrá escapar de la trampa que le he tendido.

Y Gardafur mostraba un elegante lecho de follaje, preparado en un rincón de la plaza.

—Ese lindo retiro oculta una trampa —dijo—, y yo os prometo que la bella estará hoy mismo en el palacio de vuestra señoría, en el que no podrá resistirse a las gracias de vuestro *sprit* y a las seducciones de vuestra persona.

Y el imbécil se regodeaba ante aquellas groseras adulaciones del encantador.

—Hela ahí —dijo Gardafur—; venid, Príncipe; no es conveniente que nos vea.

Uno seguido del otro se perdieron en la calle más próxima.

Era Ratina, en efecto, pero acompañada de Ratín; ¡qué encantadora estaba con su lindo rostro de rubí y su graciosa figurilla de rata!

El joven le decía:

—¡Ah, querida Ratina, que no seas aún una señorita!... Si para casarme enseguida hubiera podido convertirme en ratón, no habría vacilado un instante, ¡pero eso es imposible!

—Pues bien, mi querido Ratín, es menester aguardar...

—¡Aguardar!... ¡Siempre aguardar!

—¿Qué importa, toda vez que sabes que te amo y que jamás seré de otro? Por lo demás, la buena hada nos protege y nada tenemos

que temer ya del malvado Gardafur ni del príncipe Kissador...

—¡Ese impertinente —exclamó Ratín—, ese necio, a quien he de aplicar un correctivo!...

—¡No, Ratín mío, no; no le busques pendencia! Tiene guardias que le defenderían; ¡ten paciencia, ya que es preciso, y confianza, ya que yo te amo!

Mientras Ratina decía con tanta gentileza estas cosas, el joven la estrechaba contra su corazón y besaba sus patitas.

Y como estaba un poco cansada de su paseo, dijo:

—Ratín, he aquí el retiro en el que tengo costumbre de descansar; ve a casa a prevenir a mi padre y a mi madre, y diles que me encontrarán aquí para ir a la fiesta.

Y Ratina se deslizó en aquel agradable retiro.

De pronto se oyó un ruido seco, como el chasquido de un resorte que funciona.

El follaje ocultaba una pérfida ratonera, y Ratina, que no podía abrigar la menor desconfianza, acababa de tocar el resorte; bruscamente había caído una verja de hierro, tapando la abertura, y Ratina quedó prisionera.

Ratín lanzó un grito de cólera, al que respondió el grito de desesperación de Ratina y el grito de triunfo de Gardafur, que corrió hacia allí con el príncipe Kissador.

En vano el joven se aferró a la verja, haciendo esfuerzos titánicos para romper los barrotes; en vano quiso lanzarse sobre el Príncipe.

Lo mejor era correr en busca de socorro para librar a la desventurada Ratina, y esto fue lo que hizo Ratín, corriendo por la calle Mayor de Ratópolis.

Entretanto, Ratina era sacada de la ratonera y el príncipe Kissador le decía lo más galantemente del mundo:

—¡Te tengo ya, pequeña, y ahora no te me escaparás!

Era una de las más elegantes moradas de Ratópolis —un magnífico queso de Holanda— la casa donde vivía la familia Ratón; el salón, el comedor, las alcobas, todas las piezas necesarias para el servicio estaban distribuidas con gusto y confort; y esto era porque Ratón y los suyos se contaban entre los notables de la ciudad y gozaban de la estimación universal.

Aquel retorno a su antigua situación no había infatuado a aquel digno filósofo; lo que siempre había sido no podía dejar de serlo, modesto en sus ambiciones, un verdadero sabio, del que La Fontaine habría hecho el presidente de su consejo de ratas; a todo el mundo le había ido siempre bien siguiendo sus consejos y advertencias.

Lo malo era que se había vuelto gotoso, y tenía que andar con una muleta cuando la gota no le retenía en su amplio sillón; atribuía la él a la humedad que había cogido en el banco de Samobrives, donde había estado vegetando durante varios meses; a pesar de haber ido a tomar las aguas mejor reputadas, nada había conseguido, sino volver más gotoso que antes de ir.

Era esto tanto más lamentable para él cuanto que —fenómeno extraño en verdad— aquella gota le hacía inadecuado para toda metamorfosis ulterior; la metempsícosis, en efecto, no podía ejercerse sobre los individuos atacados de esta enfermedad de ricos.

Ratón, por consiguiente, permanecería ratón en tanto estuviera gotoso.

Pero Ratona no sabía de filosofías; ved qué horrible situación la suya cuando promovida a dama, y hasta a gran dama, tuviese por marido a un simple ratón, y, lo que todavía es peor, a un ratón gotoso; ¡aquello sería para morir de vergüenza! Por eso se encontraba más arisca e irritable que nunca, trataba mal a su esposo, gruñía a sus criados a causa de órdenes mal ejecutadas, porque habían sido mal dadas, en fin, les hacía desagradable la vida a todos los de su casa.

—Preciso será que os curéis, señor, y yo sabré obligaros a ello —decía.

—No deseo ni pido otra cosa, querida mía —respondía Ratón—, pero temo que no sea posible, y habré de resignarme a continuar siendo ratón.

—¡Ratón!... ¡Yo la mujer de un ratón! ¡Vaya una cosa

divertida!... Henos aquí, por otra parte, con que nuestra hija está enamorada de un muchacho que no tiene una perra chica... ¡Qué vergüenza! Suponed que llego a ser un día princesa, Ratina será también princesa...

—Entonces yo seré príncipe —replicó Ratón, no sin su miajita de malicia.

—¡Vos!... ¡Vos príncipe con cola y con patas! ¡Estáis loco, señor mío!

Así era como se pasaba los días la señora Ratona; con mucha frecuencia también intentaba desahogar su mal humor sobre el primo Raté.

Verdad es que el pobre primo no dejaba de prestarse a las burlas. Tampoco aquella vez había sido completa la metamorfosis.

No era ratón más que a medias; ratón por delante, pero pez por detrás, con fina cola de pescadilla que le hacía enteramente grotesco; en semejantes condiciones, vaya usted a tratar de agradar y conmover el corazoncito de la bella Ratina o hasta el de las demás lindas ratitas de Ratópolis.

—¿Pero qué le he hecho yo a la Naturaleza para que así me trate? —exclamaba—. ¿Qué le he hecho?

—¿Quieres tú esconder esa indecente cola? —decía la señora Ratona.

—No puedo, tía.

—¡Pues bien, córtatela, imbécil, córtatela!

Y el cocinero Rata se ofrecía para proceder a la operación y luego hacer con aquella cola de pescadilla un plato magnífico; ¡qué regalo no habría sido para un día de fiesta como aquél!

¿Día de fiesta en Ratópolis?

Sí, mis queridos niños; y la familia Ratón se proponía tomar parte en las diversiones públicas; para partir, sólo aguardaban el regreso de Ratina.

Entonces, una carroza se detuvo a la puerta de la casa; era la del hada Firmenta que, vestida con un traje de brocado de oro, iba a hacer una visita a sus protegidos.

Si tomaba a risa con frecuencia las risibles ambiciones de Ratona, las jactancias ridículas de Rata, las simplezas y necedades de Ratana y las lamentaciones del primo Raté, tenía gran consideración hacia el buen sentido de Ratón, adoraba a la

encantadora Ratina, y se consagraba a procurar un feliz desenlace a su matrimonio.

En su presencia no se atrevía la señora Ratona a reprochar al novio de su hija el no ser príncipe.

Hízose una excelente acogida al hada, no escatimándole las acciones de gracias por todo lo que hasta entonces había hecho y lo que había de hacer en lo sucesivo.

—Porque necesitamos mucho de vos, señora hada —dijo Ratona—; ¿cuándo seré yo dama?

—Paciencia, paciencia —respondió Firmenta—; hay que dejar obrar a la Naturaleza, y eso exige cierto tiempo.

—Pero ¿por qué quiere la Naturaleza que yo siga teniendo cola de pescadilla después de haberme convertido en ratón? —exclamó el primo, haciendo una mueca y suspirando—. Señora hada, ¿no podríais desembarazarme de ella?

—¡Ay, no! —respondió Firmenta—. Y verdaderamente no hay probabilidades de ello; probablemente es el nombre de Raté la causa de ello^[2]. ¡Esperemos, sin embargo, que no conservaréis nada de ratón cuando lleguéis a convertirlos en pájaro!

—¡Oh —exclamó la señora Ratona—, yo quisiera ser entonces una reina de palomar!

—¡Y yo una gorda y hermosa pava trufada! —dijo cándidamente la buena Ratana.

—¡Y yo un gallo con recios espolones! —añadió, por su parte, Rata.

—Vosotros seréis lo que seáis —repuso el padre Ratón—; por lo que a mí hace, soy ratón y continuaré siéndolo, merced a mi gota; y después de todo más vale ser ratón que el perder las plumas, como muchos pájaros que yo conozco.

En aquel momento se abrió la puerta y apareció el joven Ratín, pálido, desolado.

En muy pocas palabras contó la historia de la ratonera, y de qué modo había caído Ratina en la trampa de Gardafur.

—Ah —dijo el hada—, ¡enhorabuena! ¿Quieres luchar todavía conmigo, maldito encantador?... ¡Sea, nos veremos los dos!

VIII

Sí mis queridos niños, todo Ratópolis está de fiesta, y esa fiesta os hubiera divertido extraordinariamente si vuestros padres hubieran podido llevaros a ella.

¡Juzgad de ello!

Por doquier amplias ventanas con transparentes de mil colores, arcos de follaje por las empavesadas calles, casas con colgaduras y tapices, fuegos artificiales cruzándose por los aires, bandas de música por todas partes y, os suplico que me creáis, los ratones se mostraban como los mejores orfeonistas del mundo; tienen vocecillas suaves, suaves; voces de flauta de un encanto inexplicable, y ¡qué admirablemente interpretan las obras de sus compositores: los Rassini, los Ragner, los Rassenet y tantos otros maestros!

Pero lo que habría excitado vuestra admiración hubiera sido, de fijo, un cortejo de todas las ratas y ratones del universo y de todos aquellos que sin ser ratas han merecido ese nombre significativo.

Allí se ven ratas que semejan a Harpagón, llevando bajo la pata su precioso cofrecito de avaro; ratones peludos, viejos veteranos a quienes la guerra ha hecho héroes, prestos siempre a estrangular al género humano por conquistar un galón más; ratones de iglesia, humildes y modestos; ratones de bodega, habituados a meter su hocico en la mercancía por cuenta de los gobiernos; y, sobre todo, cantidades fabulosas de esas gentiles ratas de la danza, que ejecutaban los pasos de un baile de ópera.

En medio de este concurso de gente avanzaba la familia Ratón, conducida por el hada; pero no veía nada de aquel brillante espectáculo; no pensaba más que en la pobre Ratina, arrebatada al amor de sus padres y al cariño de su novio.

Pronto llegaron a la Plaza Mayor; la ratonera continuaba en el mismo sitio, pero Ratina ya no estaba allí.

—¡Devolvedme a mi hija! —clamaba la señora Ratona, cuya toda ambición se reducía entonces a encontrar y recobrar a su hija, y daba realmente compasión oírla.

En vano intentaba el hada disimular su cólera contra Gardafur; se reflejaba en sus ojos, que habían perdido su dulzura habitual.

Un gran ruido se alzó entonces al fondo de la plaza. Era un

cortejo de príncipes, de duques, de marqueses y, en fin, de los más brillantes señores, con trajes magníficos y precedidos de guardias armados de todas armas.

A la cabeza del grupo principal se destacaba el príncipe Kissador, distribuyendo sonrisas y saludos protectores a todas aquellas gentecillas que le hacían la corte.

Luego, detrás, en medio de los servidores, se arrastraba una pobre y linda rata; era Ratina, tan vigilada, tan rodeada por todas partes, que no podía pensar en huir; Gardafur marchaba cerca de ella, sin quitarle ojo. ¡Ah, aquella vez la tenía bien segura!

—¡Ratina!... ¡Hija mía!...

—¡Ratina!... ¡Amor mío! —gritaron a un tiempo Ratona y Ratín, que en vano intentaron llegar hasta ella.

Había que haber visto la actitud y las fisgas con que el príncipe Kissador saludaba a la familia Ratón, y qué provocativa mirada lanzó Gardafur al hada Firmenta; aun cuando privado por entonces de su poder de genio, había triunfado empleando una sencilla ratonera; y al propio tiempo los señores cumplimentaban al Príncipe por su conquista; ¡con cuánta fatuidad recibía el necio aquellos cumplidos!

De pronto el hada extiende el brazo, agita la varita y en el acto se opera una nueva metamorfosis.

Si bien el padre Ratón continúa siendo ratón, he aquí a la señora Ratona cambiada en cotorra, a Rata en pavo, a Ratana en ganso y al primo Raté en gorrión; pero continuaba su mala suerte, y en vez de una hermosa cola de pájaro, es una delgada cola de ratón lo que se agita bajo su plumaje.

En el mismo momento, una paloma se alza ligeramente del grupo de los señores: ¡es Ratina!

¡Calcúlese la estupefacción del príncipe Kissador y la cólera de Gardafur! Helos allí a todos, cortesanos y criados, persiguiendo a Ratina, que se aleja batiendo las alas.

La decoración ha cambiado; ya no es la Plaza Mayor de Ratópolis, sino un paisaje admirable en medio de grandes árboles; y de todos los confines del horizonte se acercan mil y mil pájaros que acuden a dar la bienvenida a sus nuevos hermanos aéreos.

Entonces, la señora Ratona, altiva y satisfecha de sus encantos y del brillo de su plumaje, comienza a hacer monerías, en tanto que la

pobre Ratana, llena de vergüenza, no sabe dónde y cómo ocultar sus patas de ganso.

Por su parte, Rata —doña Rata, si gustáis— hace la rueda como si hubiese sido pavo toda su vida, mientras el primo, el pobre primo, murmura en voz baja:

—¡Raté todavía!... ¡Siempre Raté!

Mas he aquí que una paloma atraviesa el espacio lanzando gritos de júbilo, describe elegantes curvas y viene a posarse levemente sobre los hombros del joven.

Es la encantadora Ratina, y puede oírse la murmurar al oído de su novio:

—¡Te amo, Ratín mío, te amo!

IX

¿Dónde nos hallamos, niños queridos?

Continuamos en uno de esos países que yo no conozco, y cuyo nombre no podría decir; pero éste, con sus vastos paisajes y sus árboles de la zona tropical, se asemeja un tanto a la India, y a los indios, sus habitantes.

Penetremos en esa casa, una especie de posada abierta para todo el que llegue; allí se encuentra reunida toda la familia Ratón; siguiendo los consejos del hada Firmenta, se ha puesto en camino; lo más seguro, en efecto, era abandonar Ratópolis, con objeto de escapar a la venganza del Príncipe, mientras no fueran lo bastante fuertes para defenderse. Ratona, Ratana, Ratina, Rata y Raté no son todavía más que simples volátiles; cuando se truequen en fieras, ya tendrán buen cuidado de meterse con ellos.

Sí, simples volátiles, entre los cuales Ratana ha sido la menos favorecida; por eso se pasea ella sola por el corral de la posada.

—¡Ay, ay, después de haber sido una trucha elegante —exclama—, una rata que supo agradar; heme aquí convertida en un ganso, un ganso doméstico, uno de esos gansos de corral, al que cualquier

cocinero puede adornar con patatas!

Y suspiraba ante esta idea, añadiendo:

—¿Quién sabe si hasta a mi propio marido se le ocurrirá el pensamiento de hacerlo? ¡Al presente, él me desdeña! ¿Cómo queréis que un pavo tan majestuoso tenga la menor consideración por un ganso tan vulgar? ¡Todavía, si yo fuese pava!... ¡Pero no; y Rata no me encuentra de su gusto!

Y esto sucedió, en verdad, cuando Rata entró en el corral; pero, en realidad, ¡qué pavo tan hermoso! ¿Cómo era posible que aquella admirable ave se rebajase hasta aquel ganso tan torpe y tan feo?

—¡Mi querido Rata! —dijo ella.

—¿Quién se atreve a pronunciar mi nombre? —replicó el pavo.

—¡Yo!

—¡Un ganso! ¿Quién es este ganso?

—Soy vuestra Ratana.

—¡Uf, qué horror!... ¡Seguid vuestro camino si gustáis! Verdaderamente, la vanidad hace decir muchas necedades.

Y era que el ejemplo le venía de arriba a aquel orgulloso; ¡mostraba, por ventura, su ama Ratona mejor sentido? ¿Acaso no trataba ella tan desdeñosamente a su esposo?

Y, precisamente, he ahí que ella hace su entrada acompañada de su marido, de su hija, de Ratín y del primo Raté.

Ratina está encantadora como paloma, con su plumaje color de ceniza con reflejos azulados, el cuello verde dorado y las delicadas manchas blancas de sus alas.

¡Por eso Ratín la devora con los ojos! ¡Y qué melodioso arrullo deja ella oír revoloteando en torno al hermoso joven!

El padre Ratón, apoyado en su muleta, contemplaba a su hija con admiración; ¡qué hermosa la encontraba! Pero la verdad es que la señora Ratona se encontraba más bella todavía.

¡Ah, qué bien había hecho la Naturaleza en metamorfosearla en cotorra! ¡Cómo se engallaba y se ufanaba de sus encantos! Movía y removía su cola hasta el extremo de causar celos al propio don Rata. ¡Si la hubieseis visto cuando se colocaba ante los rayos solares para que reflejaran los maravillosos colores de sus plumas y de su cuello! Era, en realidad, uno de los más admirables ejemplares de cotorras del Oriente.

—¿Y bien, estás contenta de tu destino, bobona? —le preguntó

Ratón.

—¿Qué es eso de bobona? —respondió ella en tono seco—. Os ruego que midáis vuestras expresiones y que no olvidéis la distancia que actualmente nos separa.

—¡Yo!... ¡Tu marido!

—¡Un ratón el marido de una cotorra!... ¡Estáis loco, querido mío!

Y la señora Ratona volvió a engallarse, en tanto que Rata se pavoneaba cerca de ella.

Ratón hizo una leve señal de amistad a su criado, que no había desmerecido a sus ojos, y luego se dijo para sus adentros:

—¡Ah, las mujeres, las mujeres!... ¡Pero seamos filósofos!

Y mientras tenía lugar aquella escena de familia, ¿qué era del primo Raté, con aquel apéndice que no pertenecía a su especie? ¡Después de haber sido ratón con una cola de pescadilla, ser gorrión con cola de rata! Si aquello continuaba así a medida que se iba elevando en la escala de los seres, ¡resultaría verdaderamente deplorable! Así es que permanecía en un rincón del corral, apoyado sobre una pata, como lo hacen los gorriones cuando piensan profundamente.

Tratóse entonces de continuar el viaje, a fin de admirar el país en toda su belleza.

Pero ni la señora Ratona ni don Rata admiraban más que a sí mismos; ninguno de ellos miraba aquellos incomparables paisajes, prefiriendo las villas y ciudades, con objeto de desplegar en ellos todas sus gracias.

Hallábanse en lo más interesante de la discusión cuando un nuevo personaje se presentó a la puerta de la posada.

Era uno de esos guías del país, vestido a usanza india, y que acudía a ofrecer sus servicios a los viajeros.

—Amigo mío —díjole Ratón—, ¿hay algo curioso que ver aquí?

—Una maravilla sin igual —respondió el guía—: la gran esfinge del desierto.

—¿Del desierto? —dijo desdeñosamente la señora Ratona.

—No hemos venido nosotros aquí para visitar un desierto —añadió don Rata.

—¡Oh! —respondió el guía—. Un desierto que no lo será hoy, porque es la fiesta de la esfinge y vienen a adorarla de todos los

puntos del globo.

Esto último era bastante para inducir a nuestros vanidosos volátiles a visitarla; poco, por lo demás, importaba a Ratina y a su novio el sitio adonde se les condujera, con tal de ir juntos; por lo que hace al primo Raté y a la buena Ratana, en el fondo de un desierto era precisamente donde hubieran deseado refugiarse.

—En marcha —dijo la señora Ratana.

—En marcha —respondió el guía.

Un instante después todos abandonaban el albergue, sin pensar siquiera en que su guía fuese el encantador Gardafur, imposible de reconocer bajo su disfraz, y que trataba de atraerles a una nueva emboscada.

X

¡Qué magnífica esfinge, infinitamente más hermosa que aquellas esfinges de Egipto, tan célebres, sin embargo! Llamábase ésta la esfinge de Romiradur, y constituía la octava maravilla del mundo.

La familia Ratón acababa de llegar al lindero de una vasta llanura, rodeada de espesos bosques dominados en la lejanía por una cadena de montañas cubiertas de nieves perpetuas.

Imaginaos en el centro de aquella llanura un animal tallado en mármol; está acostado sobre la hierba, la cara levantada, las patas delanteras cruzadas una sobre otra y el cuerpo alargado como una colina; mide, por lo menos, quinientos pies de largo por cien de ancho, y su cabeza se eleva ochenta pies por encima del suelo.

Aquella esfinge tiene el aspecto indescifrable que distingue y caracteriza a sus congéneres; jamás ha revelado el secreto que guarda desde hace millares de siglos; y, sin embargo, su vasto cerebro se halla abierto para todo el que quiera visitarlo; péntrase en él por una puerta que existe entre las patas; escaleras interiores dan acceso a sus ojos, a sus orejas, a su nariz, a su boca y hasta a aquel bosque de cabellos que eriza su cráneo.

Por añadidura, y para que podáis daros perfecta cuenta de la enormidad de ese monstruo, sabed que diez personas se encontrarían muy holgadamente en la órbita de sus ojos, treinta en el pabellón de sus orejas, cuarenta entre los cartílagos de su nariz, sesenta en la boca, donde podría darse un baile, y un centenar en su cabellera, espesa e inextricable como una floresta de América.

Así es que de todas partes se acude, no a consultarle, porque no quiere responder, de miedo sin duda a equivocarse, sino a visitarla, como se hace con la estatua de San Carlos en una de las islas del lago Mayor.

Habrá de permitírseme, mis queridos niños, no insistir más en la descripción de esta maravilla, que honra el genio del hombre; ni las pirámides de Egipto, ni los jardines colgantes de Babilonia, ni el Coloso de Rodas, ni el faro de Alejandría, ni la torre Eiffel, pueden resistir la comparación con ella; cuando los geógrafos hayan logrado ponerse de acuerdo acerca del país en que se encuentra la gran esfinge de Romiradur, cuento con que iréis a visitarla durante vuestras vacaciones.

Pero Gardafur la conocía y él era quien guiaba a la familia Ratón; al decirles que había gran concurso de gente, les había engañado de un modo infame; ¡he ahí una cosa que iba a producir honda contrariedad al pavo y a la cotorra! De la magnífica esfinge no se preocupaban para nada.

Como sin duda imagináis, habíase concertado un plan entre el encantador y el príncipe Kissador.

El Príncipe se encontraba cerca, en la linde de un bosque próximo, con un centenar de sus guardias; tan pronto como la familia Ratón hubiera penetrado en la esfinge, se la capturaría como en una ratonera; si cien hombres no conseguían apoderarse de cinco aves, de un ratón y de un joven enamorado, sería indudablemente que se encontraban protegidos por un poder sobrenatural.

Durante la espera, el Príncipe iba y venía dando muestras de la más viva impaciencia. ¡Haber sido vencido en sus tentativas contra la familia y contra la hermosa Ratina! ¡Ah, qué venganza tomaría de la familia si Gardafur recobrase su poder! Pero el encantador se encontraría reducido aún a la impotencia durante algunas semanas.

En fin, por aquella vez habían sido tan bien tomadas todas las

medidas, que muy probablemente ni Ratina ni los suyos podrían escapar a las asechanzas y maquinaciones de su tenaz perseguidor.

En aquel momento apareció Gardafur a la cabeza de la pequeña caravana, y el Príncipe, rodeado de sus guardias, estaba pronto a intervenir.

XI

El padre Ratón avanzaba a buen paso, a pesar de la gota; la paloma, describiendo grandes círculos en el espacio, iba, de vez en cuando, a posarse sobre los hombros de Ratín. La cotorra, volando de árbol en árbol, se elevaba, para tratar de descubrir la prometida muchedumbre; el pavo tenía la cola cuidadosamente replegada, para que no se desgarrara con las zarzas del camino, en tanto que Ratana se balanceaba sobre sus anchas patas; tras ellos, el gorrión, alicaído, batía rabiosamente el aire con su cola de ratón; había intentado metérsela en el bolsillo, quiero decir debajo del ala, pero había tenido que renunciar a ello, porque el ala era demasiado corta.

Llegaron, por fin, los viajeros al pie de la esfinge; jamás habían visto nada tan hermoso ni tan grandioso.

Sin embargo, la señora Ratona y don Rata preguntaban al guía, diciendo:

—¿Dónde está ese gran concurso de gente de que nos hablasteis?

—Tan pronto como hayáis llegado a la cabeza del monstruo —respondió el trapacero encantador—, dominaréis a la muchedumbre y seréis vistos a muchas leguas a la redonda.

—¡Pues bien, entremos!

—Entremos.

Penetraron todos en el interior sin abrigar la menor desconfianza; ni siquiera advirtieron que el guía se había quedado fuera, después de haber cerrado tras ellos la puerta abierta entre las patas del gigantesco animal.

En el interior había alguna claridad, que se filtraba por las aberturas del rostro, a lo largo de las escaleras interiores.

Pasados algunos instantes, pudo verse a Ratón paseándose por los labios de la esfinge, a la señora Ratona revoloteando sobre la punta de la nariz, y don Rata, en la extremidad del cráneo, hacía la rueda.

Ratina y el joven Ratín estaban colocados en el pabellón de la oreja derecha, diciéndose mil ternezas.

En el ojo derecho se mantenía Ratana, cuyo modesto plumaje no podía verse; y en el ojo izquierdo, el primo Raté disimulaba lo mejor que podía su lamentable cola.

Desde todos aquellos puntos de la cara, la familia Ratón se encontraba admirablemente dispuesta para contemplar el espléndido panorama que se desarrollaba hasta los límites extremos del horizonte.

El tiempo era magnífico; ni una sola nube en el cielo, ni el más leve vapor sobre la superficie del suelo.

De pronto, una masa animada se dibuja hacia el bosque... Se adelanta... Se acerca... ¿Es acaso la muchedumbre de adoradores de la esfinge de Romiradur?

¡No! Son gentes armadas de picas, de sables, de arcos, avanzando en pelotón cerrado; no pueden abrigar sino perversos designios.

En efecto: el príncipe Kissador está a la cabeza, seguido del encantador, que ha dejado sus vestidos de guía; la familia Ratón se considera perdida, a menos que aquellos de sus miembros que poseen alas vuelen a través del espacio.

—¡Huye, mi querida Ratina! —dice a ésta su novio—. ¡Huye!... ¡Déjame a mí en las manos de estos miserables!

—¡Abandonarte!... ¡Jamás! —responde Ratina.

Esto, por lo demás, habría sido asaz imprudente; una flecha hubiera podido herir a la paloma, así como a la cotorra, al pavo, al ganso y al gorrión; era preferible ocultarse en las profundidades de la esfinge; tal vez consiguiesen escapar al llegar la noche, salvándose por alguna salida secreta, y sin nada que temer de las armas del Príncipe.

¡Ah, cuán deplorable era que el hada Firmenta no hubiera acompañado a sus protegidos en el curso de aquel viaje!

El joven, sin embargo, había tenido una idea, y muy sencilla, como todas las ideas buenas: atrancar la puerta y acumular obstáculos en el interior, y esto fue lo que se hizo sin perder tiempo.

El príncipe Kissador, Gardafur y los guardias se habían detenido a algunos pasos de la esfinge, intimando la rendición a los prisioneros.

Un «no» bien acentuado que salió de los labios del monstruo fue la única respuesta que obtuvieron.

Entonces, los guardias se precipitaron contra la puerta, acometiéndola con enormes trozos de roca, era evidente que no tardaría en ceder.

Mas he aquí que un leve vapor envuelve la cabellera de la esfinge, y destacándose de sus últimas volutas, el hada Firmenta aparece en pie sobre la cabeza de la esfinge de Romiradur.

Ante aquella milagrosa aparición, los guardias retroceden; pero Gardafur consigue volverles al asalto, y los goznes de la puerta comienzan a ceder ante sus golpes.

En aquel momento, el hada inclina hacia el suelo la varita, que tiembla en su mano.

¡Qué inesperada irrupción se hizo a través de la deshecha puerta!

Una tigresa, una pantera y un oso se precipitan sobre los guardias; la tigresa es Ratona, con su hermosa piel; el oso es Rata, con el pelo erizado y las fauces abiertas; la pantera es Ratana, que da unos saltos terribles; esta última metamorfosis ha cambiado a los tres volátiles en animales feroces.

Al propio tiempo, Ratina se ha transformado en una cierva elegante, y el primo Raté ha tomado la forma de un pollino, que rebuzna con una voz tremenda; pero —¡lo que es la mala suerte!— ha conservado su cola de gorrión, y una cola de pájaro es lo que cuelga al extremo de su grupa; decididamente, es imposible evitar su destino.

A la vista de aquellas tres formidables fieras, los guardias no vacilaron un punto, se desbandaron como si tuvieran fuego sobre sus talones; nada habría podido detenerlos, tanto más cuanto que el príncipe Kissador y Gardafur les dieron el ejemplo; no les convenía, al parecer, ser devorados vivos.

Pero si bien el Príncipe y el encantador pudieron ganar el

bosque, algunos de sus guardias fueron menos afortunados; la tigresa, el oso y la pantera habían llegado a cortarles la retirada, y aquellos pobres diablos sólo pensaron en buscar refugio dentro de la esfinge, y pronto pudo vérselos ir y venir por su ancha boca.

Fue aquélla una mala idea, sí, una mala idea, y cuando ellos lo reconocieron era ya demasiado tarde.

En efecto: el hada Firmenta extiende de nuevo su varita y rugidos espantosos se propagan, como los truenos, a través del espacio.

La esfinge acaba de convertirse en león.

¡Y qué león! Su melena se eriza, sus ojos lanzan rayos, sus mandíbulas se abren, se cierran y comienzan su obra de masticación... Un instante después, los guardias del príncipe Kissador han sido triturados por los dientes del formidable animal.

Entonces el hada Firmenta salta ligeramente sobre el suelo; a sus pies van a tenderse el tigre, el oso y la pantera, como lo hacen los animales feroces con sus domadores.

De esta época data la conversión de la esfinge de Romiradur en león.

XII

Ha transcurrido algún tiempo; la familia Ratón ha conquistado definitivamente la forma humana, excepción hecha del padre, que siempre tan filósofo como gotoso, ha continuado siendo ratón; otros, en su caso, habrían estado desesperados, se habrían quejado de la injusticia de la suerte y hubieran maldecido la existencia; él se contentaba con sonreír, «dichoso, decía, por no tener que cambiar sus costumbres».

Como quiera que fuese, a pesar de ser ratón, era un señor rico; como su mujer no habría consentido en habitar el viejo queso de Ratópolis, ocupa un palacio suntuoso en una gran ciudad, capital de un país desconocido todavía, sin estar por eso orgulloso.

El orgullo y la altivez, o, más bien, la vanidad, déjala toda a la señora Ratona, convertida en duquesa; hay que verla paseándose por sus habitaciones, cuyos espejos acabará por gastar a fuerza de mirarse en ellos.

Aquel día, sin embargo, el duque Ratón se ha alisado el pelo con el mayor cuidado y emplea en su tocado todo el tiempo que debe emplear un ratón que se estime; en cuanto a la duquesa, se halla adornada con sus mejores galas y vestida a la última moda del tiempo.

Pero me preguntaréis: ¿por qué ese lujo?

He aquí por qué:

Hoy es el día en que debe celebrarse el matrimonio de la encantadora Ratina con el príncipe Ratín.

—¡Cómo! ¿Ratín príncipe?...

—Sí, mis queridos niños, Ratín se ha convertido en príncipe por complacer a su suegra.

—Pero ¿cómo ha podido ser eso?

—Muy sencillamente, comprando un principado.

—Bueno está, pero los principados, por muy en baja que estén, deben de costar bastante caros.

—Indudablemente; por eso Ratín consagró a su adquisición una buena parte del valor de la perla, porque no os habréis olvidado de la famosa perla encontrada en la ostra de Ratina, y que valía muchos millones.

Es rico, por consiguiente. Pero no vayáis a creer que la riqueza haya modificado sus gustos ni los de su prometida, que al casarse con él va a convertirse en princesa.

No; aun cuando su madre sea duquesa, ella continúa siendo la jovencita modesta que vosotros conocéis, y el príncipe Ratín está más enamorado de ella que nunca; ¡está tan hermosa con su traje blanco y sus guirnaldas de flores de azahar!

Inútil será decir que el hada Firmenta no ha dejado de acudir a la boda, en la que no deja de corresponderle una buena parte.

Es, pues, un día de fiesta para toda la familia; así es que don Rata está magnífico; en su calidad de ex cocinero, ha llegado a ser un político.

Ratana no es ya un ganso, con gran satisfacción por su parte; es una señora de compañía; su esposo ha sabido hacerse perdonar sus

desdeñosas maneras de otros tiempos; su esposa ha vuelto a conquistarle por completo, y hasta el bueno de Rata llega a mostrarse un tanto celoso de los señores que mariposean en torno de su mujer.

Por lo que respecta al primo Raté..., pero pronto va a aparecer y podréis contemplarle a vuestra satisfacción.

Los invitados se hallan reunidos en el salón grande, lleno de luces, embalsamado con el perfume de las flores, adornado con los más ricos muebles y espléndido, en suma, de elegancia y confort.

De los alrededores han llegado muchas personas para asistir al matrimonio del príncipe Ratín; los grandes señores, las grandes damas han querido formar en el cortejo de aquella encantadora pareja; un mayordomo anuncia que todo está dispuesto para la ceremonia; fórmase entonces el cortejo más maravilloso que se puede ver, y que se dirige hacia la capilla en tanto que se deja oír una armoniosa música.

Más de una hora fue precisa para el desfile de todos aquellos personajes; al fin, en uno de los últimos grupos apareció el primo Raté.

Un lindo joven, a fe mía; un verdadero figurín; manto de corte, sombrero adornado con una magnífica pluma, con la que barre el suelo a cada saludo.

El primo es marqués y no hace mal papel en la familia; tiene muy buen aspecto y sabe presentarse con distinción y gracia; así es que no le faltan los cumplidos y los halagos, que él recibe con cierta modestia.

Puede observarse, sin embargo, que su fisonomía tiene cierto tinte de tristeza y su actitud es de algún embarazo; baja los ojos y aparta las miradas, evitando las de cuantos se le acercan.

¿Por qué esta reserva?...

¿Acaso no es en la actualidad tan hombre como cualquier duque o príncipe de la corte?

He aquí que se adelanta a ocupar el puesto que le corresponde en el cortejo, avanzando con paso acompasado, con paso de ceremonia, y llega al ángulo del salón, se vuelve...

¡¡¡Horror!!!

Por entre los pliegues de su uniforme, bajo su manto de corte pasa una cola, una cola de jumento... En vano trata de disimular

aquel vergonzoso resto de la forma precedente; ¡está escrito que no se desembarazará jamás de ello!

¡He aquí lo que son las cosas, queridos niños; cuando uno empieza la vida mal, es sumamente difícil volver al buen camino! El primo es hombre y lo será para lo sucesivo; pero como ya ha llegado al grado más elevado de la escala y no puede contar con una nueva metempsícosis que le librase de aquella cola, habrá de conservarla hasta su último suspiro.

¡Pobre primo Raté!

XIII

De esta suerte se celebró la boda del príncipe Ratín y de la princesa Ratina, con una extrema magnificencia digna de aquel hermoso joven y de aquella linda muchacha, nacidos el uno para el otro.

Al regreso de la capilla, el cortejo desfiló en el mismo orden y con la misma corrección y nobleza de actitudes, como, según parece, sólo se encuentra en las clases elevadas.

Si se objeta que todos aquellos señores no eran, sin embargo, más que advenedizos al fin y al cabo; que en virtud de las leyes de la metempsícosis habían ido pasando por muy humildes fases; que fueron moluscos sin alma, peces sin inteligencia, volátiles sin meollo, cuadrúpedos sin raciocinio, responderemos que nadie podría creer semejante cosa al observar su corrección y elegancia.

Las buenas maneras, por otra parte, se aprenden como se aprende la Historia o la Geografía. Pensando, no obstante, en lo que pudo ser en el pasado, haría perfectamente el hombre en mostrarse más modesto y la humanidad ganaría bastante con ello.

Tras la ceremonia del matrimonio hubo una comida espléndida en la gran sala del palacio; decir que se comió ambrosía preparada por los primeros cocineros del siglo y que se bebió néctar llevado de las mejores bodegas del Olimpo, no sería decir demasiado.

La fiesta, en fin, terminó con un baile, en el que lindas bayaderas y graciosas almeas, vestidas con sus trajes orientales, causaron la admiración y el encanto de la augusta asamblea.

El príncipe Ratín, como era natural, había abierto el baile con la princesa Ratina en una *quadrille* en que la duquesa Ratona figuraba del brazo de un príncipe de sangre Real; don Rata en compañía de una embajadora y Ratana conducida por el propio sobrino de un Gran Elector.

En cuanto al primo Raté, tardó mucho tiempo en exhibir su persona; por mucho que le costase permanecer apartado, no se atrevía a invitar a las encantadoras mujeres que pululaban por la sala; decidióse, al fin, por sacar a bailar a una deliciosa condesa de notable distinción...

Aquella amable dama aceptó..., un poco ligeramente tal vez, y he allí a la pareja lanzada en el torbellino de un vals de Gungil.

¡Ah, qué efecto!... En vano había querido el primo Raté recoger bajo el brazo su rabo de asno, lo mismo que las bailarinas hacen con las colas de sus vestidos; aquel rabo, arrastrado por el movimiento centrífugo, se le escapó; y entonces he aquí que se extiende cual un plumero que azota a los grupos de bailarines, que se enrosca en sus piernas, que produce las caídas más comprometedoras, y es causa, en fin, de la del marqués Raté y de la deliciosa condesa, su compañera.

Hubo que sacarla de allí medio desvanecida de vergüenza, en tanto que el primo corría a esconderse con toda la velocidad de sus piernas.

Aquel burlesco episodio dio fin a la fiesta, y todo el mundo se retiró en el momento en que algunos volatineros anunciaban el comienzo de una magnífica sesión de fuegos artificiales.

XIV

La cámara del príncipe Ratín y de la princesa Ratina es,

seguramente, una de las más hermosas del palacio; ¿no la considera por ventura el Príncipe como el estuche de la inapreciable joya que ahora posee?...

A ella es adonde van a ser conducidos con gran aparato los recién casados.

Mas antes de que los nuevos esposos hubieran sido introducidos, dos personas pudieron penetrar en la habitación.

Ahora bien: esas dos personas, ya lo habéis adivinado de seguro vosotros, son el príncipe Kissador y el encantador Gardafur.

He aquí las frases que entre ellos se han cruzado:

—¡Ya sabes lo que me has prometido, Gardafur!

—Sí, Príncipe, y esta vez nada habrá que me impida raptar a Ratina para Vuestra Alteza.

—¡Y cuando sea Princesa de Kissador no tendrá por qué lamentarlo!

—Ésa es mi opinión —respondió aquel adulator de Gardafur.

—¿Estás seguro de conseguir nuestros propósitos? —preguntó el Príncipe con cierto temor, no del todo injustificado, en vista de los anteriores fracasos.

—Vos podréis juzgar —respondió Gardafur sacando el reloj—; dentro de tres minutos habrá transcurrido el tiempo durante el que he sido privado de mi poder de encantador; dentro de esos tres minutos mi varita habrá vuelto a ser tan poderosa cual la del hada Firmenta; si Firmenta ha podido elevar a los miembros de la familia Ratón hasta el rango de seres humanos, yo, por mi parte, puedo hacerles volver a bajar al rango de los más vulgares animales.

—Bien, Gardafur; pero quiero que Ratín y Ratina no permanezcan a solas en esta habitación ni un solo instante.

—No lo harán, si es que yo he recobrado mi poder antes de que lleguen.

—¿Cuánto tiempo falta aún?

—Dos minutos.

—Fíelos aquí.

—Voy a esconderme en este gabinete —dijo Gardafur—, y apareceré en cuanto sea necesario. Vos, Príncipe, retiraos; pero permaneced tras esa puerta, y no la abráis hasta el momento en que yo exclame: «A ti, Ratín».

—Convenido, y, sobre todo, no perdonos a mi rival.

—Quedaréis satisfecho.

Véase qué peligro amenaza aún a aquella honrada familia, tan probada ya, ignorante como se halla de que tan cerca tiene al Príncipe y al encantador.

XV

Los recién casados acaban de ser conducidos a su habitación con gran aparato: el duque y la duquesa Ratón les acompañan con el hada Firmenta, que no ha querido abandonar a la joven pareja, cuyos amores ha protegido.

Nada tienen que temer del príncipe Kissador, ni del encantador Gardafur, que jamás han sido vistos en el país, y, sin embargo, el hada experimenta cierta inquietud, como un presentimiento secreto; sabe ella que Gardafur se encuentra a punto de recobrar su poder de encantador, y esto no deja de intranquilizarla y preocuparla.

No hay que decir que Ratana está allí ofreciendo sus servicios a su joven ama; asimismo don Rata, que no quería separarse de su mujer, y el primo Raté, por fin, si bien en aquel momento la vista de la que ama debe destrozarle el corazón.

El hada Firmenta, que continúa llena de ansiedad, se apresura a mirar si el encantador Gardafur se oculta por algún sitio, tras un portier, bajo cualquier mueble... Mira..., escudriña... ¡Nadie!

En vista de ello, al considerar que el príncipe Ratón y la princesa Ratina van a quedarse en aquella habitación, y que están solos, comienza a cobrar confianza.

De pronto se abre una puerta lateral, muy bruscamente, en el momento en que el hada decía a la joven pareja:

—¡Sed felices!

—¡Todavía no! —gritó una voz terrible.

Gardafur acaba de aparecer agitando en su mano la varita mágica; ¡Firmenta nada puede hacer ya por aquella desventurada familia!

Todos han quedado heridos de estupor; inmóviles en el primer instante, retroceden enseguida en grupo, tratando de protegerse detrás del hada.

—¡Hada bondadosa!... ¿Nos abandonáis quizá?... ¡Protegednos!

—¡Firmenta —respondió Gardafur—, has agotado tu poder para salvarlos, y yo me encuentro ahora todo el mío para perderlos! ¡Tu varita no puede, en la actualidad, hacer nada por ellos, mientras que la mía!...

Y diciendo esto, Gardafur la agitaba, describiendo círculos mágicos y haciéndola silbar en el aire, como si estuviera dotada de una vida sobrenatural.

Ratón y los suyos comprendieron que el hada se hallaba desarmada, ya que no podía librarles mediante una metamorfosis superior.

—¡Hada Firmenta —volvió a gritar Gardafur—, tú hiciste hombres; pues ahora voy a hacer yo animales!

—¡Gracia, gracia! —murmuraba Ratina, tendiendo sus manos hacia el encantador.

—¡No hay gracia! —respondió Gardafur—. El primero que sea tocado por mi varita quedará cambiado en mono.

Dicho esto, Gardafur marchó sobre el infortunado grupo, que se dispersó al verle acercarse.

¡Si los hubierais visto correr a través de la cámara, de la que no podían escapar, por hallarse cerradas las puertas, arrastrando consigo Ratín a Ratina, tratando de librarla del contacto de la varita mágica, poniéndose él delante, sin pensar en el peligro que el mismo corría!

Él mismo, sí, pues el encantador acababa de exclamar:

—¡En cuanto a ti, hermoso joven, pronto te mirará Ratina con asco!

A estas palabras, Ratina cayó desvanecida en brazos de su madre, y Ratín avanzaba hacia la puerta principal, mientras Gardafur, precipitándose sobre él, gritaba:

—¡A ti, Ratín!

En aquel preciso instante, ábrese la puerta principal..., aparece el Príncipe, y él es quien recibe el golpe destinado a Ratín...

El príncipe Kissador ha sido tocado por la varita... ¡ya no es otra cosa que un horrible chimpancé!

¡A qué furor se entrega entonces! ¡Él, tan pagado de su belleza, tan lleno de orgullo y jactancia, trocado ahora en mono, de faz repulsiva, largas orejas, hocico prominente, brazos que le llegan hasta las rodillas, nariz aplastada, piel amarillenta cuyos pelos se erizan!...

Un espejo se encuentra allí sobre una de las paredes de la cámara... ¡Se mira!... Lanza un grito terrible... Salta sobre Gardafur, estupefacto de su torpeza..., cógele por el pescuezo y le estrangula con su robusta mano de chimpancé.

Entonces se abre el suelo, como es de rigor en todas las brujerías, un leve vapor se escapa de él y el malvado Gardafur desaparece en medio de un torbellino de llamas.

Enseguida el príncipe Kissador se precipita a una ventana, ábrela de un golpe, la franquea de un salto y corre a unirse a sus semejantes en el bosque próximo.

XVI

Y entonces, a nadie sorprenderé yo diciendo que todo aquello acabó en una apoteosis, para la completa satisfacción de la vista, del oído y hasta del gusto y el olfato.

El ojo admira los más bellos paisajes del mundo bajo un cielo de Oriente; el oído se recrea con armonías paradisíacas; la nariz aspira perfumes embriagadores, destilados por millares de flores, y los labios se perfuman con un aire cargado del sabor de los frutos más delicados.

En fin, toda la venturosa familia se encuentra en éxtasis, hasta el punto de que Ratón, el padre Ratón mismo, ha dejado de sentir su gota; ¡está curado y tira lejos su vieja muleta!

—¡Hombre! —grita la duquesa Ratona—. ¿No estáis ya gotoso, querido mío?

—Así parece —dijo Ratón—, y heme aquí sin muletas.

—¡Padre! —exclama alegremente Ratina.

—¡Ah, señor Ratón! —añaden Rata y Ratana.

Enseguida se adelanta el hada Firmenta, diciendo:

—En efecto: Ratón, ahora sólo de vos depende el ser hombre, y si queréis, yo puedo...

—¿Hombre, señora hada?

—Sí —replica la señora Ratona—, sí, hombre y duque, como yo soy mujer y duquesa.

—A fe mía —responde nuestro filósofo—, ratón soy y ratón me quedaré; esto es preferible, a mi juicio, y como decía, o lo dirá el poeta Menandro «Perro, caballo, buey, asno, todo es preferible a ser hombre, mal que os pese...».

XVII

He aquí, mis queridos niños, el desenlace de este cuento; la familia Ratón nada tiene ya que temer en lo sucesivo ni de Gardafur, estrangulado por el príncipe Kissador, ni del príncipe Kissador.

Síguese, pues, de aquí que van a ser muy felices y a gustar, como suele decirse, una felicidad sin nubes.

Por lo demás, el hada Firmenta siente por ellos verdadero afecto, y no habrá de escatimarles sus beneficios.

Tan sólo el primo Raté tiene cierto derecho a quejarse, toda vez que no ha llegado a una metamorfosis completa; no puede, en manera alguna, resignarse, y aquel rabo de pollino causa su desesperación, en vano trata de disimularlo; ¡siempre se le descubre!

Por lo que hace al sensato Ratón, será ratón toda su vida, a despecho de la duquesa Ratona, que le reprocha sin cesar su descortés negativa a elevarse hasta el rango de los humanos; y cuando la enojada gran dama le abruma demasiado con sus recriminaciones, se contenta con replicarle, aplicándole la frase del fabulista:

—¡Ah, mujeres, mujeres; hermosas cabezas a veces, pero cerebro..., ni chispa!

Por lo que hace al príncipe Ratín y la princesa Ratina, fueron muy felices y tuvieron muchos hijos.

Así es como acaban ordinariamente los cuentos de hadas, y yo me atengo a esta manera de terminar, que es la buena.

EL SEÑOR RE SOSTENIDO Y LA SEÑORITA MI BEMOL^[3]

I

Éramos unos treinta niños en la escuela de Kalfermatt: unos veinte chicos de entre seis y doce años y unas diez niñas de entre cuatro y nueve; si tenéis el deseo de averiguar en qué sitio se encuentra exactamente este pueblo, os diré que, según mi libro de Geografía (página 47), se halla en uno de los cantones católicos de Suiza, no lejos del lago de Constanza, al pie de las montañas del Appenzell.

—¡Eh, eh! ¡El de allá abajo, Josef Muller!

—¡Señor Valrugis! —respondí yo.

—¿Qué es lo que está usted escribiendo mientras explicamos la lección de Historia?

—Estoy tomando notas, señor.

—Bien.

La verdad es que yo estaba dibujando un hombre mientras el maestro nos refería por milésima vez la historia de Guillermo Tell y del perverso Gessler; nadie la explicaba como él; el único punto que le quedaba por elucidar era el relativo a la especie a que pertenecía la manzana histórica que el héroe de Helvecia había colocado sobre la cabeza de su hijo, manzana tan discutida como la que nuestra madre Eva cogió del árbol de la ciencia del bien y del mal.

El pueblo de Kalfermatt se halla agradablemente situado en el

fondo de una de esas depresiones que llaman *van*, abierta en el lado de la montaña, al que no llegan los rayos del sol en el verano.

La escuela, sombreada por espesas frondas al extremo del pueblo, no tiene el desagradable aspecto de un centro de instrucción primaria, sino que es, por el contrario, de alegre apariencia, bien situada, con un amplio patio, un cobertizo para los días de lluvia y un campanario chiquitito, en el cual canta la campana como un pájaro en las ramas.

El señor Valrugis es quien se halla al frente de la escuela, a medias con su hermana Lisbeth, una viejecita más severa que él; con los dos hay bastante para la enseñanza: lectura, escritura, cálculo, Geografía, Historia —Historia y Geografía de Suiza, por supuesto—. Tenemos clase todos los días, excepto los jueves y domingos; vamos a las ocho, cada uno con su cestito y los libros sujetos con una correa.

En el cestito llevamos la comida del mediodía: pan, carne fiambre, queso, frutas y un pequeño frasquito de vino; en la correa de los libros hay lo bastante para instruirse: cuadernos para cuentas y problemas y libretas para escribir al dictado; a las cuatro regresábamos a casa, con el cestillo vacío hasta la última miga.

—¡Señorita Betty Clére!...

—¿Señor Valrugis? —respondió la niña.

—Parece que no presta usted mucha atención a lo que estamos diciendo; ¿tendrá usted la bondad de decirnos adonde llegamos?

—Al instante —dijo Betty balbuciente— en que Guillermo se niega a saludar al gorro...

—¡Error!... ¡No estamos ya en el gorro, sino en la manzana, de cualquier especie que sea!...

La señorita Betty Clére, confusa y avergonzada, bajó los ojos, no sin antes haberme dirigido aquella tierna mirada que tanto me agradaba.

—Indudablemente —prosiguió, con un poco de ironía, el señor Valrugis—, si esta historia se cantase en lugar de ser recitada, experimentaría usted más placer por ella, dado el gusto que usted siente por las canciones..., ¡pero jamás se atreverá un músico a poner en música semejante asunto!

¿Tendría tal vez razón nuestro maestro de escuela? ¿Qué compositor habría de tener la pretensión de hacer vibrar tales

cuerdas?... Y, sin embargo, ¿quién sabe si algún día, en el porvenir más o menos remoto?...

Pero el señor Valrugis continuó su explicación; grandes y chicos éramos todo oídos; habríase oído silbar la flecha de Guillermo Tell a través de la clase..., por centésima vez desde las últimas vacaciones.

II

Es cierto que el señor Valrugis no asigna al arte de la música más que un rango muy inferior; ¿tiene razón?...

Eramos nosotros demasiado jóvenes entonces para poder tener una opinión a este respecto. Figuraos, yo estoy entre los mayores y todavía no he llegado a los diez años; a muchos de nosotros, sin embargo, nos gustaban las canciones del país, los viejos *Heder* de las veladas, los himnos de las grandes fiestas y los salmos del antifonario cuando les acompaña el órgano de la iglesia de Kalfermatt.

Entonces las vidrieras oscilan, los niños lanzan sus voces en falsete, los incensarios se balancean, y parece como que los versículos, los motetes, los responsos, se alzan y vuelan en medio de vapores perfumados...

No quiero yo alabarme, porque eso no está bien, y aun cuando yo hubiese sido uno de los primeros de la clase, no me toca a mí el decirlo.

Ahora, si me preguntáis por qué yo, Josef Muller, hijo de Wilhelm Muller y de Margarita Has y en la actualidad, después de haber sucedido a su padre, maestro de postas en Kalfermatt, se me había apodado *Re Sostenido*, y por qué Betty Clére, hija de Jean Clére y de Jenny Rose, tabernero en dicho pueblo, llevaba el sobrenombre de *Mi Bemol*, os contestaré, Paciencia; muy pronto lo sabréis; no queráis andar más de prisa de lo que a mí me conviene, mis queridos niños; lo que es cierto es que nuestras dos voces casaban admirablemente, en espera, sin duda, de que nosotros

mismos nos hubiéramos casado el uno con la otra; y ahora cuento ya una respetable edad, y al escribir esta historia sé, hijos míos, muchas más cosas de las que entonces sabía, hasta de música.

¡Sí; el señor Re Sostenido se casó con la señorita Mi Bemol, y somos muy felices, y nuestros negocios han prosperado mucho, gracias a nuestro trabajo y a que nos hemos conducido bien!... Si un maestro de postas no sabe conducirse, ¿quién lo sabría?

Hace, pues, cuarenta años cantábamos nosotros en la iglesia, porque debo deciros que las niñas cantaban, lo mismo que los niños, en la iglesia de Kalfermatt, sin que semejante costumbre llamase en manera alguna la atención; ¿quién se ha inquietado nunca por averiguar el sexo a que pertenecen los serafines que han bajado del cielo?

III

El coro de cantores de nuestro pueblo gozaba de gran reputación, gracias a su director, el organista Eglisak; ¡qué maestro de solfeo y qué habilidad ponía en hacernos vocalizar! ¡De qué modo nos enseñaba el compás, el valor de las notas, la tonalidad, la modalidad, la composición de la gama! ¡Muy inteligente, muy inteligente era el digno Eglisak! Decíase que era un músico de genio, un contrapuntista sin rival, y que había hecho una fuga extraordinaria, una fuga en cuatro partes.

Como nosotros no supiéramos gran cosa acerca del particular, hubimos de preguntárselo un día.

—¿Una fuga? —respondió alzando la cabeza.

—¿Es un fragmento de música? —dije yo.

—De música trascendente, hijo mío.

—Quisiéramos escucharla —saltó un italianito llamado Fariña, dotado de una hermosa voz de contralto, y que subía..., subía... hasta el cielo.

—Sí —añadió un alemán, Albert Hoct, cuya voz, en cambio,

bajaba..., bajaba... hasta el fondo de la tierra.

—¿Vamos, señor Eglisak? —repitieron los otros chicos y chicas.

—No, hijos míos; no conoceréis vosotros mi fuga hasta que esté terminada...

—¿Y cuándo lo estará? —pregunté yo.

—Nunca.

Nosotros nos miramos unos u otros y él se sonrió con su punta de ironía.

—Una fuga no se halla jamás acabada —nos dijo—; pueden siempre añadirse partes nuevas.

Nosotros, pues, no habíamos escuchado la famosa fuga del profesor Eglisak; pero, en cambio, había puesto para nosotros en música el himno de San Juan Bautista; conocéis vosotros este salmo en verso, del cual Guido de Arezzo tomó las primeras sílabas para designar las notas de la gama:

«Ut queant laxis

Resonare fibris

Mira gestorum

Famuli tuorum

Solve polluti

Labii reatum

Sánete Joannes.»

El si no existía en la época de Guido de Arezzo; en 1026 fue cuando un monje completó la gama con la adición de la nota sensible, y, a mi juicio, hizo perfectamente.

En realidad, de verdad, cuando nosotros cantábamos ese salmo, hubiera acudido la gente de lejos sólo por escucharnos.

En cuanto al significado que tenían aquellas extrañas palabras, nadie lo sabía en la escuela, ni siquiera el señor Valrugis; creíase que era latín, pero no estábamos muy seguros, y, sin embargo, parece que ese salmo será cantado en el día del Juicio final, y es probable que el Espíritu Santo, que habla todas las lenguas, lo traducirá en lenguaje edénico.

No por eso, sin embargo, dejaba de ser cierto que el señor Eglisak pasaba por ser un gran compositor; por desgracia, estaba aquejado de una enfermedad muy lamentable, y que tendía a

aumentar progresivamente; con la edad, su oído iba haciéndose duro; nosotros lo advertíamos perfectamente, pero él no quería convenir en ello; por lo demás, y con objeto de no apenarle, gritábamos al dirigirle la palabra, y nuestros falsetes conseguían hacer vibrar su tímpano.

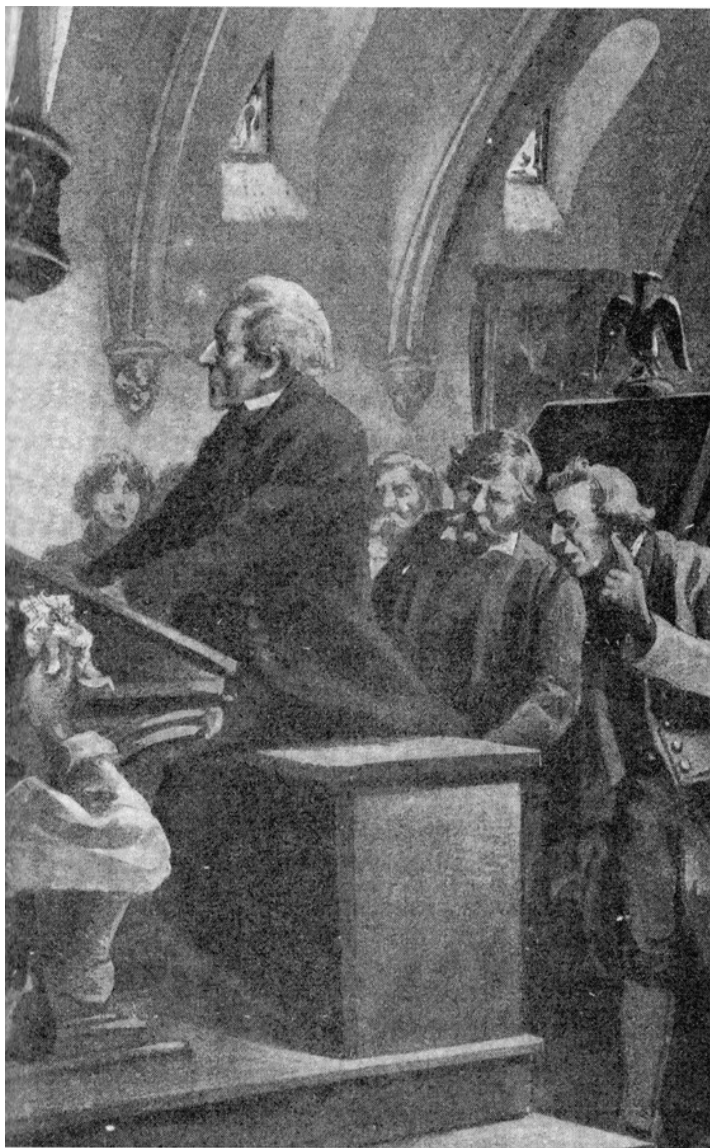
Mas no se hallaba lejana la hora en que había de quedarse completamente sordo.

Sucedió esto en domingo, a la hora de vísperas; acababa de terminarse el último salmo de *Completas*, y Eglisak continuaba en el órgano, abandonándose a los caprichos de su imaginación; tocaba y tocaba, sin que aquello llevara trazas de terminarse nunca, y nadie quería marcharse, ante el temor de apenarle.

Pero he aquí que el encargado del fuelle del órgano, cansado ya, se detiene; le falta al órgano la respiración... Eglisak no se ha dado cuenta; los acordes, los arpeggios, fluyen de sus dedos; ni un solo sonido se escapa y, sin embargo, él, en su alma de artista, continúa oyendo...

Todo el mundo comprende que acaba de herirle una desgracia y nadie se atreve a llamarle la atención, a pesar de que el encargado del fuelle ha bajado por la estrecha escalera de la tribuna...

Eglisak no cesa de tocar; y toda la tarde siguió tocando, y la noche igualmente, y todavía a la otra mañana sus dedos paseaban sobre el mudo teclado...



Fue preciso sacarle de allí... El pobre hombre se dio al fin cuenta de lo que le sucedía; estaba sordo, pero eso no le impediría terminar su fuga; no podría oírla; he ahí todo.

Desde aquel día, los grandes órganos no resonaron ya en la iglesia de Kalfermatt.

IV

Transcurrieron seis meses; llegó noviembre, sumamente frío; un manto blanco cubrió la montaña e invadió las calles; llegábamos nosotros a la escuela con la nariz encarnada y amoratadas las mejillas. Yo aguardaba a Betty al volver de la plaza; ¡qué gentil!

—¿Eres tú, Josef? —decía.

—Yo soy, Betty; el frío corta esta mañana; arrópate bien.

—Sí, Josef; ¿y si diéramos una carrerita?

—Bueno; dame tus libros, yo te los llevaré; ten cuidado no te constipes; sería una lástima que fueras a perder tu hermosa voz.

—¡Y tú la tuya, Josef!

Sí que habría sido lástima, en efecto.

Y después de habernos soplado los dedos, echábamos a correr a toda la velocidad de nuestras piernecillas para entrar en calor; por fortuna, la escuela estaba abrigadita; la estufa despedía calor; no se escatimaba la leña, de la que había bastante abundancia en el monte y el viento se encargaba de derribarla, no quedando más que el trabajo de recogerla. El señor Valrugis permanecía en su silla con el gorro encasquetado hasta las orejas, y nos contaba la historia de Guillermo Tell; pensaba yo entonces que si Gessler no poseía más que un gorro, debía de haberse acatarrado mientras su gorro figuraba en la punta del palo, si es que aquellas cosas habían ocurrido en el invierno.

Y entonces se trabajaba bien: la lectura, la escritura, el cálculo, la recitación, el dictado, y el maestro estaba satisfecho.

La música, no obstante, holgaba; no se había encontrado persona capaz de reemplazar al antiguo Eglisak; seguramente, olvidaríamos todo lo que habíamos aprendido; ¿qué probabilidades había de que viniese un nuevo director a Kalfermatt? El órgano comenzaba también a necesitar reparaciones.

El señor cura no ocultaba su disgusto. ¡Cómo desentonaba el pobre señor, ahora que no le acompañaba el órgano, sobre todo en el Prefacio de la Misa! El tono iba bajando gradualmente, y cuando llegaba a *suplid confessione dicentes*, nadie podía discernir las notas; algunos se sonreían, pero a mí me daba mucha pena y a Betty también; el día de Todos los Santos no había habido ninguna bonita música, ¡y la Navidad que se aproximaba con sus *gloria*, sus *adeste*

fideles y sus exultet!...

El señor cura había tratado de ensayar un medio; el de reemplazar el órgano por un serpentón; con el serpentón, cuando menos, no desentonaría; la dificultad no estaba en procurarse aquel instrumento antediluviano; había uno colgado en la pared de la sacristía, y que estaba durmiendo allí desde hacía muchos años; mas ¿dónde encontrar el serpentista? En realidad, podría tal vez utilizarse el encargado del fuelle del órgano, sin ocupación entonces.

—¿Tú sabes soplar? —díjole un día el señor cura.

—Sí —respondió aquel valiente—, con el insuflador, pero no con mi boca.

—¿Qué importa? Haz una prueba para ver...

—Probaré.

Y probó, sopló en el serpentón, pero el sonido que de él salió fue verdaderamente abominable; ¿procedía aquello de él o procedía de la bestia de madera? Cuestión insoluble; hubo, por consiguiente, que renunciar a ello, y lo probable era que la próxima Navidad fuera tan triste como había sido la fiesta de Todos los Santos; porque si faltaba el órgano, por faltar Eglisak, tampoco funcionarían los cantores, pues no teníamos quién nos diera lecciones, ni quién llevara el compás; por esto los kalfermattianos estaban verdaderamente desolados cuando una tarde el pueblo fue puesto en revolución.

Estábamos a 15 de diciembre; hacía un frío seco, uno de esos fríos que las brisas llevan a lo lejos; una voz en la cumbre de la montaña habría llegado hasta el pueblo, y un pistoletazo disparado en Kalfermatt se hubiera oído en Reischarden, y entre ambos hay una legua larga.

Era un sábado, y había ido yo a cenar a casa del señor Clére; al día siguiente no había escuela; cuando se ha trabajado durante toda la semana, ¿no es perfectamente lícito descansar el domingo? El propio Guillermo Tell tiene el derecho de reposar, porque debe de hallarse fatigado tras ocho días pasados sobre el banquillo del señor Valrugis.

La casa del posadero estaba situada en la plazuela, en el rincón de la izquierda, enfrente casi de la iglesia, cuya veleta se oía girar al extremo de su puntiagudo campanario; había una media docena de

clientes en casa Clére, y se había convenido que Betty y yo cantásemos aquella tarde un lindo nocturno de Salviati.

Habíase terminado la cena y, retirado el servicio, se alinearon las sillas e íbamos a comenzar cuando un sonido lejano llegó a nuestros oídos.

—¿Qué es eso? —dijo uno.

—Diríase que viene de la iglesia —respondió otro.

—¡Pero si es el órgano!...

—¡Cómo! ¿Iba a tocar solo el órgano?

Los sonidos, sin embargo, continuaban propagándose con toda claridad.

Abrióse la puerta de la posada, a pesar del frío; la vieja iglesia estaba sombría, sin que ningún resplandor pasase a través de los vidrios de la nave; era el viento, indudablemente, el que se deslizaba por algún agujero del techo o de las paredes; nos habíamos equivocado, e íbamos a reanudar nuestra velada cuando el fenómeno se reprodujo, con tal intensidad, que no era posible el error.

—¡Pero están tocando en la iglesia! —exclamó Jean Clére.

—Es el diablo seguramente —dijo Jenny.

—¿Es que el diablo sabe tocar el órgano? —replicó el posadero.

—¿Y por qué no? —pensaba yo.

Betty me cogió de la mano.

—¿El diablo? —dijo.

Las puertas que daban a la plaza fueron a todo esto abriéndose poco a poco, y algunas personas se asomaban a las ventanas preguntando lo que ocurría.

Alguien que estaba en la posada dijo:

—Habrá encontrado el señor cura un organista y le habrá mandado venir. ¿Cómo era que no se nos había ocurrido esta explicación tan sencilla?...

Precisamente, en tal momento aparece el propio señor cura en el umbral de la casa rectoral.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Están tocando el órgano, señor cura —le dijo el posadero.

—¡Bueno! Será Eglisak que habrá vuelto a ponerse al teclado.

El ser sordo no impide, en efecto, dejar correr los dedos sobre las teclas, y era posible que el anciano maestro hubiese tenido el

capricho de subir a la tribuna, con el encargado del fuelle; era menester verlo; pero el pórtico estaba cerrado.

—Josef —me dijo el señor cura—, ve a ver a casa de Eglisak.

Eché a correr hacia allí llevando de la mano a Betty, que no había querido separarse de mí.

Cinco minutos después estábamos de regreso.

—¿Y bien? —me preguntó el señor cura.

—El maestro está en su casa —contesté, falto de aliento.

Era, efectivamente, cierto; su sirviente me había asegurado que estaba durmiendo en su cama, como un sordo, y que toda la trompetería del órgano no hubiera podido despertarle.

—Entonces, ¿quién es el que está allí? —murmuró la señora Clére, algo intranquila.

—Ahora lo veremos —dijo el señor cura abrochándose el abrigo.

El órgano continuaba dejándose oír; era como una tempestad de sonidos lo que de él brotaba; la plaza estaba como barrida por un huracán de música; hubiérase dicho que la iglesia no era más que un inmenso tubo de órgano.

Ya dije que el pórtico estaba cerrado, pero al dar la vuelta se vio que la puertecilla situada enfrente precisamente de la taberna Clére estaba entreabierta.

Por allí era por donde había debido de penetrar el intruso.

El señor cura primero y tras él el sacristán, que acababa de unírsele, entraron en la iglesia; al pasar mojaron sus dedos en la pila del agua bendita y se santiguaron; todos los que seguían detrás hicieron lo mismo.

De pronto, el órgano se calló; el fragmento ejecutado por el misterioso organista se detuvo sobre un acorde de cuarta y sexta, que se perdió bajo las oscuras bóvedas.

¿Era la entrada de toda aquella gente lo que había cortado la inspiración del artista desconocido?...

Eso era lo único que podía pensarse.

En aquel momento, la nave, poco antes rebosante de armonías, había vuelto a caer en el silencio; y digo el silencio porque todos nosotros estábamos mudos entre los pilares, con una sensación análoga a la que se experimenta cuando tras un vivo relámpago se espera el estallido del trueno.

Aquello duró un instante; preciso era saber a qué atenerse.

El sacristán y dos o tres individuos de los más valientes se dirigieron hacia la escalera de caracol que sube hasta la tribuna en el fondo de la nave; subieron los peldaños; pero una vez llegados a la tribuna, no encontraron a nadie; la tapa del teclado estaba echada; el fuelle, medio hinchado aún, a causa del aire que no podía tener salida, permanecía inmóvil, con su palanca alzada.

Muy probablemente, aprovechándose del tumulto y de la oscuridad, el intruso había podido bajar la escalera, desaparecer por la puertecilla y escapar a través del pueblo.

¡No importaba! El sacristán creyó que sería tal vez conveniente exorcizar, por prudencia; mas el señor cura se opuso a ello. Y con razón, porque no la había para proceder a tales exorcismos.

V

A la mañana siguiente, el pueblo de Kalfermatt contaba con un habitante más, y hasta con dos; pudo vérselos paseándose por la plaza, ir y venir a lo largo de la calle Mayor y llegar hasta la escuela, y, finalmente, volverse a la posada de Clére, donde tomaron una habitación con dos camas, para un tiempo cuya duración no indicaron.

—Puede ser para un día, para una semana, para un mes, para un año —había dicho el más importante de aquellos dos personajes, según me contó Betty cuando se unió conmigo en la plaza, como todos los días.

—¿Sería ése el organista de ayer? —pregunté yo.

—¡Caramba! Bien pudiera eso ser, Josef.

—¿Con su encargado del fuelle?...

—El más gordo, sin duda —respondió Betty.

—¿Y cómo son?

—Como todo el mundo.

Como todo el mundo, es evidente, toda vez que tenían una cabeza sobre los hombros, brazos adheridos al torso y pies al

extremo de las piernas.

Pero puede poseerse todo eso, tener todas esas cosas y, sin embargo, no parecerse a nadie; y esto, efectivamente, fue lo que yo hube de reconocer cuando, hacia las once de la mañana, vi, por fin, a aquellos dos tan extraños extranjeros.

Marchaban uno tras otro.

Uno de ellos, de treinta y cinco a cuarenta años, era delgado, pálido, enjuto, largo, vestido con una gran levita amarillenta, las piernas dobladas, que terminaban en dos pies estrechos, puntiagudos; tocado con una ancha gorra con pluma; ¡vaya una figura la que hacía aquel individuo! Ojos plegados, pequeños, pero penetrantes; con una brasa en el fondo de sus pupilas, dientes blancos y agudos, nariz afilada, boca cerrada y barba de vieja. ¡Y qué manos! ¡Dedos largos, largos!... De esos dedos que sobre un teclado pueden abarcar una octava y media.

El otro era su antítesis; grueso, ancho de espaldas y sobre sus robustos hombros una cabezota de toro, semblante congestionado, representaba unos treinta años.

Nadie conocía a aquellos individuos; era la primera vez que venían al país; seguramente no eran suizos, sino más bien gentes del este, de más allá de las montañas, del lado de Hungría; y así era, en realidad, según supimos más tarde.

Después de haber pagado una suma adelantada en la posada Clére, habían almorzado con gran apetito, sin escatimar las cosas buenas; luego se pusieron a pasear uno tras otro; el flaco mirando a un lado y a otro, canturreando, los dedos en incesante movimiento, y por un gesto singular, golpeándose la nuca con la mano y repitiendo:

—¡La natural!... ¡La natural!... ¡Bien!

El gordo se balanceaba sobre sus piernas, fumando una pipa en forma de saxofón, de donde se escapaban torrentes de humo blanquecino.

Contemplábales yo con los ojos muy abiertos cuando el más alto me llamó, haciéndome señas para que me acercara.

La verdad sea dicha; yo tenía un poco de miedo; pero, al fin, me arriesgué y él me dijo con una voz cual el falsete de un niño de coro:

—¿La casa del cura, pequeño?

—¿La casa del... el presbiterio?

—Sí; ¿quieres llevarme?

Pensaba yo que el señor cura me regañaría por haberle llevado aquellas personas: al alto, sobre todo, cuya mirada me fascinaba; habría querido negarme, pero me fue imposible, y heme aquí dirigiéndome hacia la casa rectoral.

Nos separarían unos cincuenta pasos de ella cuando yo les enseñé la puerta y hui a todo correr, en tanto que el llamador daba tres corcheas, seguidas de una negra.

Varios camaradas me aguardaban en la plaza y el señor Valrugis con ellos, y me interrogaron; yo referí todo lo que había pasado; los compañeros me miraban... ¡Ya veis, había hablado con él!

Pero cuanto yo pude decir no nos hizo adelantar un paso en averiguación de lo que aquellos dos individuos vendrían a hacer en Kalfermatt; ¿por qué habían querido hablar con el señor cura? ¿Qué habría ocurrido entre ellos?

Todo quedó explicado aquella tarde.

Aquel tipo extraño —el más alto— se llamaba Effarane; era húngaro, y a la vez artista afinador y constructor de órganos, organero, como suele decirse, y que se encargaba de hacer reparaciones, yendo de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo ganándose de ese modo la vida.

Él, según fácilmente se adivina, fue quien, la víspera, habiendo penetrado por la puertecilla lateral con el otro, su ayudante e insuflador, había despertado los ecos de la vieja iglesia, desencadenando tempestades de armonía.

Pero según él, el instrumento, defectuoso en algunos sitios, exigía ciertas reparaciones, y él se ofrecía a hacerlas a muy bajo precio.

Varios certificados daban fe de sus aptitudes para este género de trabajos.

—¡Hágalo, hágalo! —había respondido el señor cura, que se había apresurado a aceptar la oferta que el personaje hiciera.

Y había añadido:

—¡Bendito sea Dios!, que nos envía un organero de vuestro saber y valer, y mil veces bendito si, además, nos enviase un organista...

—¿De modo que el pobre Eglisak?... —preguntó el maestro

Effarane.

—Sordo como una tapia. ¿Le conoce usted?

—¿Quién no conoce al hombre de la fuga?

—Pues hace ya seis meses que ni toca en la iglesia, ni enseña en la escuela, así es que tuvimos que tener Misa sin música el día de Todos los Santos y me temo que algo análogo va a ocurrirnos para Navidad.

—Tranquilícese, señor cura —respondió el maestro Effarane—; en unos quince días pueden terminarse las reparaciones, y si usted quiere, el día de Navidad yo tocaré el órgano.

Y al decir esto agitaba sus dedos interminables.

El cura agradeció sus ofrecimientos al artista, y le preguntó lo que pensaba acerca del órgano de Kalfermatt.

—Es bueno —respondió el maestro Effarane—, pero incompleto.

—¿Pues qué le falta? ¿No tiene, por ventura, veinticuatro registros, sin olvidar el registro de la voz humana?

—¡Oh, lo que le falta, señor cura, es precisamente un registro que yo he inventado, y con el que trato de dotar a estos instrumentos!

—¿Cuál?

—El registro de las voces infantiles —repuso el singular personaje, enderezando su alta figura—; sí, yo he imaginado este perfeccionamiento; será el ideal, y entonces mi nombre sobrepujará los nombres de los Fabiri, de los Kleng, de los Erhart Smid, de los André y de tantos y tantos otros como...

Y comenzó a citar nombres y nombres, hasta el extremo de que el buen cura creyó que no habría terminado hasta la hora de vísperas.

Y el organero añadió sacudiendo su cabellera:

—Si yo consigo esto para el órgano de Kalfermatt, ningún otro podrá compararse con él; ni el de San Alejandro en Bérgamo, ni el de San Pablo en Londres, ni el de Friburgo, ni el de Armsterdan, ni el de Frankfurt, ni el de Nuestra Señora de París, ni el de la Magdalena, ni el de San Dionisio, ni el de Beauvais...

Y decía todas esas cosas con aires de inspirado, con movimientos que describían curvas caprichosas.

Seguramente hubiera inspirado miedo a cualquiera que no fuese un cura, quien, con unas cuantas palabras en latín, podía reducir al

diablo al silencio.

Por fortuna, se dejó oír entonces la campana que tocaba a vísperas, y cogiendo su gorra, cuya pluma alisó con la mano, el maestro Effarane saludó con una profunda reverencia y fue a unirse con su insuflador en medio de la plaza.

Esto no fue obstáculo para que la anciana ama del cura creyese sentir, cuando se marchó, cierto olorcillo a azufre.

VI

Claramente se comprende que desde aquel día no se trató de otra cosa que del grave acontecimiento que preocupaba al pueblo; aquel gran artista, inventor genial, a la vez que se llamaba Effarane, se ufanaba de enriquecer nuestro órgano con un registro de voces infantiles, y entonces, en la próxima Navidad, tras los pastores y los magos, acompañados por las trompetas, los bordones y las flautas, se oirían las voces frescas y cristalinas de los ángeles, mariposeando en torno del Niño Jesús y de su divina Madre la Virgen María.

Los trabajos de reparación habían dado principio al día siguiente; el maestro Effarane y su ayudante se habían puesto manos a la obra; durante los recreos, algunos otros escolares, y yo acudíamos a verles; se nos dejaba subir a la tribuna a condición de no estorbar ni impedir las operaciones.

Todo el instrumento estaba desmontado, reducido al estado rudimentario; un órgano no es más que una flauta de Pan adaptada a un asiento con un fuelle y un registro, es decir, una regla móvil que rige la entrada del viento.

El nuestro era de un modelo magnífico, que tenía veinticuatro juegos principales, cuatro teclados de cincuenta y cuatro teclas, y asimismo un teclado de pedales para bases fundamentales de dos octavas.

¡Cuán inmenso nos parecía aquel bosque de tubos de madera o de estaño! ¡Se perdería uno en aquel laberinto inextricable! ¡Cuando

pienso que había dieciséis pies en madera y treinta y dos pies en estaño! ¡Con aquellos tubos habríase podido forrar la escuela entera, y al señor Valrugis al propio tiempo!

Contemplábamos nosotros todo aquello con una estupefacción muy parecida al espanto.

—Heinrich, —decía Hocht, arriesgando una miradita por debajo —, parece una maquina de vapor.

—No, más bien una batería —replicaba Fariña—; cañones que van a disparar balas de música.

Por mi parte, yo no encontraba comparaciones; pero cuando pensaba en las borrascas que el doble fuelle podía enviar a través de toda aquella enorme tubería, me acometía un temblor que me duraba horas enteras.

El maestro Effarane trabajaba en medio de aquel desorden sin verse nunca embarazado; en realidad, el órgano de Kalfermatt se hallaba en bastante buen estado, y no exigía más que reparaciones poco importantes, más que otra cosa una detenida limpieza del polvo acumulado durante muchos años.

Lo que ofrecería más dificultades sería el ajuste del registro de voces infantiles. Este aparato se encontraba allí, en una caja; una serie de flautas de cristal, que debían producir sonidos deliciosos.

El maestro Effarane, tan hábil organero como maravilloso organista, esperaba triunfar allí donde tantos otros habían fracasado hasta entonces.

Sin embargo, yo me daba clara cuenta de ello; no dejaba de marchar a tientas, ensayando ora de un lado, ora de otro, y cuando la cosa no le resultaba a su gusto, lanzaba gritos como un loro apurado por su dueña.

¡Brrr!... Esos gritos hacían pasar temblores por todo mi cuerpecillo, y al escucharlos sentía yo que mis cabellos se erizaban eléctricamente sobre mi cabeza.

Insisto sobre este punto, que todo lo que yo veía me impresionaba al extremo; el interior del vasto órgano, aquel enorme animal destripado, cuyos órganos estaban por allí dispersos, me atormentaba hasta la obsesión; soñaba con ello por la noche, y de día mi mente y mi imaginación volvían incesantemente sobre ello.

Sobre todo esto, la caja de las voces infantiles, a la que no me hubiese atrevido a acercarme, me hacía el efecto de una jaula llena

de niños, que el maestro Effarane educaba para hacerlos cantar bajo sus dedos de organista.

—¿Qué tienes, Josef? —me preguntaba Betty.

—No lo sé —respondía yo.

—¿Será porque subes con demasiada frecuencia al órgano?

—Sí..., tal vez.

—No vayas más, Josef.

—No iré, Betty.

Y volvía aquel día mismo, a pesar mío; me acometía el deseo de perderme en medio de aquel bosque de tubos, de deslizarme por los rincones más oscuros, de seguir tras el maestro Effarane, cuyo martillo sentía yo golpear en el fondo del órgano; guardábame mucho de decir nada de esto en mi casa; mi padre y mi madre me habrían creído loco.

VII

Ocho días antes de Navidad estábamos en la clase de la mañana, las niñas a un lado y los chicos al otro; el señor Valrugis tronaba desde su cátedra; la anciana hermana, en un rincón, hacía labor de aguja; y ya Guillermo Tell acababa de insultar el sombrero de Gessler, cuando la puerta se abrió.

Era el señor cura quien entraba.

Todo el mundo se levantó en señal de respeto, pero tras el señor cura apareció el maestro Effarane.

Todas las miradas se inclinaron al suelo ante la mirada penetrante del organero.

¿Qué venía a hacer en la escuela y por qué le acompañaba el señor cura?

Creí advertir que se fijaba en mí más particularmente; sin duda me reconocía, y yo comencé a encontrarme inquieto.

El señor Valrugis, a todo esto, había bajado de su estrado, y deteniéndose ante el señor cura, dijo:

—¿A qué debo el honor?...

—Señor maestro, he querido presentarle al maestro Effarane, que ha deseado visitar a los escolares.

—¿Y por qué?

—Me ha preguntado si existía una escuela de música en Kalfermatt, señor Valrugis, y le he contestado afirmativamente, añadiendo que era excelente en el tiempo en que la dirigía el pobre Eglisak; entonces, el maestro Effarane ha manifestado deseos de escucharla, y por eso le he traído esta mañana a su clase, rogándole que le excuséis.

El señor Valrugis no tenía por qué recibir ni aceptar excusas; lo que hacía el señor cura estaba perfectamente hecho; Guillermo Tell esperaba por aquella vez.

Y entonces, a un gesto del señor Valrugis, todo el mundo tomó asiento; el señor cura en un sillón, que yo fui a buscar, y el maestro Effarane sobre un ángulo de la mesa de las niñas, que habían retrocedido vivamente para dejarle sitio.

La más próxima era Betty, y yo vi claramente que la pobre niña se asustaba de las largas manos y de los largos dedos que describían cerca de ella arpegios aéreos.

El maestro Effarane tomó la palabra, y con su voz penetrante dijo:

—¿Son estos los niños de la escuela de música?

—No todos forman parte de ella —contestó el señor Valrugis.

—¿Cuántos?

—Dieciséis.

—¿Niños y niñas?

—Sí —dijo el señor cura—, niños y niñas, y como a esta edad todos tienen la misma voz...

—Error —replicó vivamente Effarane—, y el oído de un inteligente no se equivocaría.

¿Si quedamos nosotros sorprendidos de esta respuesta? Precisamente la voz de Betty y la mía tenían un timbre tan semejante, que no era posible distinguir entre ella y yo cuando hablábamos, aun cuando más adelante hubieran de diferenciarse, como es natural.

En todo caso, no había que discutir con un personaje como el maestro Effarane, y todo el mundo se lo tuvo por dicho.

—Haga adelantar a los niños que pertenezcan a la escuela —dijo alzando el brazo, cual la batuta de un director de orquesta.

Ocho chicos, entre los que me encontraba yo, y ocho niñas, entre las que se hallaba Betty, fueron a colocarse en dos filas frente a frente, y entonces el maestro Effarane nos examinó con más cuidado del que nunca había puesto en ello el señor Eglisak; hubo que abrir la boca, sacar la lengua, aspirar y espirar ampliamente, mostrarle hasta el fondo de la garganta, las cuerdas vocales, que él parecía querer coger con los dedos; creí que iba a pulsarlas, como las cuerdas de los violines o los violoncelos; a fe mía, ni unos ni otros estábamos tranquilos.

El señor cura, el señor Valrugis y su hermana, estaban allí asombrados y sin atreverse a pronunciar una palabra.

—¡Atención! —dijo el maestro Effarane—. La clave de do mayor solfeando; he aquí el diapasón.

¿El diapasón? Esperábame yo que él sacase de su bolsillo un instrumentito de dos ramas semejante al del bueno de Eglisak, y cuyas vibraciones daban el la oficial en Kalfermatt lo mismo que en cualquier otra parte.

Pero tuvimos otra sorpresa.

El maestro Effarane acababa de bajar la cabeza, y con su pulgar medio cerrado se dio un golpecito sobre la base del cráneo.

¡Oh, maravilla! Su vértebra superior produjo un sonido metálico, y ese sonido era precisamente el la, con sus ochocientas setenta vibraciones normales.

El maestro Effarane tenía en sí mismo el diapasón natural.

Y entonces, dándonos el do, repitió:

—¡Atención!

Y henos allí solfeando la clave de do, ascendente primero y descendente enseguida.

—¡Malo!... ¡Malo! —exclamó el maestro Effarane cuando se hubo extinguido la última nota; oigo dieciséis voces diferentes y no debería oír más que una.

Mi opinión es que él se mostraba asaz exigente, porque nosotros teníamos costumbre de cantar juntos con gran precisión y compás, lo que siempre nos había valido muchas felicitaciones de parte de todos.

El maestro Effarane sacudía la cabeza y lanzaba a derecha e

izquierda miradas de descontento; parecíame que sus orejas, dotadas de cierta movilidad, se tendían, como las de los perros, los gatos y otros cuadrúpedos.

—¡Volvamos a empezar! —dijo—. Uno tras otro ahora; cada uno de vosotros debe tener una nota personal, una nota fisiológica, por decirlo así, y la única que deberá dar siempre en un coro.

¡Una sola nota... fisiológica! ¿Qué es lo que significaba esa palabreja?...

Pues bien: yo habría querido saber cuál era la suya, la de aquel original, y también la del señor cura, que poseía una linda colección, y todas, no obstante, más falsas las unas que las otras.

Comenzamos, no sin vivas aprensiones —¿no llegaría a maltratarnos aquel hombre terrible?— y no sin alguna curiosidad por saber cuál era nuestra nota personal, aquella que nosotros tendríamos que cultivar en nuestro gazonete, como una planta en su tiesto.

Hoct fue quien debutó, y después de haber ensayado las diversas notas de la escala, el sol le fue reconocido, *fisiológico*, por el maestro Effarane, como su nota más precisa, la más vibrante de las que su laringe podía emitir.

Después de Hoct le tocó el turno a Fariña, que se vio condenado al la natural a perpetuidad.

Siguieron luego mis demás camaradas sujetándose a aquel minucioso examen, y su nota favorita recibió la estampilla oficial del maestro Effarane.

Adelánteme yo entonces.

—¡Ah, eres tú, pequeño! —dijo el organista.

Y cogiéndome la cabeza, la volvía y la revolvía, hasta el punto de hacerme temer que fuera a separármela del tronco.

—Veamos tu nota —dijo al fin.

Emití las diversas notas subiendo y bajando; el maestro Effarane no pareció nada satisfecho, y me mandó volver a empezar...

Aquello no iba bien... No iba bien.

Estaba yo sumamente mortificado; siendo yo uno de los mejores del coro, ¿estaría desprovisto de una nota individual?

—¡Vamos! —exclamó el maestro Effarane—. La escala cromática; tal vez descubra ahí tu nota.

Y mi voz, procediendo por intervalos de semitonos, subió la

octava.

—¡Bien!... ¡Bien! —hizo el organista—. Ya tengo tu nota, y tú sostenía durante toda la medida.

—¿Y cuál es? —pregunté tembloroso.

—Es el re sostenido.

Y yo solfeaba sobre aquel re sostenido con todo mi aliento.

El señor cura y el señor Valrugis se dignaron hacer un signo de satisfacción.

—Las niñas ahora —ordenó el maestro Effarane.

Y yo pensaba:

—¡Si Betty pudiese tener también el re sostenido! No me extrañaría, ya que nuestras voces casaban tan bien.

Las muchachas fueron examinadas una tras otra; ésta tuvo el si natural y aquélla el mi natural.

Cuando le tocó la vez de cantar a Betty Clére fue a colocarse en pie, muy intimidada, ante el maestro Effarane.

—Vamos, pequeña.

Ocurrióle a Betty lo mismo que le había acontecido a su amigo Josef Muller; hubo que recurrir a la escala cromática para hallar su nota, y, finalmente, acabó por atribuírsela el mi bemol.

Al principio quedé disgustado, pero reflexionando sobre ello, hube de aplaudir. Betty tenía el mi bemol y yo el re sostenido; ahora bien: ¿no son ambos idénticos? Póseme, en vista de ello, a batir palmas.

—¿Qué te ocurre, pequeño? —me preguntó el organista, que frunció las cejas.

—Que estoy muy contento, señor, porque Betty y yo tenemos la misma nota —me atreví a contestar.

—¿La misma? —gritó el maestro Effarane.

Y se enderezó con un movimiento tan brusco, que su brazo tocó el techo.

—¡La misma nota! —prosiguió—. ¡Ah, conque tú crees que un re sostenido y un mi bemol son una misma cosa! ¡Eres un imbécil, y te mereces unas orejas de asno!... ¿Es que vuestro Eglisak os ha enseñado semejantes estupideces? ¿Y sufre usted esto, cura?... ¿Y usted también, maestro?... ¿Y hasta usted misma, anciana señorita?...

La hermana del señor Valrugis buscaba un tintero para tirárselo

a la cabeza.

Pero él continuaba abandonándose a todo el estallido de su cólera.

—¿No sabes, pues, tú, desdichado majadero, lo que es un coma, esa octava de tono que diferencia el re sostenido del mi bemol, el la sostenido del si bemol y otras? ¡Ah, por lo visto nadie aquí es capaz de apreciar octavas de tono! ¿Es que no hay más que tímpanos estropeados, endurecidos en las orejas de Kalfermatt?

Nadie se atrevía ni a respirar; los cristales de las ventanas oscilaban bajo la aguda voz del maestro Effarane; yo estaba desolado por haber sido quien provocara aquella escena, sin dejar de experimentar tristeza, porque entre la voz de Betty y la mía hubiese semejante diferencia, aunque no fuera más que de un octavo de tono.

El señor cura me miraba con los ojos irritados...

El señor Valrugis me lanzaba unas miradas...

Pero el organista se calmó de pronto y dijo:

—¡Atención, y cada uno a su puesto en la escala!

Comprendimos nosotros lo que aquello significaba y cada uno fue a colocarse según su nota personal; Betty en cuarto lugar en su calidad de mi bemol, y yo tras ella, inmediatamente detrás de ella en mi calidad de re sostenido; podía decirse que figurábamos una flauta de Pan, o mejor los tubos de un órgano, con la única nota que cada uno de ellos pudiera dar.

—¡La escala cromática —exclamó el maestro Effarane—, y bien, porque si no!...

No se lo hizo decir dos veces; comenzó nuestro camarada encargado del *do* y fue siguiendo; Betty dio su *mi bemol* y luego yo mi *re sostenido*, cuya diferencia parecían apreciar los oídos del organista; después de haber subido volvimos a bajar por tres veces seguidas.

El maestro Effarane pareció bastante satisfecho.

—¡Bien por los niños! —dijo—. Llegaré a hacer de vosotros un teclado viviente.

Pero el señor cura movió la cabeza con aire de duda manifiesta.

—¿Por qué no? —respondió el maestro Effarane—. Se ha fabricado un piano con gatos, con gatos escogidos, según el maullido que daban al pincharles el rabo por medio de un

mecanismo. ¡Un piano de gatos! ¡Un piano de gatos! —repetía.

Nosotros nos echamos a reír, sin estar muy seguros de si el maestro Effarane hablaba en serio o en broma.

Pero más adelante supe que había dicho la verdad al hablar de aquel piano de gatos, que maullaban al ser pinchados en el rabo por un mecanismo; ¡Dios mío, qué no serán capaces de inventar los hombres!

Entonces, cogiendo su gorra, el maestro Effarane saludó, giró sobre sus talones y salió de la escuela diciendo:

—No olvidéis vuestra nota, sobre todo, tú, señor Re Sostenido, y tú asimismo, señorita Mi Bemol.

Y el apodo nos quedó desde entonces.

VIII

Tal fue la visita del maestro Effarane a la escuela de Kalfermatt, y que hubo de dejarme a mí vivamente impresionado; antojábaseme que un re sostenido vibraba incesantemente en el fondo de mi garganta.

Los trabajos de reparación del órgano iban avanzando; dentro de ocho días nos encontraríamos en Navidad; todo el tiempo que yo tenía libre lo pasaba en la tribuna; aquello era más fuerte que yo; hasta ayudaba lo mejor que podía al organero y a su insuflador, de quien no era posible sacar una sola palabra; actualmente, los registros se hallaban en buen estado, los fuelles prestos a funcionar, y la caja, casi nueva, relucía sus dorados en la penumbra de la nave.

Sí; estaría dispuesto para el día de la fiesta, excepto, tal vez, en lo que concernía al famoso aparato de las voces infantiles.

Por esta parte, en efecto, el trabajo flaqueaba, con gran despecho del maestro Effarane; ensayaba y volvía a ensayar, pero las cosas no resultaban a su gusto; de ahí un disgusto que se traducía en violentos estallidos de cólera; tomábala él con el órgano, con los fuelles, con el insuflador y con aquel pobre Re

Sostenido, que ya no podía más.

A veces creía yo que iba a romperlo y destruirlo todo, y escapaba de allí... ¿Qué diría la población kalfermattiana si veía defraudadas sus esperanzas, si no se celebraba aquel año la Gran Fiesta con toda la pompa y todo el esplendor debidos?

No debe olvidarse que el coro de niños no debía cantar aquella Navidad, por encontrarse desorganizado, y que habría de contentarse con el órgano.

En resumen: llegó el día solemne; durante las últimas veinticuatro horas, el maestro Effarane, más disgustado cada vez, se había entregado a tales furores, que era cosa de temer por su razón; ¿habría de verse precisado a renunciar a aquellas voces infantiles? Yo lo ignoraba, porque era tal el espanto que me infundía, que no me atrevía a poner los pies en la tribuna ni aun en la misma iglesia.

La noche de Navidad se tenía la costumbre de que los niños se acostasen al crepúsculo, para que durmieran hasta el momento del Oficio, y de este modo pudieran estar despiertos durante la Misa del Gallo.

Así pues, aquella tarde, después de la escuela, conduje hasta su puerta a la pequeña Mi Bemol; ya me había acostumbrado a llamarla así.

—No faltarás a la Misa —le dije.

—No, Josef, y no te olvides de mí.

—¡Estate tranquila!

Me dirigí a mi casa, donde ya era esperado.

—Vas a acostarte —me dijo mí madre.

—Sí —dije—, pero no tengo ninguna gana de dormir.

—¡No importa!

—Sin embargo...

—Haz lo que te dice tu madre —replicó mi padre—, y ya te despertaremos cuando sea hora de levantarte.

Obedecí, abracé a mis padres y subí a mi alcobita.

Mis vestidos nuevos estaban allí, colocados sobre el respaldo de una silla, y mis zapatos limpios cerca de la puerta; no tendría, pues, que hacer otra cosa que ponérmelos deprisa después de haberme lavado la cara y las manos.

En un instante me deslicé entre las sábanas y apagué la luz, pero quedó en la habitación una semiclaridad, a causa de la nieve que

cubría los tejados próximos.

Inútil es decir que no estaba ya en edad de dejar el zapatito en el balcón, con la esperanza de hallar en él un regalo de Navidad; y entonces me asaltó el recuerdo de que aquél era el buen tiempo, y que ya no volvería; la última vez, haría tres o cuatro años, mi querida Mi Bemol había encontrado una linda crucecita de plata en su zapatilla... ¡No lo digáis a nadie, pero fui yo quien la puso!

Después, todas esas cosas se borraron de mi espíritu; pensaba en el maestro Effarane ya medio en sueños; veíale yo sentado cerca de mí, con su larga levita, sus largas manos, su alargada fisonomía... En vano me tapaba la cabeza con la ropa y cerraba los ojos; yo continuaba viéndole y sentía sus dedos correr a lo largo de mi camita...

Por fin, después de haber estado dando vueltas y más vueltas, acabé por dormirme.

¿Cuánto tiempo duró mi sueño? Lo ignoro; pero de repente me vi despertado bruscamente, sintiendo que una mano se había posado sobre mis espaldas.

—¡Vamos, Re Sostenido! —me dijo una voz que reconocí en el acto.

Era la voz del maestro Effarane.

—¡Vamos, hombre, vamos..., que ya es hora!... ¿Quieres llegar tarde a la Misa?

Yo oía sin comprender.

—¿Será menester que te saque de la cama, como se saca el pan del horno?

Las ropas fueron retiradas vivamente y abrí los ojos, que quedaron deslumbrados por el resplandor de un farol, colgado al extremo de una mano...

¡Qué espanto tan tremendo me acometió!...

¡Era realmente el maestro Effarane quien me estaba hablando!

—Vamos, Re Sostenido, vístete.

—¿Vestirme?...

—A menos que quieras ir a la iglesia en camisa; ¿es que no has oído la campana?

La campana, en efecto, sonaba a todo sonar.

—¿Vamos, quieres vestirme o no?

Inconscientemente, pero en un minuto, me encontré vestido;

verdad es que el maestro Effarane me había ayudado, y lo que él hacía lo hacía de prisa.

—Ven —dijo recogiendo su linterna.

—Pero mi padre..., mi madre... —observé yo.

—Ya están en la iglesia.

Mucho me sorprendió que no me hubiesen aguardado; al fin bajamos; ábrese la puerta de casa, se cierra de nuevo y henos aquí en la calle.

¡Qué frío tan seco! La plaza está completamente blanca y el cielo salpicado de estrellas; en el fondo se destaca la iglesia con su campanario, cuya extremidad parece iluminada por una estrella.

Seguí en pos del maestro Effarane; pero en lugar de dirigirse hacia la iglesia, empieza a andar por las calles de acá para allá; se detiene ante las casas, cuyas puertas se abren sin que tenga necesidad de llamar; mis camaradas salen de ellas vestidos con sus trajecitos nuevos; Hocht, Fariña, todos los que formaban parte del coro; luego les toca a las muchachas, y en primer lugar a mi pequeña Mi Bemol; la cojo de la mano.

—Tengo miedo —me dice.

Yo no me atreví a contestarle: «¡También yo!», por temor de espantarla más.

Al fin, todos estábamos completos, todos los que tenían su nota personal, la escala cromática entera.

Pero ¿cuál es el proyecto del organista?... ¿Será que, a falta de su aparato de voces infantiles, querrá formar un registro con los niños de la escuela de música?

Quiérase o no, es forzoso obedecer a aquel fantástico personaje, como los músicos obedecen a su director de orquesta, cuando empuña la batuta; la puerta lateral de la iglesia está allí, y nosotros la franqueamos de dos en dos; nadie todavía en el templo, que está frío, oscuro, silencioso, ¡y él que me había dicho que mi padre y mi madre me aguardaban!... Yo le pregunté, sí, me atreví a interrogarle.

—Cállate, Re Sostenido —me respondió—, y ayuda a subir a la pequeña Mi Bemol.

Esto fue lo que hice; henos aquí a todos metidos en la escalera de caracol y llegados a la tribuna; de pronto ésta se ilumina; el teclado del órgano está abierto, el insuflador en su puesto; ¡diríase

que era él quien se había tragado todo el viento de los fuelles, tan enorme parecía!

A un signo del maestro Effarane, nos colocamos en orden; tiende el brazo; la caja del órgano se abre y se vuelve luego a cerrar tras de nosotros...

Los dieciséis nos hallamos encerrados en los tubos del registro mayor, cada uno separadamente, pero cerca unos de otros; Betty se halla en el cuarto, en su calidad de mi bemol, y yo en el quinto, como re sostenido.

Había, por consiguiente, adivinado el pensamiento del maestro Effarane; no había posibilidad de abrigar dudas; no habiendo podido ajustar su aparato, ha compuesto el registro de voces infantiles con los propios niños de la escuela, y cuando el viento llegue a nosotros por la boca de los tubos, cada uno dará su nota; ¡no son gatos; soy yo, es Betty, son mis camaradas todos los que vamos a ser accionados por las teclas del órgano!

—Betty, ¿estás ahí? —dije yo.

—Sí, Josef.

—No tengas miedo, estoy a tu lado.

—¡Silencio! —gritó la voz del maestro Effarane.

Y todo el mundo se calló.

IX

La iglesia, sin embargo, está ya casi llena; a través de la hendidura en forma de silbato de mi tubo, puedo yo ver a la muchedumbre de fieles extenderse por la nave, brillantemente iluminada a la sazón.

¡Y aquellas familias, que no saben que dieciséis de sus hijos están encerrados en este órgano!

Percibía yo distintamente el ruido de los pasos sobre el piso de la iglesia, el choque de las sillas, con esa sonoridad peculiar de las iglesias; y los fieles ocupaban su sitio para la Misa del Gallo, y la

campana continuaba sonando.

—¿Estás ahí? —pregunté de nuevo a Betty.

—Sí, Josef —me contestó una vocecita temblorosa.

—¡No tengas miedo!... ¡No tengas miedo, Betty!... No estaremos aquí más que durante el Oficio... Luego se nos dejará en libertad.

En realidad, yo no lo creía así; jamás dejaría el maestro Effarane en libertad a aquellos pájaros enjaulados, y su potencia diabólica se las arreglaría para tenernos encerrados allí durante mucho tiempo..., ¡para siempre tal vez!

Por fin suena la campanilla; el señor cura y sus dos asistentes llegan ante las gradas del altar; la ceremonia va a dar comienzo.

Pero ¿cómo era que nuestros padres no se habían inquietado por nosotros? Yo veía a mi padre y a mi madre en sus respectivos sitios, completamente tranquilos; tranquilos asimismo estaban el señor y la señora Clére; tranquilas, por fin, también las familias de nuestros camaradas; aquello era inexplicable.

En todas estas cosas me hallaba yo reflexionando cuando un torbellino pasó a través de la caja del órgano; todos los tubos se estremecieron como un bosque ante el huracán; el fuelle funcionaba a plenos pulmones.

El maestro Effarane acababa de debutar en espera del *Introito*; los grandes registros, incluso los pedales, producían ruidos como de tormenta; aquello terminó con un formidable acorde final.

El señor cura entona el *Introito: Dominus dixit ad me: filius meus es tu*. Y luego el *Gloria*, que el maestro Effarane acompaña con el registro estrepitoso de la trompetería.

Espiaba yo, espantado, el momento en que las borrascas de los fuelles se introdujeran en nuestros tubos; pero el organista nos reservaba, sin duda, para la mitad de la Misa.

Presentía yo que el turno de las voces infantiles iba a llegar en el momento de la *Elevación*, que es aquel para el que reservan los grandes artistas las más sublimes inspiraciones de su genio...

Yo estaba, en verdad, más muerto que vivo; parecía que jamás podría salir una nota por mi garganta, reseca por el espanto; pero no contaba con el soplo irresistible, que me impulsaría cuando la tecla que me correspondía fuese oprimida por el dedo del organista.

Llegó, por fin, el temido momento de la *Elevación*; la campanilla

dejó oír sus agudos sonos; un silencio de recogimiento general reinó en el templo; las frentes se humillaron, en tanto que los dos asistentes alzaban la casulla del celebrante...

Pues bien: aun cuando yo sea un niño piadoso, en este momento no me encuentro recogido; no pienso más que en la tempestad que va a desencadenarse bajo mis pies.

Entonces, a media voz, para ser oído sólo por ella, dije:

—¿Betty?

—¿Qué quieres, Josef?

—¡Ten cuidado; ahora va a tocarnos a nosotros!

—¡Ah, Jesús, María! —exclamó la pobrecilla.

No me he equivocado.

Percíbese un ruido seco; es el ruido de la regla móvil, que distribuye la entrada del viento en el registro de las voces infantiles.

Una melodía suave y penetrante vuela bajo las bóvedas de la iglesia, en el instante de realizarse el divino misterio; oigo el sol de Hoct, el la de Fariña y luego el mi bemol de mi querida vecinita, y enseguida un soplo hincha mi pecho llevando el re sostenido a través de mis labios; aun cuando uno quisiera callar, no le sería posible; no soy yo más que un instrumento en manos del organista; la tecla que él posee en su teclado es como una válvula de mi corazón, que se entreabre...

¡Ah, qué desgarrador es esto!... ¡No, si esto continúa así, lo que saldrá de nosotros no serán notas, serán gritos, gritos de dolor!...

¡Y cómo pintar la tortura que experimento yo cuando el maestro Effarane pisa con mano terrible un acorde de séptima, en el que ocupaba yo el segundo lugar: do natural, re sostenido, fa sostenido, la natural!...

Y como el implacable artista lo prolonga interminablemente, me da un síncope, me siento morir y pierdo el conocimiento...

Lo cual es causa de que aquella famosa séptima, no teniendo un re sostenido, no pueda resolverse según las reglas de la armonía...

X

—Y bien, ¿qué haces? —me dice mi padre.

—¡Yo!... ¡Yo!...

—Vamos, despierta, que es la hora de ir a la iglesia.

—¿La hora?...

—Sí, anda, si no quieres perder la Misa; y ya lo sabes, si no hay Misa, no hay cena de Navidad.

¿Dónde estaba?... ¿Qué había pasado? ¿Es que todo no había sido más que un sueño: el encierro en los tubos del órgano, el trozo de la *Elevación*, mi corazón haciéndose pedazos?... Sí, hijos míos; desde el momento en que me había quedado dormido hasta aquel en que mi padre acababa de despertarme, había soñado todo aquello, gracias a mi imaginación, demasiado sobreexcitada.

—¿El maestro Effarane? —pregunté.

—El maestro Effarane está ya en la iglesia —respondió mi padre —; mi madre está también ya allí; vamos, ¿acabarás de levantarte y vestirme?

Me vestí, como si estuviera borracho, sin dejar de oír aquella séptima torturadora.

Llegué a la iglesia; vi a todo el mundo en su sitio habitual; mi madre, el señor y la señora Clére, mi querida Betty, bien abrigada, pues hacía bastante frío.

El señor cura, revestido con sus ornamentos de las grandes festividades, llegó ante el altar, esperando que el órgano hiciese sonar una marcha triunfal.

¡Qué sorpresa! En lugar de lanzar los majestuosos acordes que deben preceder al *Introito*, el órgano se callaba... ¡Nada, ni una sola nota!

Sube el sacristán a la tribuna... El maestro Effarane no estaba allí; en vano se le buscó; había desaparecido el organista y con él el insidiador; furioso, sin duda, por no haber podido instalar su registro de voces infantiles, se había escapado sin reclamar lo que se le adeudaba, y desde entonces no volvió a vérselo en Kalfermatt.

No quedé yo pesaroso por ello, lo confieso, mis queridos niños, porque en compañía de aquel estrambótico personaje habría acabado seguramente por volverme yo loco.

Y si se hubiera vuelto loco, el señor Re Sostenido no habría

podido casarse, diez años más tarde, con la señorita Mi Bemol; matrimonio éste bendecido por el cielo.

Lo que prueba que, a pesar de la diferencia de una octava de tono, de un *coma*, según decía el maestro Effarane, se puede ser feliz y dichoso en un hogar.

EL DESTINO DE JUAN MORENAS^[4]

I

Aquel día —a fines del mes de septiembre, hace ya mucho tiempo— un rico carruaje se detuvo ante la residencia del vicealmirante comandante de la plaza de Tolón; un hombre de cuarenta años, poco más o menos, de constitución robusta, pero de aspecto y modales bastante vulgares, bajó de él e hizo pasar al vicealmirante, además de su tarjeta, algunas cartas de recomendación subscritas por tales personajes, que la audiencia que solicitaba hubo de serle inmediatamente concedida.

—¿Es al señor Bernardón, el armador tan conocido en Marsella, a quien tengo el honor de hablar? —preguntó el vicealmirante tan pronto como se encontró en presencia de aquel personaje.

—Al mismo —respondió éste.

—Tenga la bondad de sentarse —prosiguió el vicealmirante—, y de decirme en qué puedo servirle.

—Gracias, almirante; creo que la petición que tengo que dirigirle no es de las difíciles de ser acogidas favorablemente.

—¿De qué se trata?

—Sencillamente, de obtener una autorización para visitar el presidio.

—Nada más sencillo, en efecto, y eran superfluas del todo las cartas de recomendación que usted me ha transmitido; un hombre que lleva el nombre de usted no necesitaba de ello.

El señor Bernardón se inclinó levemente, y después, habiendo manifestado de nuevo su gratitud, quiso enterarse de las formalidades que habían de llenarse.

—Ninguna —se le contestó—; vaya usted a ver al mayor general con esta carta mía, y en el acto se verá complacido.

Despidióse el señor Bernardón, haciéndose conducir junto al mayor general, y obtuvo enseguida el permiso de visitar el arsenal; un ordenanza le condujo a casa del alcaide del presidio, que se ofreció a acompañarle.

Sin dejar de dar las gracias más expresivas, el marsellés declinó la oferta que se le hiciera y manifestó deseos de hallarse solo.

—Como usted guste, caballero —dijo el alcaide.

—¿No hay, pues, ninguna dificultad en que circule yo libremente por el interior del presidio?

—Ninguna.

—¿Ni en que me comuniqué con los presos?

—Tampoco; prevendré a los ayudantes y no le pondrán dificultades.

—Gracias.

—Me permitirá usted, sin embargo, que le pregunte cuál es su propósito al hacer esta visita, tan poco grata indudablemente.

—¿Mi propósito?...

—Sí; ¿sería por mera curiosidad o persigue usted otro objetivo?... Un objetivo filantrópico, por ejemplo.

—Filantrópico precisamente —repuso vivamente el señor Bernardón.

—¡Perfectamente! —dijo el Alcaide—. Estamos acostumbrados a semejantes visitas, que no se ven con malos ojos en altas esferas; el gobierno trata incesantemente de introducir todas las mejoras posibles en el régimen de los presidios; muchas se han realizado ya.

El señor Bernardón aprobó con un gesto, sin responder de otro modo, como un hombre a quien esas cosas no interesan en alto grado; pero el alcaide, muy penetrado del asunto y hallándose con una ocasión propicia para formular una declaración de principios, no notó aquel palmario desacuerdo entre la indiferencia de su visitante y el fin confesado de sus gestiones, y prosiguió imperturbablemente:

—Es sumamente difícil guardar un justo término medio en

semejante materia; si bien no deben extremarse los rigores de la ley, es preciso, no obstante, mantenerse en guardia contra los críticos sentimentales, que se olvidan del crimen para no ver sino el castigo; nosotros, sin embargo, no perdemos nunca de vista aquí que la justicia debe moderarse.

—Semejantes sentimientos honran a usted —respondió el señor Bernardón—, y si mis observaciones particulares pueden interesarle, tendré mucho gusto en comunicarle las que mi visita al presidio me sugiera.

Los dos interlocutores se separaron, y el marsellés, provisto de un pase en toda regla, se dirigió hacia el presidio.

El puerto militar de Tolón se compone, principalmente, de dos inmensos polígonos, que se apoyan sobre el muelle por su lado septentrional.

El uno, designado con el nombre de Dársena Nueva, se halla situado al oeste del otro, llamado Dársena Vieja. La periferia de esas murallas, verdaderos prolongamientos de las fortificaciones de la ciudad, estaba señalada por diques bastante amplios para soportar varias construcciones, talleres de máquinas, cuarteles, almacenes de Marina, etc.

Cada una de esas dársenas, que existen todavía hoy, tiene en la parte sur una abertura suficiente para dar paso a los buques de alto bordo; fácilmente hubiesen constituido diques flotantes si la constancia del nivel del Mediterráneo, que no se halla sujeto a mareas apreciables, no los hiciera inútiles.

En la época de los acontecimientos que van a ser referidos, la Dársena Nueva estaba limitada al oeste por los almacenes y el parque de artillería, y al sur, a la derecha de la entrada que da a la pequeña rada, por los presidios actualmente suprimidos; comprendían éstos dos edificios unidos entre sí formando ángulo recto.

El primero, ante el taller de máquinas, se hallaba expuesto al mediodía; el segundo miraba a la Dársena Vieja y continuaba por los cuarteles y el hospital; independientemente de estas construcciones existían dos presidios flotantes, en los que se alojaban los condenados por un tiempo mayor o menor, mientras que los condenados a cadena perpetua estaban alojados, en tierra firme.

Si hay un sitio en el mundo donde no debe reinar la igualdad, es, seguramente, en presidio; en relación con la cantidad y la calidad de los crímenes y el grado de perversidad de los espíritus, la escala de las penas y castigos debería implicar distinciones de castas y de rangos.

Ahora bien: está muy lejos de suceder así; los condenados de toda edad y de todo género están completamente mezclados; de esta deplorable promiscuidad no puede menos de resultar una corrupción vergonzosa, y el contagio del mal ejerce sus estragos entre aquellas masas gangrenadas.

En el momento de dar comienzo este relato, el presidio de Tolón contenía cerca de cuatro mil forzados. Las Direcciones del Puerto, las Construcciones Navales, de la Artillería, del Almacén General, de las Construcciones Hidráulicas y de los Edificios Civiles, ocupaban tres mil, a los cuales estaban reservados los trabajos más penosos. Los que no podían encontrar sitio en esas cinco grandes divisiones, eran empleados en el puerto, en la carga, descarga y remolque de los buques, en el transporte de los residuos, en el embarque y desembarque de municiones y víveres.

Otros eran enfermeros, empleados especiales, o se hallaban condenados a la doble cadena, a causa de tentativa de evasión.

Hacía mucho tiempo, cuando la visita del señor Bernardón, que no se había registrado ningún incidente de esta naturaleza, y durante muchos meses el cañón de alarma no había resonado en el puerto de Tolón.

No era que el amor a la libertad se hubiera debilitado en el corazón de los forzados, sino que el desaliento les había invadido; habiendo sido despedidos algunos guardianes convictos de incuria o de traición, una especie de punto de honra hacía más severa y meticulosa la vigilancia de los demás.

El alcaide del presidio se felicitaba mucho de este resultado, sin que por eso se tranquilizase totalmente, reposando en una engañosa seguridad, porque en Tolón las evasiones eran más frecuentes y más fáciles que en cualquier otro puerto de reclusión.

Las doce y media daban en el reloj del arsenal cuando el señor Bernardón llegaba al extremo de la Dársena Nueva. El muelle estaba desierto; media hora antes, la campana había llamado a sus prisiones respectivas a los forzados, que estaban trabajando desde la

madrugada, recibiendo entonces cada uno de ellos su correspondiente ración; los condenados a cadena perpetua habían subido sobre su banco, donde un vigilante los había encadenado enseguida, en tanto que los demás forzados podían pasear libremente en toda la longitud de la habitación; al toque del silbato del ayudante se habían acurrucado en torno de las cazuelas, que contenían una sopa hecha todo el año de habas secas.

¡Los trabajos se reanudarían a la una para no abandonarlos hasta las ocho de la noche! Entonces se les volvería a llevar a sus cárceles, donde, durante algunas horas de sueño, les sería dado olvidar su triste destino.

II

El señor Bernardón se aprovechó de la ausencia de los forzados para examinar la disposición del puerto; es de suponer, sin embargo, que el espectáculo sólo le interesaba medianamente, porque no tardó en maniobrar de modo de encontrarse en la proximidad de uno de los ayudantes, al que se dirigió sin vacilaciones:

—¿A qué hora vuelven al puerto los prisioneros, caballero?

—A la una —respondió el ayudante.

—¿Se hallan todos reunidos y sometidos indistintamente a los mismos trabajos?

—No, señor; hay algunos empleados en industrias particulares, bajo la dirección de capataces; en los talleres de cerrajería, cordelería y fundición, que exigen conocimientos especiales, se encuentran excelentes obreros.

—¿Y se ganan la vida?

—Indudablemente.

—¿Hasta qué punto?

—Eso según; pueden sacar de cinco a veinte céntimos por hora; algunas veces pueden llegar hasta treinta céntimos.

—¿Y tienen derecho a emplear ese dinero en mejorar su suerte?

—Sí; pueden comprar tabaco, porque, a pesar de los reglamentos y disposiciones en contra, se tolera que fumen; pueden también, por algunos céntimos, adquirir raciones de carne y de legumbres.

—¿Tienen el mismo salario los condenados a cadena perpetua que los otros?

—No, señor; estos últimos tienen un suplemento de una tercera parte, que se les guarda hasta la extinción de su condena, y entonces se les entrega, a fin de que posean algo al salir del presidio.

—¡Ah! —dijo pura y simplemente el señor Bernardón, que pareció absorberse enseguida en sus pensamientos.

—A fe mía, caballero —prosiguió el ayudante—, no son desgraciados hasta el extremo que muchos imaginan; si por sus faltas o sus tentativas de evasión no aumentasen ellos mismos la severidad del régimen, serían menos dignos de compasión que muchos obreros de las ciudades y de las fábricas y las minas.

—¿La prolongación de la pena —preguntó el marsellés, cuya voz pareció un poco alterada—, no es, por tanto, el único castigo que se les inflige en caso de tentativa de evasión?

—No; se les aplica también una paliza y la doble cadena.

—¿Una paliza?...

—Que consiste en golpes sobre las espaldas, de quince a sesenta, según los casos, aplicados con una cuerda embreada.

—¿Y es indudable que todo intento de fuga resultará imposible para un condenado a la doble cadena?

—Casi, casi —respondió el ayudante—; los condenados se hallan entonces sujetos al pie de su banco, y no salen nunca; en semejantes condiciones, una evasión no es cosa fácil.

—¿Es, por consiguiente, durante los momentos en que se hallan entregados al trabajo cuando se escapan con más facilidad?

—Indudablemente; las parejas, aunque vigiladas por un celador, disfrutan de cierta libertad, exigida por el trabajo, y es tal la habilidad de esas gentes que, a despecho de la más activa vigilancia, en menos de cinco minutos rompen la cadena más fuerte; muchos forzados de los empleados en los talleres de cerrajería encuentran, sin gran esfuerzo, en ellas los útiles e instrumentos necesarios; con frecuencia, les basta la placa de hierro en que va

grabado su número respectivo; si consiguen procurarse un resorte de reloj, no tarda mucho en oírse el estampido del cañón de alarma; en fin, poseen mil recursos, y un condenado ha llegado a vender hasta veintidós de esos secretos por evitarse una paliza.

—Pero ¿dónde pueden esconder esos instrumentos?

—En todas partes y en ninguna; un forzado llegó a producirse heridas, y ocultaba entre la piel y la carne trochos de acero; recientemente confisqué yo a un condenado un cesto de paja, cada una de cuyas pajas encerraba limas y sierras imperceptibles; nada es imposible, caballero, para hombres deseosos de reconquistar su libertad.

En aquel momento dio la una; el ayudante saludó al señor Bernardón y se dirigió a su puesto para reanudar el servicio.

Los forzados salían entonces del presidio, solos unos, acoplados otros dos a dos, bajo la vigilancia de los celadores; pronto el puerto resonó con el ruido de las voces, el choque de los hierros y las amenazas de los capa teces.

En el Parque de Artillería, adonde el azar le condujo, el señor Bernardón encontró fijado el código penal de la chusma.

«Será castigado con la pena de muerte todo condenado que hiera a un agente, que mate a su camarada, que se rebele o provoque una rebelión; será condenado con tres años de doble cadena el condenado a cadena perpetua que haya intentado evadirse; a tres años de prolongación de pena, el forzado temporal que haya cometido el mismo crimen, y a una prolongación, que será determinada mediante un juicio, todo forzado que robe una suma superior a cinco francos.

»Será castigado con la paliza todo condenado que haya roto sus hierros o empleado un medio cualquiera para evadirse, que robe una suma superior a cinco francos, que se embriague, que juegue a juegos de azar, que fume en el puerto, que escriba sin permiso, aquel sobre quien se encuentre una suma superior a diez francos, que se bata con su camarada, que se niegue a trabajar o se muestre insubordinado.»

Después de leerlo, quedóse el marsellés pensativo.

Fue sacado de sus reflexiones por la llegada de unos grupos de forzados; el puerto se encontraba en plena actividad, distribuyéndose en todas partes el trabajo.

Los capataces hacían oír aquí y allá sus voces rudas:

—¡Diez parejas para Saint-Mandrier!

—¡Quince para la cordelería!

—¡Veinte parejas al puerto!

—¡Un refuerzo de seis rojos al parque!

Los trabajadores pedidos se dirigían a los sitios designados, excitados por las injurias de los ayudantes, y con frecuencia por sus temibles látigos.

El marsellés contemplaba con suma atención a cuantos forzados desfilaban ante él; los unos se uncían a carretas sumamente cargadas; transportaban otros sobre sus espaldas pesados maderos, y otros se dedicaban al remolque de los buques.

Los forzados, sin distinción, estaban vestidos con una casaca roja, una almilla del mismo color y un pantalón de grosera tela gris.

Los condenados a cadena perpetua llevaban un gorro de lana enteramente verde; a menos de hallarse dotados de aptitudes especiales, eran empleados en los trabajos más rudos.

Los condenados sospechosos por razón de sus perversos instintos o por sus tentativas de evasión, estaban cubiertos con un gorro verde con una ancha banda roja.

Para los condenados temporales estaba reservado el gorro uniformemente rojo, adornado con una placa de hierro esmaltado, con el número de matrícula de cada uno de los forzados.

Estos últimos eran los que el señor Bernardón examinaba más atentamente.

Los unos, encadenados de dos en dos; tenían cadenas de ocho a veintidós libras; la cadena, partiendo del pie de uno de los condenados, subía hasta su cintura; donde se hallaba sujeta, e iba a adherirse a la cintura y al pie de otro; estos desdichados se llamaban humorísticamente los *Caballeros de la guirnalda*.

Otros forzados llevaban sólo una cadena de nueve a diez libras, y otros un solo anillo que pesaba de dos a cuatro libras.

El señor Bernardón, interrogando ora a los forzados, ora a los vigilantes, fue recorriendo los diversos trabajos del puerto; ante él se desarrollaba un cuadro tristísimo, muy a propósito para conmover el corazón de un filántropo, y sin embargo, a decir verdad, el señor Bernardón no parecía verlo.

Sin pararse a contemplar la escena en su conjunto, sus ojos

buscaban por todas partes, examinando a los forzados uno tras otro, como si entre aquella innumerable muchedumbre hubiera buscado a uno que no le esperaba; pero la investigación se prolongaba en vano, y por instantes se veía retratarse el desaliento en el rostro del inquieto visitante.

El azar del paseo acabó por conducirlo del lado de los buques; súbitamente se detuvo y sus ojos se fijaron sobre uno de los hombres que trabajaban en el cabestrante; desde donde se encontraba podía ver el número del forzado, el 2224, grabado en una placa de hierro sujeta en el gorro rojo de los condenados temporales.

III

El número 2224 era un hombre de treinta y cinco años, sólidamente constituido. Su rostro era franco y denotaba a un tiempo inteligencia y resignación; no la resignación del bruto cuyo cerebro ha aniquilado un trabajo degradante, sino la aceptación reflexiva de una desgracia inevitable, en manera alguna incompatible con la supervivencia de la energía interior, como lo atestiguaba la firmeza de su mirada.

Estaba acoplado a un viejo forzado, quien, más endurecido y más bestial, contrastaba singularmente con él, y cuya frente deprimida no debía abrigar más que pensamientos abyectos.

Las parejas estaban izando entonces los mástiles de un navío recientemente botado, y con objeto de acompañar sus esfuerzos, cantaban la canción de la *Viuda*; la *Viuda* es la guillotina, viuda de todos aquellos a quienes mata:

«Oh, oh, oh, Jean Fierre, oh!

Fais toilette!

V'la, v'la l'barbier, oh!

Oh, oh, oh, Jean Fierre, oh!
V'la la charrette.
Ah, ah, ah!
Fauchez Colas!»

El señor Bernardón aguardó pacientemente a que los trabajos fuesen interrumpidos; la pareja que le interesaba se aprovechó del respiro para descansar; el más viejo de los dos forzados se tendió cuan largo era sobre el suelo, y el más joven, apoyándose sobre los brazos de un ancla, se quedó en pie.

El marsellés se acercó a este último.

—Amigo mío —le dijo—, desearía hablarle.

Para adelantarse hacia su interlocutor, el número 2224 tuvo que tensar la cadena, cuyo movimiento sacó al viejo forzado de su somnolencia.

—¡Eh, eh! —dijo—. ¿Vas a estarte tranquilo?

—Cállate, Romano; quiero hablar a este señor.

—¡Te digo que no quiero!

—¡Vamos, fila un poco de tu cadena!

—No, cojo la mitad que me corresponde.

—¡Romano!... ¡Romano! —hizo el número 2224, que comenzaba a sulfurarse.

—¡Pues bien, juguémosla! —dijo Romano sacando del bolsillo una baraja grasienta.

—Bueno —dijo el joven forzado.

La cadena de los dos forzados estaba formada por dieciocho anillos de seis pulgadas. Cada uno poseía, pues, nueve, y disponía, por tanto, de un radio equivalente de libertad.

El señor Bernardón se adelantó hacia Romano.

—Yo le compro su parte de cadena.

—¿Hay con qué?

El negociante sacó cinco francos de su bolsillo.

—¡Un ojo de buey! —exclamó el forzado—. ¡Está dicho!

Se apoderó de la moneda, que desapareció no se sabe dónde, y luego, desarrollando sus anillos, que había enrollado ante él, recobró su posición, acostándose en el suelo.

—¿Qué quiere usted de mí? —preguntó el número 2224 al marsellés.

Éste, mirándole fijamente, dijo:

—Se llama usted Juan Morenas, y fue condenado a veinte años de galeras por homicidio y robo; en la actualidad, ha cumplido ya la mitad de su pena.

—Es cierto —dijo Juan Morenas.

—Es usted hijo de Juana Morenas, de la villa de Sainte-Marie-des-Maures.

—¡Mi pobre querida madre! —dijo el condenado tristemente—. ¡No me hable usted de ella!... ¡Murió!

—Hace nueve años —dijo el señor Bernardón.

—También es verdad; ¿quién, pues, es usted, caballero, para conocer tan bien mis asuntos?

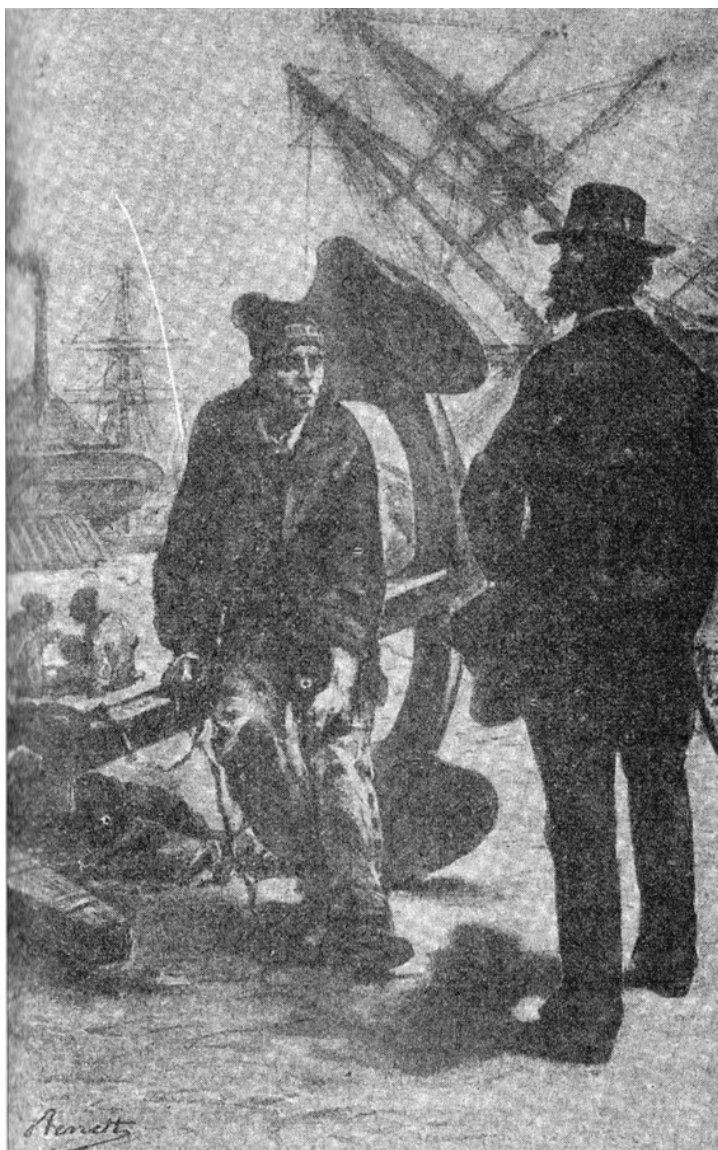
—¿Qué le importa? —replicó el señor Bernardón—. Lo esencial es lo que yo deseo hacer en favor de usted; escuche y tratemos de no prolongar demasiado nuestra conversación; de aquí a dos días, prepárese para huir; compre el silencio de su compañero, prometiéndole cuanto sea necesario, que yo mantendré las ofertas de usted; cuando se halle usted dispuesto, recibirá las instrucciones necesarias; ¡hasta la vista!

El marsellés prosiguió tranquilamente su inspección, dejando al forzado estupefacto con lo que acababa de oír.

Dio algunas vueltas por el arsenal, visitó diversos talleres y pronto llegó hasta donde se encontraba su carruaje, cuyos caballos le llevaron al trote largo.

IV

Quince años antes del día en que el señor Bernardón debía tener con el forzado número 2224 este breve diálogo, en el presidio de Tolón, la familia Morenas, compuesta de una viuda y de sus dos hijos, Pedro, de edad entonces de veinticinco años, y Juan, cinco años más joven, vivía feliz en el pueblo de Sainte-Marie-des-Maures.



Los jóvenes ejercían ambos el oficio de carpintero, y tanto en el lugar como en los pueblos próximos no les faltaba el trabajo; ambos igualmente hábiles, ambos eran igualmente solicitados.

Desigual era, por el contrario, el lugar que uno y otro ocupaban en la estimación pública, y fuerza se hace reconocer que semejante diferencia estaba plenamente justificada. Mientras el menor, asiduo

al trabajo y que adoraba apasionadamente a su madre, hubiera podido servir de modelo a todos los hijos, el primogénito no dejaba de permitirse alguna calaverada de tiempo en tiempo.

Violento, y con la cabeza un poco ligera, con frecuencia era, después de haber bebido, el héroe de disputas y hasta de riñas, y su lengua le hacía aún más daño que sus acciones, por dejar escapar muchas veces frases inconsideradas; maldecía de su existencia, encerrada en aquel rincón de montañas, y manifestaba su deseo de correr a conquistar, bajo otros climas, una rápida fortuna, y no era necesario más para inspirar desconfianza a las almas de los campesinos, apegadas a la tradición.

No eran, sin embargo, muy graves las quejas que de él se tenían; por eso, sin perjuicio de conceder más simpatías al hermano, se contentaban de ordinario con considerarle como una cabeza ligera, tan capaz del bien como del mal, según los azares que le ofreciera la existencia.

La familia Morenas era, pues, feliz, a despecho de esas ligeras nubecillas, y su felicidad la debía a su perfecta unión; como hijos, ninguno de los dos jóvenes merecía críticas serias, y como hermanos se amaban con todo su corazón, y el que hubiese atacado al uno habría tenido dos adversarios contra quien combatir.

La primera desgracia que fue a herir a la familia Morenas fue la desaparición del hijo primogénito; el día mismo en que cumplía los veinticinco años partió, como de costumbre, a su trabajo, que aquel día le llamaba a un pueblo próximo; en vano aquella noche aguardaron su madre y su hermano su regreso; Pedro Morenas no volvió.

¿Qué le había acontecido? ¿Había sucumbido en una de sus habituales reyertas? ¿Había sido víctima de un accidente o de un crimen? ¿Trataríase pura y simplemente de una fuga? Ninguna respuesta debían tener estas preguntas.

La desesperación de la madre fue profunda e intensa; el tiempo, con todo, hizo su obra, y poco a poco fue recobrando la existencia su tranquilo curso; gradualmente, sostenida por el cariño de su segundogénito, la señora Morenas conoció esa melancolía resignada, que es el único goce de los corazones combatidos por el infortunio.

Cinco años transcurrieron así, cinco años durante los cuales la

abnegación filial de Juan Morenas no se desmintió un solo instante; al expirar el último de estos cinco años, y cuando éste cumplía los veinticinco de edad, una segunda y más terrible desgracia hirió a aquella familia, tan duramente probada ya.

A poca distancia de la casita que habitaba, el propio hermano de la viuda, Alejandro Tisserand, tenía abierta la única posada del pueblo; con el tío Sandro, según Juan tenía la costumbre de llamarle, vivía su ahijada María.

Mucho tiempo antes había él recogido, a la muerte de sus padres, y una vez que entró en la posada no volvió ya a salir de ella; ayudando a su bienhechor y padrino en la explotación de la modesta hospedería, allí había vivido, franqueando sucesivamente las etapas de la infancia y la adolescencia; en el momento en que Juan Morenas cumplía los veinticinco años, tenía ella dieciocho, y la niña de otro tiempo se había convertido en una joven tan buena y simpática como Linda.

Ella y Juan habían crecido uno al lado del otro; se habían entretenido juntos en los juegos propios de la infancia, y más de una vez la vieja posada había resonado con sus gritos; luego, por grados, las distracciones habían ido cambiando de naturaleza, al mismo tiempo que se modificaba lentamente en el corazón de Juan, cuando menos, la primitiva amistad infantil.

Llegó un día en que Juan amó como a futura esposa a la que hasta entonces sólo había tratado como a hermana querida; la amó conforme a su honrada naturaleza, como amaba a su madre, con igual abnegación, con el mismo ardor, con análoga abdicación de todo su ser.

Guardó, sin embargo, silencio y nada dijo de sus proyectos a aquella de quien anhelaba ser esposo; y es que había comprendido demasiado bien que la ternura y afecto de la muchacha no habían evolucionado como los suyos; al paso que su amistad fraternal se había gradualmente transformado en amor, el corazón de María había continuado siendo el mismo; con la misma tranquilidad se posaban sus ojos sobre el compañero de la infancia, sin que ninguna emoción nueva se mezclase en sus relaciones.

Consciente de este desacuerdo, Juan, por consiguiente, guardaba silencio y ocultaba sus secretas ansias con gran disgusto del tío Sandro, que profesando hacia su sobrino la mayor estimación, se

hubiera considerado dichoso confiándole a la vez a su ahijada y los escasos ahorros reunidos en cuarenta años de un trabajo incesante.

El tío, sin embargo, no perdía las esperanzas; todo podía arreglarse, teniendo en cuenta que María aún era joven; andando el tiempo llegaría a reconocer los méritos de Juan, y éste se atrevería entonces a formular su petición, que sería favorablemente acogida.

Así estaban las cosas cuando un drama imprevisto vino a conmover al pueblo; una mañana, el tío Sandro fue hallado muerto, estrangulado delante del mostrador, cuya caja había sido vaciada hasta el último céntimo.

¿Quién era el autor de aquel asesinato?...

Tal vez la justicia hubiese realizado durante mucho tiempo pesquisas inútiles, si la propia víctima no hubiese tenido cuidado de designarle; entre las crispadas manos del cadáver se encontró, en efecto, un trozo de papel, sobre el que, antes de expirar, Alejandro Tisserand había trazado estas palabras «Mi sobrino es quien...».

No había tenido fuerzas para escribir más y la muerte había llegado a detener su mano en medio de la frase acusadora.

Esta, por lo demás, era suficiente para el caso, ya que Alejandro Tisserand no tenía más que un sobrino, y no era, por tanto, posible la menor duda.

El crimen fue fácilmente reconstruido; la víspera, en la noche, no había nadie en la posada; el asesino, por lo tanto, debía de haber llegado de fuera, y tenía que ser muy conocido de la víctima, toda vez que Tisserand, asaz desconfiado por naturaleza, había abierto sin dificultad.

Era igualmente indudable que el crimen debió de cometerse temprano, ya que el posadero se encontraba vestido; a juzgar por las cuentas sin terminar que habían quedado sobre el mostrador, se encontraba dispuesto a comprobar su balance en el momento de llegar el criminal; al ir a abrir, se había llevado maquinalmente consigo el lápiz de que se estaba sirviendo, y del cual debió de hacer luego uso para designar a su asesino.

Este último, apenas había entrado, había cogido a su víctima por el cuello y lo había derribado a tierra; el drama había debido de desarrollarse en muy pocos minutos; no quedaba, en efecto, ninguna huella de lucha, y María no había advertido ningún ruido en su habitación, si bien es verdad que estaba bastante alejada del

teatro del suceso.

Juzgando muerto al posadero, el asesino había vaciado la caja y husmeado concienzudamente en la alcoba, como lo demostraba el lecho deshecho y los revueltos armarios; finalmente, una vez recogido su botín se había apresurado a huir sin dejar huellas que pudieran comprometerle.

Así lo suponía él, al menos, pero el miserable no había contado con la justicia inmanente; aquel a quien creyera muerto vivía aún y había podido disfrutar algunos minutos de razón; había tenido fuerzas para trazar aquellas cuatro palabras que iban a servir para orientar las pesquisas, y que un último espasmo de la agonía había interrumpido trágicamente.

En el pueblo se produjo una verdadera estupefacción. ¡Cómo, Juan Morenas, aquel buen hijo, aquel excelente obrero, un asesino! No hubo, sin embargo, más remedio que rendirse a la evidencia, y la acusación del muerto era demasiado terminante y formal para permitir la menor duda; tal fue, al menos, la opinión de la justicia, y a pesar de sus protestas, Juan Morenas fue detenido, juzgado y condenado a veinte años de galeras.

Este drama monstruoso fue el golpe de gracia para su madre, que a partir de ese día fue declinando rápidamente; menos de un año después siguió en la tumba a su hermano asesinado.

La implacable suerte la hacía morir demasiado pronto, pues desaparecía en el instante en que tras tantas pruebas iba, por fin, a sobrevenirle una alegría; apenas había caído la tierra sobre su cadáver cuando Pedro, su hijo primogénito, reaparecía en el país.

¿De dónde llegaba? ¿Qué había hecho durante los seis años que había durado su ausencia? ¿Qué lugares había recorrido? ¿En qué situación volvía al pueblo?...

No se explicó él acerca de esos particulares, y cualquiera que fuese la curiosidad pública, llegó un día en que sus convecinos dejaron de hacerse esas preguntas.

Por lo demás, si no había hecho fortuna en el amplio sentido de la palabra, parecía, al menos, que no había vuelto completamente desprovisto de ella.

Sólo, en efecto, de una manera intermitente ejercía su antiguo oficio de carpintero, y durante casi dos años vivió como un rentista en su pueblo, no ausentándose más que muy rara vez, para ir a

Marsella, adonde, según decía, le llamaban sus negocios.

Durante aquellos dos años, lo mejor de su tiempo lo pasó, no en la casa que había heredado de su madre, sino en la posada del tío Sandro, que había llegado a ser propiedad de María, y que ésta, desde la muerte trágica de su padrino, dirigía con ayuda de un criado.

Según era de prever, un idilio fue anudándose poco a poco entre ambos jóvenes, lo que no había podido conseguir la tranquila energía de Juan, consiguiéronlo la facundia y el carácter, un poco brutal, de Pedro; al amor de éste, María correspondió con un amor igual.

Dos años después de la muerte de la viuda Morenas, y tres después del asesinato del tío Sandro y la condena de su asesino, se celebró la boda de ambos jóvenes.

Siete años transcurrieron, durante los cuales nacieron tres niños, el último de ellos seis meses apenas antes del día en que comienza este relato; esposa feliz y madre afortunada, María hasta entonces había vivido siete años de ventura.

Menos dichosa habría sido si hubiera podido leer en el corazón de su marido, si hubiera conocido la existencia vagabunda que durante seis años, pasando de la ociosidad a la rapiña, de la rapiña a la estafa, de la estafa al robo puro y simple, había llevado aquel a quien estaba ligada de por vida; y menos dichosa, sobre todo, habría sido si hubiera sabido la parte que su esposo había tomado en la muerte de su padrino.

Alejandro Tisserand había dicho la verdad al denunciar a su sobrino; pero ¡cuán deplorable era que las angustias y espasmos de la agonía, perturbando su cerebro y su mano, le impidieran precisar mejor!

¡Su sobrino era, en realidad, el autor del crimen abominable; pero ese sobrino no era Juan, sino que era Pedro Morenas!

Viéndose sin recursos, reducido al último extremo de la miseria, Pedro había llegado aquella noche al pueblo con la intención firme y decidida de echar mano al peculio de su tío; la resistencia de la víctima había hecho del ladrón un asesino.

Derribado en tierra su tío, había procedido a un saqueo en toda regla, y luego había huido en la oscuridad.

De la muerte de su tío, a quien suponía desvanecido tan sólo, y

del arresto y la condena de su hermano, no había sabido nada; con toda tranquilidad, pues, y al ver disminuir su botín, regresó al país un año después de su crimen, no dudando que, después del tiempo transcurrido, obtendría fácilmente su perdón.

En tal momento fue cuando tuvo conocimiento de la muerte de su tío y su madre y de la condena de su hermano.

En los primeros momentos se quedó aterrado; la situación de su hermano menor, a quien durante veinte años le había unido tan real y profundo afecto, se convirtió para él en una fuente de crueles y punzantes remordimientos, ¿qué podía, sin embargo, hacer para remediar la situación tristísima de su hermano sino revelar la verdad, denunciarse a sí mismo y tomar en el presidio el puesto del inocente condenado?

Bajo la influencia del tiempo, lamentos y remordimientos se calmaron y atenuaron; el amor hizo lo demás.

Pero el remordimiento volvió a surgir de nuevo cuando la vida conyugal tornó su tranquilo curso; de día en día, el recuerdo del forzado inocente fue imponiéndose más y más al espíritu del culpable impune; evocáronse los años de la infancia con mayor fuerza cada vez, y llegó el día en que Pedro Morenas comenzó a pensar en el medio de librar a su hermano de la cadena que él mismo le había forjado; después de todo, no era ya el vagabundo desprovisto de todo, que había abandonado el pueblo natal para buscar, a través del vasto mundo, una inasequible fortuna; el indigente de antes era en la actualidad propietario, el primer propietario de su pueblo, y el dinero no le faltaba.

¿No podía servir ese dinero para libertarle de sus remordimientos?

V

Juan Morenas siguió con los ojos al señor Bernardón; costábale trabajo sumo el comprender y darse cuenta de lo que le acontecía;

¿cómo se explicaba que aquel hombre conociera tan bien las diversas circunstancias de su vida?

Era ése un problema insoluble; sin embargo, comprendiera o no, era menester en todo caso aceptar la oferta que se le hacía, y resolvió, por consiguiente, prepararse para la fuga.

Ante todo, se veía en la precisión de informar a su compañero del golpe que meditaba; no había medio alguno de dispensarse de ello, ya que el lazo que los encadenaba no podía romperse por el uno sin que el otro lo advirtiera; tal vez Romano quisiera aprovecharse de la ocasión, lo cual disminuiría las probabilidades de éxito.

No quedándole al viejo forzado más que dieciocho meses de condena, Juan se esforzó por demostrarle que para tan poco como le quedaba no debía exponerse a un aumento de pena.

Pero Romano, que olía dinero en todo aquel negocio, no quería escuchar razones, y se resistía obstinadamente a prestarse a las combinaciones de su camarada; cuando éste, sin embargo, le habló de un millar de francos, pagaderos en el acto, y de una suma igual que podría el viejo recibir a la salida del presidio, Romano comenzó a ablandarse y a ceder, accediendo a los deseos de su camarada.

Arreglado este punto, quedaba por decidir la manera de realizar la evasión.

Lo esencial era salir del puerto sin ser visto y escapar, por consiguiente, a las miradas de los centinelas y celadores; una vez en el campo, antes de que las brigadas de gendarmes fuesen avisadas, sería fácil imponerse a los campesinos, y por lo que hacía a aquellos a quienes podría alentar la esperanza de la prima que se concede a quienes apresan a un evadido, no resistirían seguramente a la tentación de embolsarse una suma superior.

Juan Morenas resolvió evadirse durante la noche.

A pesar de no hallarse condenado a cadena perpetua, no estaba alojado en uno de los viejos buques transformados en presidios flotantes; por excepción, habitaba en una de las prisiones situadas en tierra firme; salir de ella habría sido sumamente difícil; siendo, por tanto, preciso no entrar en ella; hallándose, como se hallaba, la rada casi desierta a aquella hora, no le sería, indudablemente, imposible el atravesarla a nado, pues no podía, en efecto, pensar en salir del arsenal si no era por mar; una vez que llegase a tierra, a su

protector correspondía acudir en su ayuda.

Llevándole sus reflexiones a contar con el incógnito, resolvió aguardar los consejos de éste y saber enseguida si serían ratificadas las promesas hechas a su compañero.

El tiempo transcurrió lentamente para lo que hubiera querido su impaciencia.

Tan sólo a los dos días fue cuando vio reaparecer a su amigo misterioso.

—¿Y bien? —preguntó el señor Bernardón.

—Todo está convenido, caballero; y ya que usted desea serme útil, puedo asegurarle que todo marchará bien.

—¿Qué necesita usted?

—He prometido dos mil francos a mi compañero; mil a su salida de presidio...

—Los tendrá; ¿qué más?

—Y mil francos en el acto.

—Ahí van —dijo el señor Bernardón entregando la suma pedida, que el viejo forzado hizo desaparecer instantáneamente.

—He aquí —agregó el marsellés— dinero y una lima de las mejor templadas; ¿le bastará esto para librarse de sus hierros?

—Sí, señor; ¿dónde volveré a verle?

—En el cabo Negro; me hallará usted en la playa, en el fondo de la ensenada llamada Port Mejean; ¿la conoce usted?

—Sí; cuente conmigo.

—¿Cuándo escapará usted?

—Esta noche, a nado.

—¿Es usted buen nadador?

—De primera fuerza.

—Mejor que mejor; hasta la noche, pues.

—Hasta la noche.

El señor Bernardón se separó de los dos forzados, que volvieron al trabajo; sin ocuparse más de ellos, el marsellés continuó durante largo tiempo su paseo, interrogando a unos y otros, y salió, por fin, del arsenal sin haberse hecho notar de modo alguno.

VI

Juan Morenas se esforzó por aparecer como el más tranquilo de los presos; pero, a pesar de sus esfuerzos, un observador atento hubiera quedado sorprendido ante su desacostumbrada agitación; el ansia de la libertad hacía latir apresuradamente su corazón, y toda su voluntad era impotente para dominar su febril impaciencia; ¡cuán lejos se hallaba entonces aquella resignación superficial, con la que durante diez años había tratado de acorazarse contra la desesperación!

Para ocultar por algunos instantes su ausencia en la entrada de la noche, pensó hacerse reemplazar por un camarada cerca de su compañero de cadena.

Un forzado, *Calcetín* —así llamado por un ligero anillo que los condenados de esta categoría llevan en la pierna—, a quien sólo pocos días quedaban de permanecer en presidio, y que, como tal, estaba desaparejado, entró, por unas cuantas monedas, en los proyectos de Juan, y consintió en sujetar a su pie, por espacio de algunos minutos, la cadena de éste cuando estuviese rota.

Un poco antes de las siete de la noche, aprovechóse Juan de un descanso para aserrar la cadena, merced a la perfección de su lima, pronto pudo ver terminado este trabajo; habiendo ocupado su puesto el forzado *Calcetín* en el momento del reingreso en las habitaciones, escondióse él tras una pila de maderos.

No lejos de él, se hallaba una inmensa caldera destinada a un buque en construcción, la cual ofrecía al fugitivo un asilo impenetrable.

Aprovechándose éste de un instante propicio, deslizóse en ella sin ruido, llevándose consigo un trozo de madero, que ahuecó precipitadamente, en forma de gorro, abriendo en él algunos agujeros; después aguardó, con la vista y el oído atentos, y los nervios en tensión.

Cayó por completo la noche; el cielo, cargado de nubes, aumentaba la oscuridad, favoreciendo a Juan Morenas; del otro lado de la rada, la península de Saint-Mandrier desaparecía en las tinieblas.

Cuando el arsenal quedó desierto, salió Juan de su escondite, y arrastrándose con extrema prudencia, se dirigió hacia los estanques

de carenar; algunos ayudantes erraban aún aquí y allá; Juan hacía alto con frecuencia y se aplastaba contra el suelo; afortunadamente, había podido romper sus cadenas, lo que le permitía moverse sin ruido.

Llegó, por fin, a orillas del agua, sobre un muelle de la Dársena Nueva, no lejos de la abertura que da acceso a la rada; con la especie de gorro de madera en la mano, se deslizó a lo largo de una cuerda, y se hundió bajo las olas.

Cuando volvió a la superficie se cubrió prontamente la cabeza con aquel extraño sombrero, desapareciendo así a todas las miradas; los agujeros en él practicados de antemano permitíanle dirigirse; abríasele tomado por una boya a la deriva.

De pronto, resonó un cañonazo.

—Es el cierre del puerto —pensó Juan Morenas.

Un segundo cañonazo y, un tercero luego siguieron al primero.

No había posibilidad de equivocarse; era el cañón de alarma, y Juan comprendió que su fuga estaba descubierta.

Evitando, con cuidado, las proximidades de los buques y las cadenas de las anclas, se adelantó por la pequeña rada del lado del polvorín de Millau; la mar estaba un poco dura, pero el vigoroso nadador se sentía con fuerzas bastantes para vencerla; sus ropas, que le estorbaban para la marcha, las abandonó a la deriva, y sólo conservó la bolsa del dinero apretada contra el pecho.

Llegó sin haber encontrado obstáculos hasta el centro de la rada, y, allí, apoyándose sobre una de esas boyas de hierro llamadas *cuerpos muertos*, se quitó, con precaución, el gorro que le protegía y tomó aliento.

—¡Uf! —se dijo—. Este paseo no es más que una partida de placer al lado de lo que me espera y de lo que tengo aún que hacer; en alta mar no hay ya encuentros que temer, pero hay que pasar la garganta, y por allí cruzan muchas embarcaciones; difícil será que pueda librarme de ellas; en espera de ello, orientémonos, no vaya a dar tontamente en la boca del lobo.

Habiéndose dado cuenta de su posición exacta, Juan volvió a nadar.

Hacíalo con suma prudencia y muy lentamente, a fin de no dotar a la falsa boya de una inverosímil velocidad.

Transcurrió una media hora; a su juicio, debía de hallarse cerca

ya del paso cuando hacia la izquierda creyó percibir ruido de remos; se detuvo prestando atención.

—¡Eh! —gritaron desde un bote—. ¿Qué noticias?

—Nada de nuevo —respondieron desde otra embarcación a la derecha del fugitivo.

—No conseguiremos encontrarle.

—¿Pero es seguro que se haya evadido por mar?

—Sin ninguna duda; se ha pescado su traje.

—Hay bastante oscuridad para que pueda llevarnos hasta las Grandes Indias.

—¡Boguemos de firme!

Separáronse las embarcaciones; tan pronto como se encontraron suficientemente alejadas, Juan aventuró algunas brazadas vigorosas y se dirigió rápidamente hacia el paso.

A medida que iba acercándose; multiplicábanse los gritos en torno suyo, pues las embarcaciones que surcaban la rada habían de concentrar necesariamente su vigilancia sobre aquel punto; sin dejarse intimidar por el número de sus enemigos, continuaba Juan nadando con todas sus fuerzas; estaba resuelto a dejarse ahogar antes que consentir volver a ser apresado y que los cazadores se apoderasen de él vivo.

Pronto la Torre Mayor y el Fuerte del Águila se dibujaron ante sus ojos.

Varias antorchas corrían sobre el dique y sobre la playa; las brigadas de gendarmería estaban ya preparadas; el fugitivo disminuyó su marcha, dejándose llevar por las olas y el viento del oeste, que le impulsaban hacia el mar.

El resplandor de una antorcha iluminó de repente las olas; y Juan pudo ver cuatro embarcaciones que le rodeaban; no se movió, pues el menor movimiento podía perderle.

—¡Ah del bote! —gritaron de una de las embarcaciones.

—¡Nada!

—¡En marcha!

Juan respiró; las embarcaciones iban a alejarse; era tiempo; no estaban a diez brazas de él, y su proximidad le obligaba a nadar perpendicularmente.

—¡Calle! ¿Qué hay allí abajo? —gritó un marinero.

—¿Dónde?

—Aquel punto negro que nada.

—No es nada; una boya a la deriva.

—¡Pues bien, atrapémosla!

Juan se dispuso a sumergirse; pero dejóse oír el silbato de un capataz.

—¡Boguemos, boguemos! Tenemos que hacer algo más que pescar un trozo de madera. ¡Adelante siempre!

Los remos batieron el agua con gran ruido; el desgraciado recobró el valor; su astucia no había sido descubierta; con la esperanza le volvieron las fuerzas y se puso en ruta hacia el Fuerte del Águila, cuya masa sombría se alzaba ante él.

De repente se vio sumido en tinieblas profundas; un cuerpo opaco interceptaba a sus ojos la vista del fuerte; era una de las embarcaciones, que, lanzada a toda velocidad, chocó contra él; al choque, uno de los marineros ese inclinó sobre la borda.

—Es una boya —dijo a su vez.

El bote emprendió de nuevo la marcha; por desdicha, uno de los remos tropezó con la falsa boya y le dio la vuelta; antes de que el evadido hubiese podido pensar en ocultarse y desaparecer, su cabeza rapada se había mostrado por encima del agua.

—¡Ya le tenemos! —gritaron los marineros.

Juan se dejó ir al fondo y mientras los silbatos llamaban por todas partes a las dispersas embarcaciones, nadó entre dos aguas por el lado de la playa del Lazareto; alejábase de este modo del lugar de la cita, pues esta playa se hallaba situada a la derecha, entrando en la gran rada, en tanto que el cabo Negro avanzaba por la izquierda; pero esperaba engañar a sus perseguidores dirigiéndose del lado menos propicio para su evasión.

Esto no obstante, debía llegar al sitio designado por el marsellés; Juan Morenas, en efecto, no tardó en volver sobre sus pasos; las embarcaciones se cruzaban en torno a él, siéndole a cada instante preciso bucear para no ser visto.

Por fin, sus hábiles maniobras lograron despistar a sus enemigos, y consiguió alejarse en buena dirección.

¿No sería ya demasiado tarde? Cansado por aquella larga lucha contra los hombres y contra los elementos, sentíase Juan desfallecer e iba perdiendo sus fuerzas; muchas veces se cerraron sus ojos y su cabeza daba vueltas, como suele decirse; muchas veces sus manos se

extendieron sin fuerzas y sus pies, pesados, se iban hacia el abismo.

¿Por qué milagro consiguió llegar a tierra? Ni él mismo hubiera podido decirlo; lo cierto es que llegó; de pronto sintió el suelo firme; se enderezó, dio algunos pasos inciertos, giró sobre sí mismo y volvió a caer desvanecido, pero fuera del alcance de las olas.

Cuando recobró los sentidos, un hombre estaba inclinado sobre él y aplicaba a sus labios el gollete de una calabaza que contenía aguardiente.

El paraje, situado al este de Tolón, erizado de bosques y de montañas, surcado de barrancos y de arroyos, ofrecía al fugitivo muchas probabilidades de salvación; ahora que había ya tomado tierra, podía abrigar la esperanza de reconquistar plenamente su libertad.

Tranquilo por esta parte, Juan Morenas sintió renacer la curiosidad que le inspiraba su generoso protector; no podía adivinar el objeto que se habría propuesto; ¿tendría acaso el marsellés necesidad de un bribón, emprendedor y dispuesto a todo, y sin ningún género de escrúpulos, habiéndose dirigido al presidio para escoger uno? En ese caso, sus cálculos iban a resultarle fallidos, pues Juan Morenas se hallaba firmemente resuelto a rechazar toda proposición sospechosa.

—¿Se siente usted mejor? —preguntó el señor Bernardón, después de haber dejado al fugitivo el tiempo necesario para reponerse—; ¿tendrá fuerzas para andar?

—Sí —respondió Juan, poniéndose en pie.

—En ese caso, vístase con este traje de campesino que he traído en prevención; enseguida, en marcha; no tenemos ni un minuto que perder.

Eran las once de la noche cuando ambos hombres se aventuraron a través de los campos, tratando de evitar los senderos frecuentados, arrojándose a los fosos u ocultándose en el bosque tan pronto como el ruido de pasos o el de una carreta resonaban en el silencio. Aun cuando el disfraz del fugitivo le hacía a éste desconocido, temían que una inspección muy atenta y minuciosa le descubriese.

Además de las brigadas de gendarmería que se ponen en campaña tan pronto como suena el cañonazo de alarma, Juan Morenas tenía que temer a cualquier transeúnte; el cuidado de su

seguridad por una parte, y la esperanza de obtener la prima que el gobierno otorga por la captura de un forzado evadido, hace que los campesinos experimenten el deseo de capturarlos y no perdonen medio de conseguirlo; y todo fugitivo corre el riesgo de ser reconocido, ya porque, habituado al peso de la cadena, arrastra un poco la pierna, o ya porque una turbación delatora le asoma al semblante.

Después de tres horas de marcha, los dos hombres se detuvieron a una señal del señor Bernardón, quien sacó de un cestillo que llevaba a la espalda algunas provisiones, que fueron ávidamente devoradas al abrigo de una espesura.

—Duerma usted ahora —dijo el marsellés una vez terminada aquella corta refacción—; tiene usted que andar mucho, y es preciso recuperar fuerzas.

No se hizo Juan repetir la invitación, y tendiéndose sobre el suelo, cayó como una masa en un sueño de plomo.

Ya era bastante de día cuando el señor Bernardón le despertó, poniéndose ambos inmediatamente en marcha; en esos momentos, no se trataba ya de avanzar a través de los campos. No esconderse, mostrándose, con todo, lo menos posible; no evitar las miradas, sin dejar, no obstante, que les examinaran de cerca; seguir ostensiblemente los caminos reales: tal debía ser la línea de conducta que convenía adoptar en lo sucesivo.

Mucho tiempo hacía ya que el señor Bernardón y Juan Morenas caminaban tranquilamente, cuando este último creyó oír el ruido de muchos caballos; subió sobre un talud para dominar la carretera, pero la curva que hacía ésta le impidió divisar nada; no podía, sin embargo, equivocarse; echándose en el suelo se esforzó por reconocer el ruido que le había llamado la atención.

Antes de que se hubiese levantado, el señor Bernardón se precipitó sobre él, y en un momento Juan se vio sujeto y fuertemente amarrado.

En el mismo instante, dos gendarmes a caballo desembocaban en la carretera y llegaron al lugar en que el señor Bernardón sujetaba sólidamente a su prisionero.

Uno de los gendarmes interpeló al marsellés:

—¿Eh, hombre, qué significa eso?

—Es un forzado evadido, gendarme, un forzado evadido a quien

acabo yo de apresar —respondió en el acto el señor Bernardón.

—¡Oh, oh! —dijo el gendarme—. ¿Es el de esta noche?

—Puede ser; como quiera que sea, yo le tengo bien sujeto.

—¡Una buena prima para usted, camarada!

—No es de despreciar; eso sin contar con que sus ropas no pertenecen a la chusma y me las darán también.

—¿Nos necesita usted? —preguntó el otro gendarme.

—¡No, a fe mía; está bien amarrado y lo conduciré yo solo!

—Eso es mejor —respondió el gendarme—; hasta la vista y buena suerte.

Los gendarmes se alejaron; tan pronto como desaparecieron, el señor Bernardón desató a Juan Morenas.

—Está usted libre —le dijo, señalándole la dirección del oeste—; siga el camino por este lado; con un poco de esfuerzo puede usted hallarse esta noche en Marsella; busque en el puerto viejo la *Marta Magdalena*, un buque de tres palos, en carga para Valparaíso de Chile; el capitán está ya prevenido y le recibirá a bordo; se llama usted Santiago Reynaud, y he aquí los documentos que lo demuestran; tiene usted dinero; trate de rehacerse una vida. ¡Adiós!

Antes de que Juan Morenas hubiese tenido tiempo de responder, el señor Bernardón había desaparecido entre los árboles.

El fugitivo se hallaba solo en medio del camino.

VIII

Durante algún tiempo, Juan Morenas permaneció inmóvil, estupefacto, ante el desenlace de su inexplicable aventura. ¿Por qué, después de haberle ayudado en su fuga, le abandonaba su protector? ¿Por qué, sobre todo, se había interesado aquel desconocido en la suerte de un condenado al que nada llamaba especialmente a su atención? ¿Cómo, siquiera, se llamaba? Juan se dio entonces cuenta de que ni aun se le había ocurrido preguntar el nombre de su salvador.

Si para este olvido no había ya remedio, la cosa, en resumen, no importaba mucho; más pronto o más tarde se aclararía todo; lo esencial era que se hallaba solo en un camino desierto, con dinero en el bolsillo y con papeles corrientes, aspirando a pleno pulmón el embriagador aire de la libertad.

Juan Morenas se puso en marcha; se le había dicho que se dirigiese hacia Marsella y eso hacía sin darse cuenta. Pero a los pocos pasos se detuvo.

Marsella, la *María Magdalena*, Valparaíso de Chile, rehacerse una vida... ¡Música todo eso!

¿Era acaso por «rehacerse una vida» en lejanos países por lo que tan ardientemente había anhelado la libertad?... ¡No, no! Durante su prolongado encarcelamiento no había soñado más que con un país: Sainte-Marie-des-Maures, y con un solo ser en el mundo: María; el recuerdo del pueblo y el de María eran los que habían hecho el presidio tan cruel y tan pesadas las cadenas; y ahora, ¿partiría sin siquiera intentar volverlos a ver?...

¡No; preferible era volver a someterse al látigo de los capataces!

Volver a su pueblo, arrodillarse ante la tumba de su madre y, sobre todo, ver de nuevo a María; ¡he aquí lo que había que hacer! Cuando se encontrase en presencia de Ja joven, encontraría el valor que en otro tiempo le faltara; se explicaría, hablaría, demostraría su inocencia. María no era una niña y tal vez le amase ahora; en ese caso, sabría decidirle a que le siguiese; ¡qué hermoso porvenir se abriría entonces ante él!

Si, por el contrario, no le amaba, ¡suciediera lo que quisiera, todo le daba igual!

Dejando la carretera, penetró Juan por el primer sendero que cruzó en dirección del norte; pero pronto hizo alto de nuevo, vuelto a la prudencia por el deseo mismo de lograr buen éxito en la empresa; conocía demasiado el país que atravesaba, y que con tanta frecuencia había recorrido en su infancia, para ignorar que no se hallaba lejano el punto a que quería llegar; en dos horas podía estar en su pueblo, e importaba mucho no penetrar en él hasta que fuera de noche, so pena de verse detenido al primer paso.

Quedóse, pues, Juan en el campo, y no volvió a ponerse en camino hasta el crepúsculo, después de un prolongado sueño y una comida en un ventorrillo.

Daban las nueve y la oscuridad era profunda cuando llegó a las primeras casas de su pueblo; deslizóse Juan por las callejuelas desiertas y silenciosas, sin ser visto de nadie, hasta la posada del tío Sandro.

¿Cómo entrar en ella? ¿Por la puerta? De ningún modo; ¿no se encontraría, dentro, con algún enemigo? Además, ¿continuaría perteneciendo la posada a María? ¿Por qué no había de haber pasado a otras manos, después de tantos años?

Afortunadamente, había un medio mejor y más seguro que la puerta para penetrar en la casa.

No es raro que las casas provenzales posean salidas secretas, que permiten a sus habitantes entrar y salir de incógnito; salidas que fueron, sin duda, imaginadas en el transcurso de las guerras de religión, de que aquella región fue sangriento teatro; nada más natural que quienes vivían en esa época buscasen trampas más o menos ingeniosas para escapar a la persecución de sus enemigos, cuando llegase el caso.

El secreto de la posada del tío Sandro, ignorado, indudablemente, del propietario, había sido descubierto casualmente por Juan y María en sus juegos infantiles, y orgullosos de ser ellos los únicos en conocerlo, se habían guardado de revelar a nadie su existencia; cuando dejaron de ser niños, lo olvidaron ellos a su vez, pero ahora Juan podía esperar encontrar en buen estado el mecanismo que necesitaba utilizar.

Consistía el secreto en la movilidad del fondo de la chimenea del salón grande; esta chimenea, como casi todas, era inmensa, bastante ancha y profunda —el minúsculo hogar sólo ocupaba el centro— para contener varias personas; el fondo estaba hecho de dos placas de hierro paralelas, y separadas por un intervalo de algunos decímetros; esas dos placas eran móviles y podían girar levemente bajo el impulso de un muelle, empujado de cierto modo; era, pues, fácil para quien poseyera el secreto, secreto, por otra parte, cuya existencia no podía sospecharse, introducirse allí y salir por el mismo sitio.

Juan dio la vuelta a la casa, y pasando la mano por la superficie de la pared, halló, sin gran trabajo, la placa exterior.

Algunos minutos de pesquisas le hicieron reconocer el muelle, que hizo jugar del modo conveniente; decididamente, nada había

cambiado; el muelle obedeció, y la placa, con sordo ruido, se separó, dejando libre el paso.

Introdújose Juan por el hueco, y después de cerrarlo de nuevo, tomó aliento.

Convenía obrar con extremada prudencia; un rayo de luz se filtraba en el escondite por las junturas de la placa interior, y un ruido de voces llegaba hasta allí del salón; aún no dormían en la posada; antes de mostrarse, convenía saber quién estaba allí.

Desgraciadamente, Juan aplicó en vano los ojos en torno de la placa; Fuele imposible ver nada; cansado, se decidió a impulsar el muelle a todo evento...

En aquel preciso momento un gran estrépito se alzó en la sala; al principio fue un grito desgarrador; un grito de agonía, seguido inmediatamente de una especie de ronquido y resoplidos como de fuelles de fragua, cual los lanzarían dos que estuvieran luchando, y enseguida el golpe de un mueble derribado.

Tras un corto instante de vacilación, Juan hizo jugar el resorte; giró la placa, dejando al descubierto en toda su extensión la sala común de la posada...

En el momento de ir a lanzarse, Juan retrocedió rápidamente, bajo la protección de la sombra que inundaba la chimenea y del humo de algunos sarmientos, aterrado por el espectáculo que se ofreció a sus miradas.

IX

Ante la pesada mesa que ocupaba el centro de la sala estaba sentado un hombre, al que otro, en pie tras él, estrangulaba con un gran esfuerzo de todo su ser, el primero fue quien, al sentirse cogido por el cuello, había dado los gritos; y del pecho del segundo era de donde se escapaba aquel ronco silbido de atleta, tratando de vencer a su adversario; en la lucha se había derribado una silla.

Ante el hombre sentado, un tinero y papel de cartas mostraban

que estaba en disposición de escribir cuando su enemigo le había sorprendido; sobre la mesa, y al alcance de su mano, un saquito dejaba ver los papeles de que estaba lleno.

La escena, que había comenzado hacía apenas un minuto, estaba a punto de terminar; ya que el hombre sentado había dejado de debatirse, y sólo se percibía el aliento entrecortado del homicida.

La escena, por otra parte, no habría podido prolongarse más; el grito de la víctima había sido oído; en una habitación del primer piso de la posada, a la que iba a dar una escalera que nacía en la sala, Juan oyó el ruido de unos pies desnudos que caían pesadamente sobre el pavimento; alguno se levantaba allí; dentro de un instante se abriría una puerta y se presentaría un testigo.

El asesino comprendió el peligro; sus manos aflojaron, y en tanto que la cabeza de la víctima caía inerte sobre la mesa, metió una de ellas en el saco y la retiró con un fajo de billetes de Banco; luego dio un salto hacia atrás y desapareció por una puertecilla que conducía a la cueva.

Por espacio de un segundo, su semblante apareció en plena luz, no siendo menester más para que Juan Morenas, aturdido, espantado, lo reconociese.

Aquel hombre era el mismo que acababa de hacer caer los hierros del condenado inocente, que le había dado dinero, que le había protegido, guiado a través de la campiña, hasta pocos kilómetros del pueblo; en vano había suprimido la barba postiza y la peluca, con los que había intentado modificar su rostro; quedaban los ojos, la frente, la nariz, la boca, la estatura, y Juan no podía equivocarse.

Pero la supresión de la barba postiza y de la peluca tenía otra consecuencia más sorprendente y más emocionante aún; en aquel hombre, vuelto así a su aspecto natural; en aquel hombre que acababa de revelarse a un tiempo como su salvador y como un asesino, Juan había experimentado el estupor de reconocer a su hermano, a Pedro, desaparecido en otro tiempo, y a quien hacía quince años que no veía.

¿Por qué misteriosas razones no hacían más que una sola persona su hermano y su salvador? ¿Por qué concurso de circunstancias se encontraba Pedro Morenas aquel día precisamente en la posada del tío Sandro? ¿A qué título? ¿Por qué la había

elegido como teatro de su crimen?

Todas estas preguntas se agolpaban tumultuosamente en el espíritu de Juan; los hechos vinieron por sí mismos a responder a ellas.

Apenas acababa de desaparecer el asesino cuando una puerta se abrió en el primer piso.

Sobre la galería de madera en que terminaba la escalera apareció una mujer joven, contra la que se apretaban dos niños, que acababan de saltar, al parecer, del lecho; la mujer llevaba además, en brazos otro niño pequeñito.

Juan reconoció a María; ¡María con sus hijos!... ¿Había, pues, olvidado al inocente que, lejos de ella, agonizaba en el presidio?

¡El desventurado comprendió entonces lo vano de sus esperanzas!

—¡Pedro!... ¡Pedro! —dijo la mujer, con voz que la angustia hacía temblorosa.

De repente percibió el cuerpo derribado sobre la mesa; murmuró un «¡Dios mío!» y descendió precipitadamente con su niño en los brazos y los otros dos tras ella, llorando.

Corrió hasta el hombre estrangulado, le alzó la cabeza y lanzó un suspiro de alivio; no comprendía nada de lo que habría ocurrido, pero todo era preferible a lo que había llegado a temer; el hombre muerto no era su marido.

En el mismo instante llamaron rudamente a la puerta exterior, percibiéndose, a la vez, el ruido de muchas voces.

Temerosa sin saber de qué, María retrocedió a la escalera y permaneció en pie sobre el primer peldaño, con sus dos hijos mayores aferrados a su ropa y con el pequeño siempre en los brazos.

Desde el sitio en que se hallaba, no podía ver la puerta de la cueva, así es que no vio entreabrirse la puertecilla y a Pedro Morenas insinuar su cabeza, que mostraba un semblante lívido por el terror.

Pero Juan, por el contrario, descubría el conjunto y los pormenores del cuadro: el hombre muerto; María y sus hijos batiéndose en retirada; Pedro, su hermano —¡un asesino!— en acecho, y viendo llegar amenazador el castigo que sigue de cerca al crimen. En su cerebro se agitaban los pensamientos como en un

torbellino.

Juan llegó a comprenderlo todo.

La presencia de Pedro; su atentado actual; la acusación del tío Sandro, iluminaban el pasado; el asesino de otro tiempo era el mismo asesino de hoy, y por su culpable hermano era por quien el inocente había pagado; luego, una vez que el tiempo había atenuado el ruido del drama, Pedro había vuelto, se había hecho amar de María y había destruido así por segunda vez la dicha del desdichado, que se desesperaba bajo la férula de los capataces del presidio de Tolón.

¡Ah, pero todo aquello iba a acabar! Sólo tenía Juan que decir una palabra para echar por tierra aquel montón de infamias y vengarse de una vez de todas las torturas sufridas hasta entonces.

¿Una palabra?... Ni aun eso siquiera era necesario; no tenía más que callarse y desaparecer sin ruido, como había llegado; el asesino no podía escapar; estaba cogido; pronto, a su vez, conocería él lo que era el presidio...

¿Y después?...

Parecióle a Juan oír esta pregunta, como si un irónico contradictor la hubiese pronunciado a su oído.

Sí, verdaderamente; ¿y después?... ¿Qué sucedería cuando ambos, Pedro y Juan, estuviesen vestidos con el uniforme de los presidiarios? ¿Proporcionaría esto al segundo su felicidad perdida? ¿Le amaría por eso María, que amaba a su hermano, como lo denunciaba su voz cuando había llamado a Pedro, y lo patentizaba su suspiro de alivio al ver que el muerto no era su esposo?

¿Desde ese momento, a qué vengarse?... La venganza no le devolvería su imposible felicidad, ni le libraría de la desesperación de ver a María sumida en ella...

Había algo mejor que hacer; dejar a aquella a quien él adoraba la ilusión de su vida dichosa y guardar para sí el dolor, todo el dolor de que tan triste experiencia tenía; ¿en qué cosa mejor podía emplearse su destino? Ni era ya, ni jamás podía ser, nada; nada tampoco le era dado esperar; ¿qué mejor empleo de su inútil ser que darlo por la salvación de otro, de otro ser que poseía ya el corazón de ella, y cuya vida era su vida?

Entretanto, los del exterior pugnaban por entrar; por fin, se abrió la puerta, y cuatro o cinco hombres penetraron y corrieron

hacia la víctima, cuyo rostro alzaron:

—¡Dios mío —clamó uno de ellos—, si es el señor Cliquet!

—¡El notario! —dijo otro.

Apresuráronse a tender al notario sobre la mesa; su pecho se dilató enseguida y un suspiro brotó de sus labios.

—¡Bendito sea Dios! —dijo uno—. ¡No está muerto!

Rociósele el rostro con agua fría, y no tardó en abrir los ojos; Juan suspiró tristemente; no habiéndose consumado el homicidio, y vivo el notario, denunciaría al criminal, a quien aguardaba el presidio; Juan casi habría preferido que el crimen se hubiese consumado.

—¿Quién le ha puesto en ese estado, señor Cliquet? —le preguntó un campesino.

El notario, que iba recobrando trabajosamente aliento, esbozó un gesto de ignorancia. En realidad, no había visto a su agresor.

—Busquemos —dijo otro.

No tenían, en verdad, que buscar mucho; el culpable no se hallaba lejos, y, además, iba él mismo a entregarse tontamente.

Queriendo, en efecto, aprovecharse del desorden para emprender la fuga, Pedro había abierto algo más la puertecilla, y ponía ya un pie sobre el piso para escapar; aunque hubiese logrado huir, tendría que cruzar delante de María, que había permanecido en su sitio, inmóvil como una estatua, y ésta lo comprendería todo entonces.

Ahora bien: salvar al culpable era poco, si al mismo tiempo no conseguía salvarse la dicha de María, para lo cual era menester que pudiera continuar amándole... ¿Quién sabe? Tal vez fuera ya demasiado tarde... Tal vez la sospecha comenzaba a nacer tras aquella frente que hacía palidecer un misterioso espanto...

Juan salió bruscamente de la penumbra que le ocultaba, y se mostró a plena luz; todos le reconocieron en el acto; Pedro y María, que fijaron en él los ojos, dilatados por la sorpresa, y los cinco campesinos, cuyos semblantes ofrecieron a la vez una expresión compleja de la simpatía por el pasado y del invencible horror que siempre inspira un forzado.

—No busquéis —dijo Juan—; soy yo quien ha dado el golpe.

Nadie dijo una palabra, no porque no se le creyera; pues quien una vez ha matado puede volver a matar; pero era aquello tan

inesperado, que la sorpresa paralizaba a todos.

La escena, sin embargo, había cambiado en sus pormenores; Pedro se mostraba ahora por entero fuera de la puerta, y sin que nadie prestase atención a él, se acercaba a María, que no parecía advertir su presencia; habíase ésta enderezado, con el semblante rebosando alegría y odio; alegría por ver destruida, apenas formada, la sospecha, y odio hacia aquel cuyo crimen había sido causa de que concibiera semejante pensamiento.

A María era a quien Juan miraba únicamente.

La joven esposa extendió el puño hacia él.

—¡Canalla! —gritó.

Sin responder, Juan volvió la cabeza y ofreció sus brazos a las rudas manos, que cayeron sobre él y le arrastraron.

La puerta, abierta de par en par, dibujaba un rectángulo oscuro, que Juan miraba con pasión; sobre ese fondo oscuro, un cuadro cruel y tierno se dibujaba para él con rasgos precisos; bajo un implacable cielo azul, un muelle abrasado por el sol, y sobre ese muelle se cruzaban, llevando pesados fardos, hombres con los pies cargados de hierros..., pero por encima de ellos brillaba una radiante y seductora imagen, la imagen de una joven esposa con un niño pequeñito en sus brazos...

Juan, con los ojos fijos sobre aquella imagen, desapareció en las tinieblas de la noche.

EL «HUMBUG»^[5]

Costumbres americanas

En el mes de marzo de 1863 me embarqué yo en el *steamboat* el *Kentucky*, que hace el servicio entre Nueva York y Albany.

En aquella época del año, el arribo de numerosas mercancías provocaba entre ambas ciudades un gran movimiento comercial, que no tenía, por lo demás, nada de excepcional; los negociantes de Nueva York, en efecto, mantienen por medio de sus corresponsales relaciones incesantes con las provincias más alejadas, y extienden así los productos del Viejo Mundo, al mismo tiempo que exportan al extranjero las mercancías de procedencia nacional.

Mi partida para Albany constituía para mí una nueva ocasión de admirar la actividad de Nueva York; de todas partes aflúan los viajeros, dando unos prisa a los porteadores de sus numerosos equipajes, solos los otros, como verdaderos turistas ingleses, cuyo guardarropa entero se halla encerrado en un saquito imperceptible; todo el mundo se precipitaba, apresurándose a retener un sitio a bordo del paquebote, al que la especulación dotaba de una elasticidad totalmente americana.

Ya los dos primeros toques de la campana habían llevado el espanto a los retrasados. El embarcadero se doblaba bajo el peso de los últimos que llegaban, que son, por lo general y en todas partes, gentes cuyo viaje no puede demorarse sin gran perjuicio.

Esto no obstante, toda aquella multitud acabó por acomodarse; paquetes y viajeros se apilaron, se almacenaron; el fuego invadía los tubos de la caldera y el puente del *Kentucky* oscilaba como tembloroso; el sol, esforzándose por romper la bruma de la mañana, calentaba un poco aquella atmósfera de marzo, que le obliga a uno a alzarse el cuello del gabán y a sepultar las manos en los bolsillos,

sin dejar de decir que va a hacer un día muy hermoso.

Como mi viaje no era en manera alguna un viaje de negocios; como mi portamantas bastaba para contener todo lo que me era necesario y hasta superfino; como mi espíritu no se preocupaba ni de especulaciones que intentar ni de mercados que vigilar, me dejaba llevar de mis pensamientos, vagando al azar, ese amigo íntimo de los turistas, y al cual dejaba el cuidado de encontrar en el camino algún asunto de placer y de distracción.

De pronto, y a tres pasos de mí, pude ver a *mistress* Melvil, que sonreía de la manera más encantadora del mundo.

—¡Cómo, usted, *mistress* —exclamé con una sorpresa que sólo mi alegría podía igualar—; usted afronta los riesgos y la muchedumbre de un *steamboat* del Hudson!

—Indudablemente, querido señor —respondióme *mistress* Melvil dándome la mano a la usanza inglesa—; por lo demás, no estoy sola; me acompaña mi vieja y buena Arsinoé.

Mostróme, en efecto, sentada sobre un fardo de lana, a su fiel negra, que la contemplaba con ternura; la palabra ternura merecería ser subrayada en esta circunstancia, porque sólo los sirvientes negros saben mirar de aquella manera.

—Cualesquiera que sean la ayuda y apoyo que pueda prestarle Arsinoé —dije—, me tengo por afortunado por el derecho que me asiste para ser el protector de usted, *mistress*, durante esta travesía.

—Si eso es un derecho —replicó ella riendo—, no le deberé por ello ninguna gratitud; pero ¿cómo es que le encuentro aquí? Según lo que usted nos había dicho, no pensaba llevar a cabo este viaje hasta dentro de algunos días; ¿cómo es que no nos habló ayer de su partida?

—No sabía nada de ella —repliqué—; tan sólo me decidí a partir para Albany cuando la campana del paquebote me quitó el sueño, a las seis de la mañana; ya ve usted a qué se debe mi viaje; si no me hubiera despertado hasta las siete, tal vez habría tomado la ruta de Filadelfia; pero usted misma, *mistress*, parecía ayer la mujer más sedentaria del mundo.

—Sin duda; así es que no debe usted ver en mí a *mistress* Melvil, sino al primer agente de Henry Melvil, negociante-armador de Nueva York, que va a vigilar la llegada de un cargamento a Albany; ¡usted, habitante de los países civilizados del viejo mundo, no

comprende esto!... No pudiendo mi marido dejar esta mañana Nueva York, voy yo a reemplazarle; tenga la seguridad de que no por eso dejarán de hallarse bien hechos los asientos, ni serán menos exactas las adiciones.

—Resuelto estoy a no asombrarme de nada; sin embargo, si semejante cosa aconteciese en Francia, si las mujeres hiciesen los negocios de sus maridos, no tardarían los maridos en hacer los de sus mujeres; ellos serían quienes tocasen el piano, deshojasen las flores y bordasen las zapatillas...

—No se muestra usted muy lisonjero con sus compatriotas —replicó riendo *mistress* Melvil.

—Muy al contrario, ya que doy por supuesto que sus mujeres les bordan las pantuflas.

En aquel instante resonó el tercer toque de campana; los últimos viajeros se precipitaron sobre el puente del *Kentucky*, en medio de los gritos de los marineros, que se armaban de largas pértigas para alejar el barco del muelle.

Ofrecí mi brazo a *mistress* Melvil, y la conduje un poco más hacia popa, donde la muchedumbre era menos compacta.

—Yo le di —comenzó diciendo ella— cartas de recomendación para Albany...

—Ciertamente; ¿desea usted que le dé nuevamente las gracias más efusivas?

—Seguramente que no, porque esas cartas le resultan ahora completamente inútiles; como voy al lado de mi padre, a quien las cartas están dirigidas, habrá usted de permitirme, no ya tan sólo que le presente, sino que le ofrezca hospitalidad en su nombre.

—Razón tenía yo —dije— en contar con la casualidad para hacer un viaje encantador, y, sin embargo, tanto usted como yo, hemos estado a punto de no poder partir.

—¿Por qué?

—Un cierto viajero, aficionado a esas excentricidades de las que los ingleses tenían la exclusiva antes del descubrimiento de América, quería retener para él solo el *Kentucky*, entero y verdadero.

—¿Es acaso un hijo de las Indias Orientales, que viaja con un acompañamiento de elefantes y bayaderas?

—¡No, en verdad! Yo asistí a su discusión con el capitán, que

rechazaba su petición, y no vi a ningún elefante mezclarse en la conversación; aquel hombre original parecía... pero ¿qué veo?... ¡Es él, *mistress*! Le reconozco... ¿No ve usted a ese viajero que corre por el muelle gesticulando y dando gritos?... Todavía va a ser causa de que nos retrasemos, porque el buque comienza ya a separarse del muelle.

Un hombre de regular estatura, con una cabeza enorme, vestido con un largo gabán de doble cuello, y cubierto con un sombrero de alas anchas, llegaba, en efecto, todo sofocado, al embarcadero, cuya pasarela acababa de ser retirada; gesticulaba y gritaba sin preocuparse de las risas de la muchedumbre reunida en torno suyo.

—¡Ah del Kentucky!... ¡Mil diablos!... ¡Mi sitio está tomado, registrado, pagado y se me deja en tierra!... ¡Mil diablos! ¡Capitán, yo le hago responsable ante el Gran juez y sus asesores!

—¡Tanto peor para los rezagados! —gritó el capitán, subiendo sobre uno de los tambores—. Tenemos que llegar a hora fija y no podemos perder tiempo.

—¡Mil diablos! —chilló de nuevo el hombre gordo—. ¡Obtendré cien mil dólares y más de daños y perjuicios contra usted!... Bobby —exclamó volviéndose hacia uno de los dos negros que le acompañaban—, ocúpate de los equipajes, y corre al hotel mientras Dacopa desamarra cualquier bote para alcanzar ese condenado barco.

—Es inútil —dijo el capitán, que ordenó largar la última amarra.

—¡Anda, Dacopa! —dijo el hombre gordo estimulando al negro. Apoderóse éste del cable en el momento en que el paquebote lo arrastraba, y lo amarró a uno de los argollones del muelle; al mismo tiempo, el obstinado viajero se precipitó en una embarcación, en medio de los aplausos de la multitud, y con algunos golpes de remo llegó a la escalera del *Kentucky*; lanzóse sobre el puente, corrió hacia el capitán y le interpeló vivamente, haciendo él solo tanto ruido como diez hombres, y hablando con más volubilidad que veinte comadres.

No pudiendo el capitán colocar ni la cuarta parte de un argumento, y viendo, por lo demás, que el viajero había tomado posesión, resolvió no preocuparse más del asunto; cogió de nuevo su bocina y se dirigió hacia la máquina; en el momento de ir a dar la señal de la partida, el hombre gordo volvió sobre él gritando:

—¿Y mis bultos? ¡Mil diablos!

—¡Cómo, sus bultos! —replicó el capitán—. ¿Serían, por casualidad, esos que llegan ahora?

Diversos murmullos estallaron entre los viajeros, a quienes este nuevo retraso impacientaba.

—¿A qué viene eso? —gritó el intrépido pasajero—. ¿No soy yo, por ventura, un libre ciudadano de los Estados Unidos de América?... Yo me llamo August Hopkins, y si este nombre no les dice lo bastante...

Ignoro si este nombre gozaba de influencia real sobre la masa de los espectadores, pero lo cierto es que el capitán se vio forzado a acercarse de nuevo al muelle para embarcar los bagajes de August Hopkins, libre ciudadano de los Estados Unidos de América.

—Fuerza es confesar —dije a *mistress* Melvil— que es ése un hombre bien singular.

—Menos singular que sus bultos —me contestó, mostrándome dos camiones que conducían al embarcadero dos enormes cajas de veinte pies de alto, recubiertas de telas enceradas y sujetas por medio de una inextricable red de cuerdas y de nudos; la parte superior y la inferior estaban indicadas con letras rojas, y la palabra «frágil», inscrita con caracteres de un pie, hacía temblar en cien pasos a la redonda a los representantes de las administraciones responsables.

A pesar de los rumores provocados por la aparición de aquellos bultos monstruos, el señor Hopkins hizo tanto con los pies, con las manos, con la cabeza y con los pulmones, que fueron depositados en cubierta tras esfuerzos y retrasos considerables.

Por fin el *Kentucky* pudo dejar el muelle y remontó el Hudson en medio de los buques de toda clase que lo surcaban.

Los dos negros de August Hopkins se habían instalado, con carácter permanente, al lado de las cajas de su amo; estas cajas tenían el privilegio de excitar, en el mayor grado, la curiosidad de los pasajeros; la mayor parte de ellos se apretaban en los alrededores, haciendo todas las suposiciones excéntricas que puede inventar la imaginación de allende el océano; la propia *mistress* Melvil parecía preocuparse vivamente de ellas, en tanto que, en mi calidad de francés, ponía yo el mayor cuidado en simular la indiferencia más completa y desdeñosa.

—¡Qué hombre tan especial es usted! —me dijo *mistress* Melvil—. No se preocupa del contenido de esos dos monumentos, mientras que a mí me devora la curiosidad.

—La confesaré —respondí— que todo ello me interesa poco; al ver llegar esas dos inmensidades, hice en seguida las suposiciones más atrevidas: «O contienen una casa de cinco pisos, con sus inquilinos, me dije, o no contienen nada». Ahora bien: en uno y otro caso, que son los más extraños que pueden imaginarse, no experimentaría una extraordinaria sorpresa; no obstante, *mistress*, si usted lo desea, voy a tratar de recoger algunos informes, que le transmitiré inmediatamente.

—Perfectamente —me respondió—, y durante su ausencia comprobaré estas facturas.

Dejé a mi singular compañera de viaje repasar sus sumas con la rapidez de los cajeros del Banco de Nueva York, los cuales, según se dice, no tienen más que dirigir una mirada sobre una columna de cifras para conocer inmediatamente su total.

Sin dejar de pensar en aquella extraña organización, en aquella dualidad de la existencia en el hogar de aquellas encantadoras mujeres americanas, me dirigí hacia aquel que atraía todas las miradas y servía de tema a todas las conversaciones.

Aun cuando sus dos cajas ocultasen completamente a la vista la proa del buque y el curso del Hudson, el timonel dirigía el *steamboat* con una confianza absoluta, sin preocuparse de los obstáculos.

Los obstáculos, sin embargo, debían de ser numerosos, porque jamás ningún río, sin exceptuar el Támesis, fue surcado por más buques que los ríos de los Estados Unidos; en una época en que Francia no contaba más que de doce a trece mil buques e Inglaterra cuarenta mil, los Estados Unidos contaban ya sesenta mil, entre los cuales había dos mil vapores, que navegaban por todos los mares del mundo.

Por estos números puede formarse idea del movimiento comercial, y puede, asimismo, explicarse la multitud de accidentes de que los ríos americanos son teatro.

Verdad es que esas catástrofes, esos choques y esos naufragios son de poca importancia a los ojos de aquellos atrevidos negociantes; hasta eso constituye una actividad nueva dada a las

sociedades de seguros, que harían muy malos negocios si sus primas no fueran exorbitantes; a peso y volumen iguales, un hombre en América tiene menos valor e importancia que un saco de carbón de piedra o de café.

Tal vez tengan los americanos razón, pero yo habría dado todas las minas de hulla y todos los cafetales del globo por mi insignificante personilla francesa; ahora bien, no dejaba yo de hallarme inquieto acerca del resultado de nuestro viaje a todo vapor a través de una multitud de obstáculos.

August Hopkins no parecía compartir mis temores; debía de ser de esas personas que saltan, descarrilan o se estrellan antes que faltar a un negocio; en todo caso, no se preocupaba lo más mínimo de la belleza de las orillas del Hudson, que huían rápidamente hacia el ruar; entre Nueva York, punto de partida, y Albany, punto de llegada, no había para él otra cosa que dieciocho horas de tiempo perdido; las deliciosas vistas de la orilla, los pueblecillos agrupados de una manera pintoresca, los bosquecillos diseminados aquí y allá en la campiña, como *bouquets* arrojados a los pies de una *prima donna*; el curso animado de un río magnífico, las primeras emanaciones de la primavera, nada, nada podía sacar a aquel hombre de sus preocupaciones de especulación; iba y venía de un extremo a otro del buque, mascullando frases ininteligibles, o bien, sentándose precipitadamente sobre un montón de mercancías, sacaba de uno de sus numerosos bolsillos una ancha y voluminosa cartera atestada de papeles de mil clases...

Llegó a figurárseme que él exhibía intencionadamente todos aquellos papelotes, muestra de la burocracia comercial; hojeaba rápidamente una correspondencia enorme, y desplegaba cartas fechadas en todos los países y selladas con los timbres de todas las Administraciones de Correos del mundo, y cuyas líneas, apretadas, recorría con encarnizamiento muy notable, y también, a mi juicio, muy notado.

Parecióme, pues, imposible dirigirme a él para adquirir noticias; en vano muchos curiosos habían querido hacer charlar a los dos negros, puestos de centinela cerca de las cajas misteriosas; aquellos dos hijos del África habían guardado un mutismo absoluto, contradiciendo su locuacidad habitual.

Disponíame, por consiguiente, a volverme al lado de *mistress*

Melvil, y a darle cuenta de mis impresiones personales, cuando me hallé en un grupo en cuyo centro peroraba el capitán del barco; se hablaba de Hopkins.

—Se lo repito a ustedes; ese tipo original no hace nada como los demás; van diez veces que remonta el Hudson de Nueva York a Albany, diez veces que se las arregla para llegar tarde y diez veces que transporta cargamentos parecidos; ¿qué quiere decir eso? Lo ignoro;

corre el rumor de que Hopkins monta una gran empresa a algunas leguas de Albany, y que desde las cinco partes del mundo se le expiden mercancías desconocidas.

—Debe de ser uno de los principales agentes de la Compañía de las Indias —dijo uno de los asistentes—, que viene a fundar un despacho en América.

—O más bien un rico propietario de placeres californianos —respondió otro—; debe de tener en juego algún suministro...

—O alguna adjudicación —dijo un tercero—. El *New York Herald* parecía dejarlo presentir en los últimos días.

—No tardaremos —agregó un cuarto— en ver emitir las acciones de una nueva compañía, con un capital de quinientos millones; yo me inscribo el primero por cien acciones de mil dólares.

—¿Por qué el primero? —repuso otro—. ¿Tiene usted ya ofertas en ese sentido? Yo estoy dispuesto a desembolsar el importe de doscientas acciones, y más si es preciso.

—¡Si quedan después de las que yo tome! —gritó de lejos uno, cuyo semblante no pude descubrir—. Se trata, evidentemente, de un ferrocarril entre Albany y San Francisco, y el banquero que será su adjudicatario es mi mejor amigo.

—¡Qué habla usted de ferrocarril! Ese Hopkins viene a instalar un cable eléctrico en el lago Ontario, y esas inmensas cajas encierran los hilos y la gutapercha.

—¡A través del lago Ontario! ¡Pero ése es un negocio de oro! —dijeron muchos negociantes, presa del demonio de la especulación—. El señor Hopkins se dignará exponernos su empresa; ¡para mí las primeras acciones!...

—¡Para mí, señor Hopkins!

—¡No, para mí!...

—¡No, para mí!... ¡Ofrezco mil dólares de prima!...

Las demandas se cruzaban, y la confusión se hizo general.

Aun cuando la especulación no me tentase, seguí al grupo de agiotistas, que se encaminaba hacia el héroe del *Kentucky*; pronto se vio Hopkins rodeado de una muchedumbre compacta, a la que ni siquiera se dignó mirar; largas series de cifras, de números seguidos de muchos ceros se alineaban en las hojas de su cuaderno; las cuatro operaciones fundamentales de la aritmética pululaban bajo su lápiz; los millones se escapaban de sus labios con la rapidez de un torrente; parecía presa del frenesí de los cálculos; el silencio se estableció en torno a él, a pesar de las tormentas que se agitaban bajo aquellos cráneos americanos, por la pasión del comercio.

Por fin, tras una operación monstruo, pronunció estas palabras sacramentales:

—Cien millones.

Plegó después rápidamente sus papeles y los encerró en su amplia cartera, y sacando de su bolsillo un reloj adornado de una doble fila de perlas finas dijo:

—¡Las nueve!... ¡Las nueve ya! ¡Este maldito barco no marcha!... ¡Capitán!... ¿Dónde está el capitán?

Diciendo esto, atravesó Hopkins bruscamente la triple fila de la multitud que le rodeaba, y vio al capitán inclinado sobre la escotilla de la máquina, desde donde daba algunas órdenes al maquinista.

—¿Sabe usted, capitán —dijo con importancia—, sabe usted que un retraso de diez minutos puede hacer fracasar para mí un negocio considerable?

—¿A quién habla usted de retraso —dijo el capitán, estupefacto ante semejante reproche—, cuando es usted el único causante de él?

—Si usted no se hubiese empeñado en dejarme en tierra —replicó Hopkins alzando la voz a un diapason superior—, no habría perdido un tiempo que vale mucho en esta época del año.

—Y si usted y sus cajas hubiesen tomado la precaución de llegar a la hora debida —replicó el capitán irritado—, habríamos podido aprovecharnos de la marea ascendente, y estaríamos tres millas más lejos.

—Yo no me meto en esas consideraciones; antes de la media noche debo hallarme en el hotel Washington, en Albany, y si luego después habría sido preferible para mí no haber salido de Nueva

York; le prevengo que, en tal caso, reclamaré a la Administración, y a usted, los daños y perjuicios.

—¡Déjeme usted en paz! —dijo el capitán, que comenzaba a sulfurarse.

—No, señor; no le dejaré en paz en tanto gire su pusilanimidad y sus economías de combustible me pongan en peligro de perder diez fortunas... ¡Varios fogoneros, cuatro o cinco buenas paletadas de carbón en sus calderas, y usted, maquinista, apriete la válvula de la caldera, a ver si ganamos el tiempo perdido!

Y Hopkins arrojó en la cámara de la máquina una bolsa en que brillaban algunos dólares.

El capitán montó en una violenta cólera, pero nuestro viajero gritó más alto que él y más tiempo que él.

Por lo que a mí respecta, me alejé rápidamente de aquel sitio, sabiendo que aquella recomendación hecha al maquinista de cargar la válvula para aumentar la presión del vapor y acelerar la marcha del buque, podía muy bien hacer estallar la caldera.

Inútil es decir que mis compañeros de viaje encontraron el expediente muy sencillo, de modo que no hablé de ello a *mistress* Melvil, que se hubiera reído de mis quiméricos temores.

Cuando me uní de nuevo a ella, sus vastos cálculos estaban terminados, y los cuidados y preocupaciones comerciales no fruncían ya su encantadora frente.

—Dejó usted a la negociante y se encuentra a la mujer de mundo; puede, pues, usted conversar con ella de lo que más le agrade, y hablarla de arte, de poesía...

—¡Hablar de arte y de poesía después de lo que acabo de ver y de oír!... ¡No, no! Estoy totalmente impregnado del espíritu mercantil; no oigo más que el sonido de los dólares, y estoy deslumbrado por su espléndido brillo; no veo ya en este hermoso río otra cosa que una ruta muy cómoda para las mercancías; en esos lindos pueblecillos, una serie de almacenes de azúcar y de algodón, y pienso seriamente en lanzar una presa sobre el Hudson y en utilizar sus aguas para hacer girar un molino de café.

—¡Hombre, hombre! ¡Molino de café aparte: es una buena idea ésa!

—Y dígame usted, si lo tiene a bien: ¿por qué no había yo de tener ideas como cualquier hijo de vecino?

—¿Ha sido usted, pues, picado por la tarántula de la industria?
—preguntó *mistress* Melvil, riendo.

—Juzgue usted misma.

Y le referí las diversas escenas de que había sido testigo.

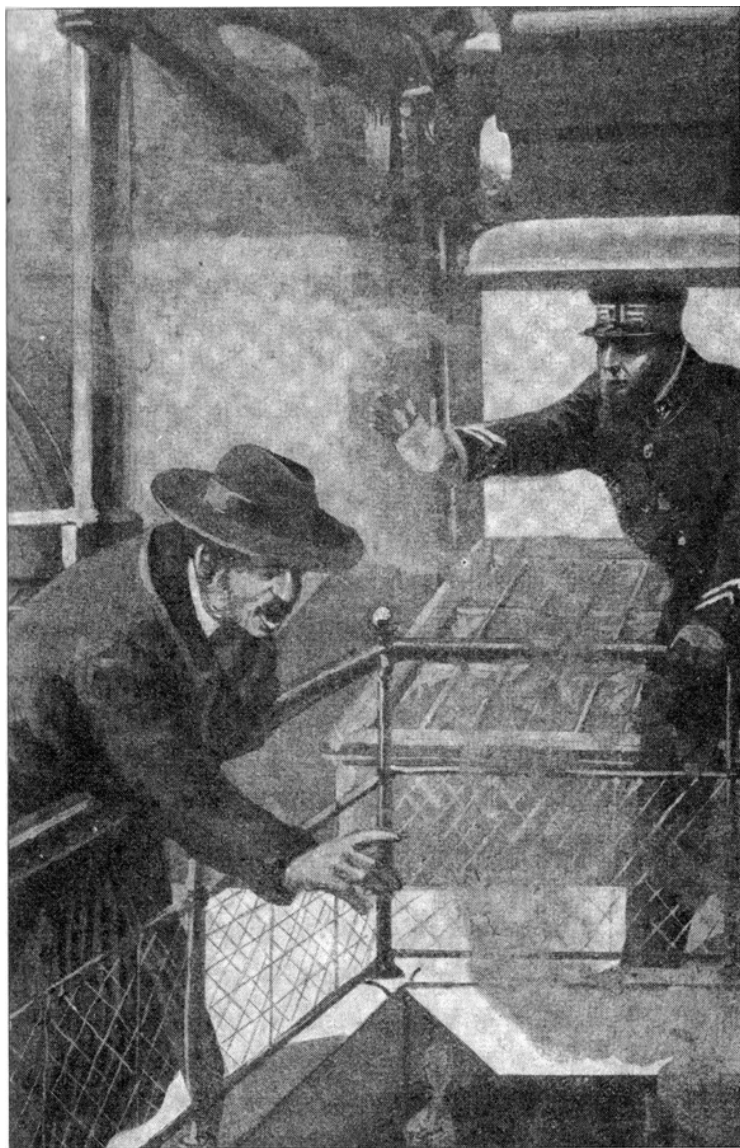
Escuchó ella mi relato gravemente, como conviene a toda inteligencia americana, y se puso a reflexionar; una parisiense no me habría dejado decir la mitad.

—Y bien, *mistress*, ¿qué piensa usted del tal Hopkins?

—Ese hombre —me respondió— puede ser un gran genio especulador, que funda una empresa gigantesca, o sencillamente un exhibidor de osos de la última feria de Baltimore.

Me eché a reír, y la conversación giró sobre otros asuntos.

Nuestro viaje terminó sin nuevos incidentes, si no es que Hopkins estuvo a punto de arrojar al agua una de sus cajas, queriéndola cambiar de sitio, a pesar del capitán; la discusión que sobrevino le sirvió también para ponderar la importancia de sus negocios y el valor de sus bultos; almorzó y comió, no cual un hombre que se propone reparar sus fuerzas, sino como quien abriga el propósito de gastar la mayor cantidad posible de dinero; finalmente, cuando llegamos a nuestro destino no había un solo viajero que no estuviese dispuesto a contar maravillas de aquel personaje extraordinario.



El buque llegó al muelle de Albany antes de la hora fatal de la media noche; ofrecí mi brazo a *mistress* Melvil, sin dejar de felicitarme por haber desembarcado sano y salvo, en tanto que August Hopkins, después de haber hecho transportar con gran ruido sus dos cajas maravillosas, entraba triunfalmente, seguido de una muchedumbre considerable, en el hotel Washington.

Fui yo recibido por *mister* Francis Wilson, padre de *mistress* Melvil, con ese agrado y esa franqueza que tanto valor prestan a la hospitalidad; a pesar de mis protestas, hube de aceptar una cámara azul en la casa del honorable comerciante.

No es posible dar el nombre de mansión a aquella casa inmensa, cuyos espaciosos departamentos parecen sin importancia al lado de los vastos almacenes, donde se acumulan las mercancías de todos los países del mundo; un mundo de empleados, de obreros y de agentes pulula en aquella verdadera ciudad, de la cual las casas de comercio de Burdeos y de El Havre dan sólo una muy imperfecta idea.

A pesar de las ocupaciones, de todo género, del amo de la casa, fui tratado como un obispo, y no tuve necesidad de pedir, ni aun de desear; por añadidura, el servicio se hacía por negros, y cuando uno ha sido servido por negros, no es ya posible servirse más que por uno mismo.

Al día siguiente me paseé por la deliciosa ciudad de Albany, cuyo solo nombre siempre me había encantado; en ella encontré la misma actividad que en Nueva York, igual movimiento y la misma multiplicidad de intereses; la sed de ganancia de las gentes de comercio, su ardor en el trabajo, su necesidad de extraer el dinero por todos los procedimientos que la industria o la especulación descubren, no ofrecen, entre los comerciantes del Nuevo Mundo, el aspecto repulsivo que ofrecen con frecuencia entre sus colegas del Viejo; hay, en su modo de obrar, cierta grandeza muy simpática; se concibe que aquellas gentes tengan necesidad de ganar mucho, porque también gastan mucho.

A la hora de las comidas y de la velada, la conversación no tardó en especializarse, hablando de la ciudad, de sus placeres, de su teatro; *mister* Wilson me pareció hallarse muy al corriente de esas diversiones mundanas, pero me pareció también tan americano como es posible serlo cuando llegamos a hablar de las excentricidades de ciudades enteras, de que se ocupan mucho en Europa.

—¿Alude usted a nuestra actitud respecto a la célebre Lola Montes? —me dijo *mister* Wilson.

—Efectivamente —respondí—: sólo los americanos han podido tomar en serio a la Condesa de Lansfeld.

—La tomamos en serio porque obraba seriamente, del mismo modo que no concedemos ninguna importancia a los asuntos más graves, cuando son tratados ligeramente.

—Lo que, sin duda, le choca —dijo *mistress* Melvil con tono burlón—, es que Lola Montes visitara nuestros colegios de señoritas.

—Confesaré francamente que el hecho me pareció extraño, porque esa encantadora bailarina no me parece un ejemplo que proponer a las jóvenes.

—Nuestras jóvenes —replicó *mister* Wilson— son educadas de una manera más independiente que las de ustedes; cuando Lola Montes visitó sus colegios, no fue ni la bailarina de París, ni la Condesa de Lansfeld de Baviera; quien allí se presentó fue una mujer célebre, cuya vista no podía dejar de ser agradable, y de ello no resultó nada malo para las niñas, que la observaron con curiosidad; era una fiesta, un placer, una distracción, he ahí todo, ¿dónde está el mal en todo ello?

—El mal está en que esas ovaciones malean a los grandes artistas; resultan inaguantables al regresar de los Estados Unidos.

—¿Tienen por qué quejarse de ello? —preguntó *mister* Wilson vivamente.

—Al contrario —respondí—; pero ¿cómo es posible que Jenny Rose, por ejemplo, se encuentre halagada por una hospitalidad europea, cuando aquí ve a los hombres más notables atropellarse por tirar de su coche en medio de las fiestas públicas? ¿Qué reclamo valdrá jamás la célebre fundación de los hospitales hecha por su empresario?

—Habla usted cual un celoso —replicó *mistress* Melvil—; no perdona usted a esa eminente artista que no haya querido nunca dejarse oír en París.

—No, seguramente, *mistress*, y por lo demás, no le aconsejaría que fuese, porque no hallaría la acogida que ustedes le han hecho.

—Ustedes se lo pierden —dijo *mister* Wilson.

—Menos que ella, a juicio mío.

—Por lo menos, pierden ustedes los hospitales —dijo riendo *mistress* Melvil.

La discusión se prolongó así.

Al cabo de algunos instantes, *mister* Wilson me dijo:

—Ya que esas exhibiciones y esos reclamos le interesan, llega

usted en la mejor ocasión; mañana tiene lugar la adjudicación de los primeros billetes para el concierto de *madame* Sontag.

—¿Una adjudicación, como si se tratara de un camino de hierro?

—Así es; y el que hasta ahora se ha presentado con las pretensiones más atrevidas ha sido sencillamente un honrado sombrerero de Albany.

—Sin duda se trata de un melómano.

—¿El?... ¿John Turner?... Detesta la música; es para él la música el más desagradable de los ruidos.

—Entonces, ¿qué se propone?

—Anunciarse: es un reclamo; se hablará de él, no tan sólo en la ciudad, sino en todas las provincias de la Unión, lo mismo en América que en Europa, se le comprarán sombreros, y surtirá de ellos al mundo entero.

—¡Imposible!

—Ya lo verá usted mañana, y si necesita algún sombrero...

—No lo compraré en su casa; deben de ser detestables.

—¡Ah, el parisiense! —dijo *mistress* Melvil, levantándose.

Me despedí de mis anfitriones, y me fui a soñar con aquellas excentricidades americanas.

Al día siguiente asistí a la adjudicación del famoso primer billete para el concierto de *madame* Sontag, con una seriedad que habría honrado al más flemático habitante de la Unión; el sombrerero John Turner, el héroe de esta nueva excentricidad, se atraía todas las miradas; sus amigos le abordaban y le cumplimentaban, como si hubiera salvado la independencia del país; otros le alentaban.

Hiciéronse apuestas sobre su éxito o el de otros aspirantes al mismo honor.

Comenzó la subasta; el primer billete subió rápidamente de cuatro a doscientos y trescientos dólares; John Turner se juzgaba seguro de ser el último postor, y sólo añadía una débil suma al precio señalado por sus adversarios.

Los números, cuatro, cinco y seiscientos se sucedieron con bastante rapidez; los asistentes estaban excitados en el mayor grado y estimulaban a los lidiadores; el primer billete tenía un valor infinito a los ojos de todos, y nadie se inquietaba por lo demás. Era, en suma, un asunto de honor y amor propio.

De repente resonó un *burra* más prolongado que los otros.

El sombrerero había gritado en voz fuerte:

—¡Mil dólares!

—¡Mil dólares! —repitió el subastador—. ¿No hay quien dé más? ¡Mil dólares el primer billete del concierto!...

En el intervalo de las diversas preguntas del agente se sentía un vago murmullo en la sala; yo mismo estaba impresionado a mi pesar; Turner, seguro de su triunfo, paseaba una mirada satisfecha sobre sus admiradores; tenía en la mano un fajo de billetes de uno de los seiscientos Bancos de los Estados Unidos, y los agitaba, en tanto que estas palabras resonaban de nuevo:

—¡Mil dólares!...

—¡Tres mil dólares! —gritó una voz, que me hizo volver la cabeza.

—¡Hurra! —gritó la sala entusiasmada.

—¡Tres mil dólares! —repitió el agente.

Ante semejante competidor, el sombrerero había bajado la cabeza y había huido inadvertido en medio del universal entusiasmo.

—¡Adjudicado en tres mil dólares! —dijo el agente.

Vi yo entonces avanzar a August Hopkins en persona, el libre ciudadano de los Estados Unidos de América; evidentemente, pasaba al estado de hombre célebre, y no quedaba ya más que componer himnos en su honor.

Me escapé difícilmente de la sala, y sólo después de muchos esfuerzos conseguí abrirme camino por entre las diez mil personas que aguardaban en la puerta al triunfante licitador. Innumerables aclamaciones le saludaron al aparecer; por segunda vez desde la víspera, fue llevado al hotel Washington por la exaltada población; él saludaba con aspecto a un tiempo modesto y altivo, y por la noche, a petición general, se asomó al gran balcón del hotel, aplaudido por una multitud delirante.

—Y bien, ¿qué piensa usted de ello? —me dijo *mister* Witson cuando, después de comer, le puse al corriente de los incidentes del día.

—Pues pienso que, en mi calidad de francés y de parisiense, *madame* Sontag pondrá graciosamente a mi disposición un sitio, sin que tenga que pagarlo en una quincena de miles de francos.

—Así lo creo, pero si ese Hopkins es un hombre hábil, esos tres

mil dólares pueden producirle cien mil; un hombre que ha llegado a su grado de excentricidad, no tiene más que agacharse para recoger millones.

—¿Qué puede ser ese Hopkins? —preguntó *mistress* Melvil.

Esto mismo era lo que se preguntaba la ciudad de Albany entera.

Los acontecimientos se encargaron de responder; algunos días más tarde, en efecto, nuevas cajas, de forma y de dimensiones más extraordinarias todavía, llegaron por el *steamboat* de Nueva York.

Una de ellas, que tenía el aspecto de una casa, fue conducida imprudentemente —o prudentemente tal vez— por una de las estrechas calles de los arrabales de Albany; pronto se encontró en la imposibilidad de avanzar, y fue preciso dejarla allí, como un trozo de roca; durante veinticuatro horas, toda la población de la ciudad se encaminó al lugar del suceso; Hopkins se aprovechaba de esas aglomeraciones para exhibirse, lanzando diatribas contra los ignaros arquitectos del lugar, y hablaba nada menos que de hacer cambiar la alineación de las calles de la ciudad para poder dar paso a sus bultos.

Pronto resultó evidente que había necesidad de optar por uno de dos partidos: o demoler la caja, cuyo contenido excitaba la curiosidad, o derribar la casa que le servía de obstáculo; los curiosos de Albany hubieran preferido, indudablemente, el primer partido, pero Hopkins no lo entendía así.

Las cosas, sin embargo, no podían permanecer en aquel estado; la circulación se hallaba interrumpida en el barrio, y la policía amenazaba con hacer proceder judicialmente a la demolición de la condenada caja; Hopkins zanjó la dificultad comprando la casa que le estorbaba y haciéndola enseguida derribar.

Dejo adivinar si este último rasgo le colocó en el más alto pináculo de la celebridad. Su nombre y su historia circularon por todos los salones; de él sólo se trató en el Círculo de los Independientes y en el Círculo de la Unión; nuevas apuestas se cruzaron en los cafés de Albany acerca de los proyectos de aquel hombre misterioso; los diarios se entregaron a las suposiciones más aventuradas, que apartaron momentáneamente la atención pública de ciertas dificultades nacidas entre Cuba y los Estados Unidos; hasta creo que tuvo lugar un duelo entre un negociante y un funcionario de la ciudad, y que el campeón de Hopkins triunfó en

aquella ocasión.

Así es que cuando se celebró el concierto de *múdame* Sontag, al que asistí de un modo menos brillante que el de nuestro héroe, éste estuvo a punto de cambiar con su presencia el objeto de la reunión.

Por fin se explicó el misterio, y pronto August Hopkins no trató de disimularlo.

Aquel hombre era pura y simplemente un empresario, que venía a fundar en los alrededores de Albany una especie de Exposición Universal; intentaba realizar, por su propia cuenta, una de esas empresas colosales, cuyo monopolio se habían reservado hasta entonces los gobiernos y las corporaciones oficiales.

Con este objeto había comprado, a tres leguas de Albany, una inmensa llanura inculta; sobre ese terreno abandonado no se alzaban ya más que las ruinas del fuerte William, que protegía en otro tiempo las factorías inglesas en las fronteras del Canadá; Hopkins se ocupaba ya en reclutar obreros para dar comienzo a sus gigantescos trabajos; sus inmensas cajas encerraban, sin duda, instrumentos y máquinas destinadas a las construcciones.

Tan pronto como la noticia circuló por la Bolsa de Albany, los negociantes se preocuparon de ella en sumo grado; cada uno de ellos trató de entenderse con el gran empresario para arrancarle promesas de acciones; pero Hopkins respondía evasivamente a todas las peticiones; lo que no fue obstáculo para que hubiese una cotización ficticia para esas acciones imaginarias, y el negocio comenzó a tomar desde ese momento una extensión enorme.

—Ese hombre —me dijo un día *mister* Wilson— es un especulador muy hábil; ignoro si es un millonario o un mendigo, pues hace falta ser Job o Rothschild para intentar semejantes empresas, pero, seguramente, hará una inmensa fortuna.

—Yo no sé ya qué creer, mi querido *mister* Wilson, ni a cuál de los dos admirar, si al hombre que proyecta tales empresas o al país que las sostiene y preconiza sin pedir más.

—Así es como se alcanza el éxito, mi querido señor.

—O como se arruina uno —respondí.

—Pues bien: sepa usted que en América una quiebra enriquece a todo el mundo y no arruina a nadie.

No podía yo tener razón contra *mister* Wilson más que por los hechos mismos; así es que aguardaba con impaciencia el resultado

de aquellas maniobras y de aquellos reclamos, que me interesaban extraordinariamente; recogía las menores noticias sobre la empresa de August Hopkins, y leía ávidamente los periódicos, que nos informaban muy al pormenor de todo; ya había salido una primera tanda de obreros, y a la sazón no quedaba nada de las ruinas del fuerte William.

No se trataba ya más que de los trabajos, cuyo objetivo excitaba un verdadero entusiasmo, y llegaban proposiciones de todas partes, de Nueva York como de Albany, de Boston y de Baltimore; los *instruments musical*, los *daguerreotype pictures*, los *abdominal supporters*, los *centrifugal pumps*, se inscribían para figurar en los mejores lugares, y la imaginación americana continuaba desbordándose.

Se aseguró que en torno a la Exposición se alzaría una ciudad entera; decíase que August Hopkins tenía el proyecto de fundar una ciudad rival de Nueva Orleans y de darle su nombre, añadiéndose que esa ciudad, fortificada a causa de su proximidad a la frontera, no tardaría en convertirse en la capital de los Estados Unidos, etc, etc.

Mientras esas exageraciones corrían, y se multiplicaban en los cerebros, el héroe del movimiento permanecía casi silencioso; acudía puntualmente a la Bolsa de Albany, se enteraba del estado de los negocios, tomaba notas, pero no abría la boca para hablar de sus vastos designios; hasta se extrañaban las gentes de que un hombre de su carácter no hiciese ninguna publicidad propiamente dicha; tal vez desdeñaba esos medios ordinarios de lanzar una empresa, y se confiaba a su propio mérito.

Ahora bien: en esta situación se hallaban las cosas cuando una mañana el *New York Herald* insertó en sus columnas la siguiente noticia:

«Todo el mundo sabe que los trabajos de la Exposición Universal de Albany avanzan con rapidez; ya han desaparecido las ruinas del viejo fuerte William y se ponen los cimientos de maravillosos monumentos en medio del entusiasmo general; el otro día, la piqueta de un obrero puso al descubierto los restos de un esqueleto enorme, enterrado, evidentemente, desde hace millares de años; apresurémonos a añadir que este descubrimiento no retrasará en nada los trabajos que deben dotar a los Estados Unidos de América

de una octava maravilla del mundo».

No concedí a esas líneas más que la indiferente atención que se debe a las innumerables noticias análogas que merodean en los periódicos americanos; no sabía el partido que de ella había de sacarse más tarde; verdad es que semejante descubrimiento tomó en labios de August Hopkins una importancia extraordinaria; se mostró verdaderamente pródigo en discursos, narraciones, reflexiones y deducciones sobre la exhumación de aquel prodigioso esqueleto; diríase que subordinaba a aquel encuentro todos sus planes de fortuna y de especulación.

Parecía, por otra parte, que el descubrimiento era verdaderamente milagroso; practicábanse excavaciones, siguiendo las órdenes de Hopkins, de manera a propósito para encontrar el otro extremo del gigantesco fósil, y tres días de trabajo incesante no habían producido aún ningún resultado; no era posible, por tanto, prever hasta dónde llegarían sus sorprendentes dimensiones, cuando Hopkins, que hacía ejecutar por sí mismo profundas excavaciones a doscientos pies de las primeras, descubrió, al fin, el extremo de aquel caparazón ciclópeo; la noticia se extendió enseguida con una rapidez eléctrica, y este hecho, único en los anales de la geología, tomó el carácter de acontecimiento mundial.

Con su carácter impresionable, exagerador y móvil, no tardaron los americanos en difundir la noticia, cuya importancia aumentaron a su sabor; tratóse de averiguar de dónde podían proceder aquellos enormes restos, qué debía inferirse de su existencia en el suelo indígena, y el Albany Institute emprendió estudios a este respecto.

Esta cuestión, lo reconozco, me interesaba bastante más que los esplendores futuros del Palacio de la Industria y las especulaciones excéntricas del Nuevo Mundo; así es que traté de hallarme al tanto de los menores incidentes del asunto.

No me fue difícil, porque los periódicos trataron la cuestión bajo todas las formas posibles; fui, por otra parte, lo bastante afortunado para conocer los pormenores por el ciudadano Hopkins en persona.

Desde su aparición en la ciudad de Albany, este hombre extraordinario había sido solicitado por la mejor sociedad de la población; en los Estados Unidos, donde la clase noble es la clase comercial, era perfectamente natural que tan atrevido especulador fuera acogido con los honores debidos a su rango; una noche, pues,

le encontré en los salones de *mister* Wilson, hablándose, como era de esperar, del asunto que a todos apasionaba.

Hízonos *mister* Hopkins una descripción interesante, profunda, erudita, y sin embargo, amena, de su descubrimiento, del modo como se había producido y de sus incalculables consecuencias; dejó al mismo tiempo entrever que contaba sacar de ello algún partido comercial.

—Únicamente —nos dijo—, nuestros trabajos están por el momento detenidos, porque entre las primeras y las últimas excavaciones que han dejado al descubierto los extremos del esqueleto, se extiende cierta porción de terreno sobre el que se alzan ya algunas de mis nuevas construcciones.

—Pero ¿está usted seguro —le preguntaron— de que las dos porciones del animal se unen bajo la parte inexplorada del suelo?

—No puede haber la menor duda —respondió Hopkins con seguridad—. A juzgar por los fragmentos óseos que hemos desenterrado, ese animal debe de tener proporciones gigantescas y rebasará, con mucho, la talla del famoso mastodonte descubierto tiempo ha en el valle del Ohio.

—¿Lo cree usted? —exclamó cierto *mister* Cornut, especie de naturalista, que hacía ciencia del mismo modo que sus compatriotas hacen el comercio.

—Estoy seguro —respondió Hopkins—; por su estructura, ese monstruo pertenece evidentemente al orden de los paquidermos, pues posee todos los caracteres tan bien descritos por Humboldt.

—¡Qué lástima —dije— que no se pueda desenterrar entero!

—¿Y quién nos lo impide? —preguntó vivamente el Cornut.

—Como se han alzado ya esas construcciones...

Apenas había yo enunciado esta enormidad, que me parecía a mí una cosa tan racional, cuando me convertí en el centro de un círculo de sonrisas desdeñosas; parecíales muy sencillo a aquellos audaces negociantes derribarlo todo, incluso un monumento, para desenterrar un contemporáneo del diluvio.

Nadie, por consiguiente, quedó sorprendido al oír decir a Hopkins que ya había dado órdenes sobre el particular; todos le felicitaron; hícelo yo igualmente y me comprometí a ser uno de los primeros en visitar su maravilloso descubrimiento; hasta le ofrecí trasladarme a *Exhibition Pare*, denominación ya de dominio público;

pero me rogó que aguardase a que estuviesen terminadas las excavaciones, pues no podía juzgarse todavía de la enormidad del fósil.

Cuatro días después, el *New York Herald* daba detalles nuevos sobre el monstruoso esqueleto; no era ni de un mamut, ni de un mastodonte, ni de un megaterio, ni de un pterodáctilo, porque todos los nombres extraños de la paleontología fueron invocados; los restos mencionados pertenecen todos a la tercera o, a lo más, a la segunda época geológica, mientras que las excavaciones, dirigidas por Hopkins, habían sido llevadas hasta los terrenos primitivos que constituyen la corteza terrestre, y en la cual hasta entonces no se había encontrado ningún fósil; ¿qué inferir de ahí, sino que ese monstruo era un hombre? ¡Y ese hombre, un gigante de más de cuarenta metros de alto!

No podía, pues, negarse la existencia de una raza de titanes anterior a la nuestra; si el hecho era cierto, y todo el mundo lo aceptaba como tal, debían cambiarse las teorías geológicas más firmemente asentadas, puesto que se encontraban fósiles más allá de los depósitos diluvianos, lo que indicaba que habían sido sepultados en una época anterior al diluvio.

Este artículo produjo una inmensa sensación; el texto fue reproducido por todos los periódicos de América, y se entablaron numerosas discusiones.

Pero lo que más me admiraba, era que se concedía fe a aquel descubrimiento con una sumisión maravillosa; a nadie se le ocurría la idea de que el famoso descubrimiento podía ser un *timo*, un *puff*, un *bluff*, un *humbug*, como dicen los americanos, y ni siquiera uno de aquellos sabios entusiastas pensaba en ver con sus propias ojos el milagro que ponía su cerebro en ebullición.

Hice estas observaciones a *mistress* Melvil.

—¿A qué preocuparse ni molestarse? —dijo—. Veremos nuestro querido monstruo cuando sea tiempo; en cuanto a su estructura y aspecto, todo el mundo puede conocerlos, pues no se dará un paso en toda América sin encontrarlo reproducido bajo las formas más ingeniosas.

En este punto era, en efecto, en el que brillaba el genio del especulador.

Pronto las paredes de las casas de la ciudad se vieron cubiertas

de inmensos carteles multicolores que reproducían el monstruo bajo los más variados aspectos; Hopkins agotó todas las fórmulas hasta entonces conocidas en el género; empleó los colores más llamativos; tapizó con aquellos prospectos las murallas, los parapetos de los muelles, los troncos de los árboles de los paseos; en los unos, las líneas se hallaban trazadas diagonalmente, y en los otros el reclamo aparecía en letras monstruosas; varios hombres se paseaban por todas las calles vestidos con blusas y con gabanes que representaban el esqueleto; durante la noche, transparentes inmensos lo proyectaban en negro sobre un fondo luminoso.

No se contentó Hopkins con estos medios de publicidad, ordinarios en América; los carteles y las cuartas planas de los periódicos no le bastaban; dio un verdadero curso de *esqueletología*, en el que invocó la autoridad de los Cuvier, de los Blumenbach, los Link, y mil otros autores de paleontología; sus cursos fueron seguidos y aplaudidos, hasta el punto de que un día quedaron aplastadas dos personas.

Inútil es decir que Hopkins dispuso que se les hicieran funerales magníficos, y que los pendones y estandartes del cortejo mortuario reprodujeron también las formas inevitables del fósil de moda.

Todos estos procedimientos eran excelentes para la ciudad misma de Albany y sus contornos, pero importaba lanzar el negocio en toda América; con este objeto, Hopkins se sirvió de toda clase de recursos, y apeló a todos los medios conocidos y por conocer.

El efecto de esta publicidad a alta presión fue inmenso.

Así ocurrió que cuando los periódicos, los tambores, las trompetas y las descargas de fusiles anunciaron que el milagro sería entregado en breve plazo a la admiración del público, aquello fue un hurra universal.

Procedióse entonces a preparar una sala inmensa para contener, decía el reclamo, «no a los espectadores, cuyo número sería infinito, sino el esqueleto de uno de aquellos gigantes a quienes la mitología acusa de haber querido escalar el cielo».

Debía yo salir de Albany a los pocos días, y lamentaba vivamente que mi estancia no pudiese prolongarse todo lo preciso para permitirme asistir a la inauguración de aquel espectáculo único; por otra parte, no queriendo marcharme sin haber visto algo, resolví dirigirme en secreto a Exhibition Park.

Una mañana, con mi fusil en bandolera, me dirigí hacia aquel lado; durante tres horas aproximadamente caminé hacia el norte, sin haber podido obtener informes precisos acerca del sitio al que quería llegar; no obstante, a fuerza de buscar el emplazamiento del antiguo fuerte William, llegué, después de andar cinco o seis millas, al término de mi viaje.

Me hallaba en medio de una inmensa llanura, una pequeña parte de la cual había sido removida por algunos trabajos recientes, pero de poca importancia; un espacio considerable de terreno se hallaba herméticamente cerrado por una empalizada.

Ignoraba yo si esta empalizada era la que marcaba el límite de los terrenos de la Exposición, pero el hecho hubo de serme confirmado por un cazador de castores que encontré por las cercanías, y que se dirigía a la frontera del Canadá.

—Aquí es —me dijo—, pero no sé lo que se prepara, pues esta mañana me ha parecido oír disparos de carabina.

Dile las gracias y proseguí mis pesquisas.

En el exterior no veía la menor huella de trabajos; un silencio absoluto reinaba en aquella llanura inculta, a la que construcciones gigantescas debían llevar pronto la vida y el movimiento.

No pudiendo satisfacer mi curiosidad sin penetrar en el recinto, resolví darle la vuelta, para ver si descubría algún medio de acceso.

Mucho tiempo anduve sin tropezar con nada que se pareciera a una puerta.

Asaz malhumorado, llegué a no impetrar del cielo otra cosa que una hendidura, un simple agujero para aplicar el ojo, cuando en un ángulo del cercado vi una porción de tablas derribadas.

Ni un instante vacilé en introducirme en el cercado, hallándome entonces en un terreno devastado; trozos de roca, que la pólvora había arrancado, se hallaban esparcidos aquí y allá; varios montículos de tierra accidentaban el suelo, semejantes a las olas de una mar agitada; llegué, por fin, al borde de una excavación profunda, en cuyo fondo se divisaba una enorme cantidad de huesos.

Tenía, por fin, ante mis ojos el objeto de tanto ruido y de tantos reclamos; nada de curioso tenía, seguramente, el espectáculo; era un amontonamiento de fragmentos óseos de todas clases, rotos en mil pedazos, y hasta la rotura de algunos parecía muy reciente.

No me fue posible reconocer entre ellos las partes más importantes del esqueleto humano, que, según las dimensiones anunciadas, debían ser establecidas bajo una escala monstruosa; sin grandes esfuerzos de imaginación, podía creermme en una fábrica de negro animal, y he ahí todo.

Permanecía yo sumamente confuso, como es fácil presumir; hasta llegaba a imaginarme que era juguete de algún error, cuando percibí, sobre un talud muy trillado por huellas de pasos, algunas gotas de sangre.

Seguí aquellas huellas hasta llegar a la abertura de la empalizada, donde descubrí de pronto nuevas manchas de sangre, en las que al entrar no me había fijado; al lado de esas manchas, un fragmento de papel ennegrecido por la pólvora y que provenía, indudablemente, del taco de un arma de fuego, atrajo mi atención; todo aquello se encontraba de acuerdo con lo que me había dicho el cazador de castores.

Recogí del suelo el trozo de papel, y no sin algunos esfuerzos descifré varias de las palabras que en él estaban trazadas; tratábase de una especie de estado de suministros hechos a *mister* August Hopkins por un tal *mister* Barckley.

Nada indicaba la naturaleza de los objetos suministrados, pero nuevos fragmentos que encontré esparcidos aquí y allá me hicieron comprender de qué se trataba.

Si mi desencanto fue grande, no pude, en cambio, dominar una carcajada irreprimible.

Me hallaba, realmente, en presencia del gigante y de su esqueleto, pero de un esqueleto compuesto de partes sumamente heterogéneas, que habían, en otro tiempo, vivido bajo el nombre de búfalos, de bueyes, de terneras y de vacas, en las llanuras de Kentucky; *mister* Barckley era, sencillamente, un carnicero de Nueva York, que había expedido inmensas cantidades de huesos al célebre *mister* August Hopkins.

Aquellos fósiles no habían intentado nunca, a buen seguro, escalar el Olimpo; sus restos sólo se encontraban en aquel lugar gracias a los cuidados del ilustre *puffista*, que esperaba descubrirlos, por casualidad, al hacer excavaciones para echar los cimientos de palacios que nunca debían existir.

Me hallaba en este punto de mis reflexiones y de mi hilaridad,

que habría sido más sincera si no hubiera sido víctima de aquel increíble *Humbug*, cuando gritos de alegría estallaron en el exterior.

Corrí hacia la brecha y vi a *mister* August Hopkins en persona, que con la carabina en la mano corría dando grandes demostraciones de placer.

Me dirigí hacia él, que no pareció inquietarse por mi presencia en el teatro de sus fechorías.

—¡Victoria!... ¡Victoria! —gritaba.

Los dos negros, Bobby y Dacopa, marchaban a cierta distancia tras él; en cuanto a mí, instruido y aleccionado ya por la experiencia, me puse en guardia, pensando que el audaz mistificador iba a tomarme por el blanco de sus burlas.

—Soy dichoso —dijo— por tener un testigo de lo que me sucede; vea usted un hombre que viene de la caza del tigre.

—¡De la caza del tigre! —repetí yo, bien resuelto a no creerle una palabra.

—Y un tigre rojo —añadió—, o, dicho de otro modo, el coguar, que goza de bien justificada fama de cruel; el diablo del animal penetró en mi cercado, como usted puede observar; destrozó esas barreras, que hasta aquí habían resistido a la curiosidad general, y ha reducido a trozos mi maravilloso esqueleto; prevenido en el acto, no he vacilado en correr en su persecución y acosarlo hasta darle muerte; lo encontré a tres millas de aquí; le miré; fijó sobre mí sus dos ojos feroces y se lanzó con un salto que no pudo acabar más que girando sobre sí mismo, porque lo derribé de un balazo; es éste el primer tiro que he disparado en mi vida; pero, ¡mil diablos!, me reportará algún honor, y no lo daría por un millar de dólares.

—Ahora van a salir los millones —pensé.

En aquel momento llegaban los dos negros arrastrando, efectivamente, un tigre rojo de gran talla, animal casi desconocido en aquella parte de América; no me preocupé de averiguar si Hopkins lo había matado efectivamente o si se le había expedido convenientemente muerto, y hasta disecado, por un Barckley cualquiera, porque me quedé asombrado de la ligereza y la indiferencia con la que el especulador hablaba de su esqueleto; y, sin embargo, era evidente que aquel negocio debía de llevarle costado hasta entonces la friolera de cien mil dólares.

No queriendo hacerle saber que la casualidad me había hecho

dueño del secreto de sus mistificaciones, le dije sencillamente:

—¿Cómo va usted a salir de ese callejón sin salida?

—¡Pardiez! —respondió—. ¿De qué callejón habla usted? Un animal ha destruido el maravilloso fósil, que hubiera causado la admiración del mundo entero, porque era absolutamente único, pero no ha destruido mi prestigio, mi influencia, y conservo el beneficio de mi posición de hombre célebre.

—Pero ¿cómo va usted a arreglárselas con el público entusiasta e impaciente? —pregunté gravemente.

—Diciéndole la verdad, toda la verdad, y nada más que la verdad.

—¡La verdad! —exclamé, deseoso de saber lo que entendía por esta palabra.

—Sin duda —me replicó con la mayor tranquilidad del mundo —; ¿no es cierto que este animal penetró en mi cercado? ¿No es cierto que ha hecho pedazos esas maravillosas osamentas, que tantos esfuerzos me costó extraerlas? ¿No es cierto, por último, que yo le he perseguido y muerto?

—He aquí —decíame yo entre mí— una porción de cosas que yo no juraría.

—El público —continuó diciendo Hopkins— no puede elevar más allá sus pretensiones, puesto que conocerá todo el asunto; hasta llegaré a ganarme con todo esto una reputación de bravura y valentía, y con ella no veo ya qué clase de celebridad me faltará.

—Pero ¿qué le va a reportar la celebridad?

—La fortuna, si sé hacer las cosas; al hombre conocido todas las aspiraciones le están permitidas; puede atreverse a todo y emprenderlo todo. Si Washington hubiese querido enseñar terneras de dos cabezas después de la capitulación de York Town, habría ganado indiscutiblemente mucho dinero.

—Es posible —respondí muy serio.

—Es cierto —replicó August Hopkins—; así es que sólo tengo que elegir qué quiero mostrar, lanzar o exhibir.

—Sí —dije—, la elección es difícil; los tenores están muy gastados, las bailarinas pasaron de moda, los hermanos siameses han muerto y las focas continúan mudas, a despecho de los distinguidos profesores que tratan de educarlas.

—No acudiré a semejantes maravillas; por usados, gastados,

muertos y mudos que estén las focas, los siameses, las bailarinas y los tenores, son todavía bastante buenos para un hombre como yo, que tanto vale por sí mismo; pienso, pues, tener el gusto de verle a usted en París, mi querido señor.

—¿Piensa usted hallar en París ese objeto de poco valor, que debe ilustrarse y enaltecerse por el mérito propio de usted?

—Tal vez —respondió muy serio—; si pongo la mano sobre la hija de alguna portera que no haya podido ser recibida nunca en el Conservatorio, haré de ella la mayor cantante de las dos Américas.

Dicho esto, nos despedimos y me volví a Albany.

Aquel mismo día se supo la terrible noticia; Hopkins fue considerado como un hombre arruinado y se abrieron suscripciones considerables en su favor; todo el mundo se dirigió a Exhibition Park a juzgar de la extensión del desastre, lo que produjo buena cantidad de dólares al especulador; vendió en un precio fabuloso la piel del coguar, que tan oportunamente le había arruinado, y conservó su reputación del hombre más emprendedor del Nuevo Mundo.

Por lo que a mí respecta, regresé a Nueva York, y a Francia luego, dejando a los Estados Unidos poseedores, sin saberlo, de un magnífico *humbug* mio; pero ¡no tienen que molestarse en contarlos!

De todo ello deduje la conclusión de que el porvenir de los artistas sin talento, de los cantantes sin garganta, de las bailarinas sin agilidad y de los saltarines sin nervio sería muy triste si Cristóbal Colón no hubiera descubierto América.

EN EL SIGLO XXIX^[6]

La jornada de un periodista americano en el año 2889

Los hombres de este siglo XXIX viven en medio de una hechicería continua, sin parecer darse cuenta de ello; abrumados de maravillas, permanecen fríos e indiferentes ante las que el progreso les aporta cada día; todo les parece natural; si la comparasen con el pasado, apreciarían mejor nuestra civilización y se darían cuenta del camino recorrido. ¡Cuánto más admirables les parecerían nuestras ciudades modernas, con calles de cien metros de anchas, con casas de trescientos metros de altura, con la temperatura siempre igual y surcado el cielo por millares de aerocoches y aerómnibus!

Al lado de estas nuestras ciudades, cuya población llega a veces a diez millones de habitantes, ¿qué eran aquellos villorrios, aquellas aldehuelas de hace mil años, aquellos París, aquellos Londres, aquellos Berlín, aquellos Nueva York, poblaciones mal aireadas y sucias, por las que circulaban cajas saltonas arrastradas por caballos? —¡sí, sí, caballos; casi parece imposible creerlo!—. Si se representasen el defectuoso funcionamiento de los paquebotes y los trenes, sus frecuentes colisiones y, al propio tiempo, su lentitud, ¡qué valor no concederían los viajeros a los aerotrenes, y, sobre todo, a esos tubos neumáticos arrojados a través de los océanos, y en los cuales se les transporta con una velocidad de mil quinientos kilómetros por hora! ¿No se gozaría, finalmente, más del teléfono y del teléfoto diciéndose que nuestros padres se veían reducidos a aquel aparato antediluviano que ellos llamaban el *telégrafo*?

¡Cosa extraña! Estas sorprendentes transformaciones reposan sobre principios perfectamente conocidos de nuestros abuelos, quienes, por decirlo así, no sacaban de ellos ningún partido; en

efecto: el calor, el vapor, la electricidad, son tan viejos como el hombre; ¿no afirmaban ya los sabios a fines del siglo XIX que la única diferencia entre las fuerzas físicas y químicas reside en un modo de vibración propio a cada una de las partículas del éter?

Toda vez que se había dado ese paso enorme de reconocer el parentesco de todas esas fuerzas, es verdaderamente inconcebible que haya sido menester tanto tiempo para llegar a determinar cada uno de los modos de vibración que las diferencian; es extraordinario, sobre todo, que el medio de pasar directamente de una a otra y de producir las unas sin las otras, haya sido descubierto tan recientemente.

Así, sin embargo, es como han sucedido las cosas, y tan sólo en 2790, hace cien años, fue cuando el célebre Oswald Nyer llegó a ello.

¡Un verdadero bienhechor de la humanidad fue ese gran hombre! Su invento genial fue el padre de todos los demás, una pléyade de inventores brotó de ahí hasta llegar a nuestro extraordinario James Jackson.

A este último es a quien debemos los nuevos acumuladores, que condensan, los unos, la fuerza contenida en los rayos solares; los otros, la electricidad almacenada en el seno de nuestro globo, y aquellos, en fin, la energía procedente de una fuente cualquiera, saltos de agua, vientos, arroyos y ríos, etc. De él nos viene, igualmente, el transformador que, obedeciendo a la orden de una sencilla manivela, toma la fuerza viva en los acumuladores y la devuelve al espacio en forma de calor, de luz, de electricidad, de potencia mecánica, después de haber obtenido el trabajo deseado.

Sí, del día en que fueron imaginados esos dos instrumentos es de cuando data verdaderamente el progreso; ellos han dado al hombre una potencia casi infinita; sus aplicaciones no pueden ya contarse.

Al atenuar los rigores del invierno por la restitución del sobrante de los calores estivales, han revolucionado la agricultura; suministrando la fuerza motriz a los aparatos de navegación aérea, han permitido al comercio tomar un soberbio impulso; a ellos se debe la producción incesante de electricidad sin pilas ni máquinas, la luz sin combustión ni incandescencia, y en fin, esa inagotable fuente de energía que ha venido a centuplicar la producción industrial.

Pues bien: el conjunto de esas maravillas vamos a encontrarlo en un hotel incomparable —el hotel del *Earth Herald*— recientemente inaugurado en la 16 823 avenida.

Si el fundador del *New York Herald*, Gordon Benett, volviese a nacer hoy, ¿qué diría al ver ese palacio de mármol y de oro, que pertenece a su ilustre nieto Francis Benett?

Treinta generaciones se han sucedido, y el *New York Herald* se ha conservado en esta familia de los Benett; hace doscientos años, cuando el gobierno de la Unión fue trasladado de Washington a Centrópolis, el diario siguió al gobierno —a menos que fuera el gobierno quien siguiese al diario—, y tomó por título *Earth Herald*.

Y no se crea que haya peligrado bajo la administración de Francis Benett, no; su nuevo director iba, por el contrario, a darle una potencia y una vitalidad sin iguales, inaugurando el periodismo telefónico.

Conocíase este sistema, hecho práctico por la increíble difusión del teléfono; todas las mañanas, en vez de ser impreso, como en los tiempos antiguos, el *Earth Herald* es *hablado*; en una rápida conversación con un reportero, con un político o con un científico, es como los abonados se enteran de lo que les interesa o puede interesarles; en cuanto a los compradores de números sueltos, se sabe que, por algunos céntimos, conocen el ejemplar del día en innumerables gabinetes fonográficos.

Esta innovación de Francis Benett galvanizó el viejo periódico; en pocos meses su clientela se elevó a ochenta y cinco millones de abonados, y la fortuna del director se elevó también, progresivamente, hasta treinta mil millones, rebasados con mucho en la actualidad; gracias a esta fortuna, Francis Benett ha podido construir su nueva sede, colosal edificio de cuatro fachadas, que mide cada una tres kilómetros, y cuyo techo se cobijó bajo la bandera setenta y cinco veces estrellada de la Confederación.

A estas horas, Francis Benett, rey de los periodistas, sería el rey de las dos Américas, si los americanos pudiesen alguna vez aceptar un soberano cualquiera. ¿Lo dudáis?... Pues sabed que los plenipotenciarios de todas las naciones, y nuestros mismos ministros, se agolpan a su puerta, mendigando sus consejos, solicitando su aprobación, implorando el apoyo de su omnipotente órgano. ¡Contad los científicos a quienes alienta, los artistas que

mantiene, los inventores que subvenciona!

¡Fatigosa realéza la suya!, trabajo sin descanso, y a buen seguro que un hombre de otros tiempos no habría podido resistir semejante labor cotidiana; por fortuna, los hombres de hoy son de constitución más robusta, merced a los progresos de la higiene y de la gimnástica, que de treinta y siete años han hecho subir el término medio de la vida humana a sesenta y ocho, merced asimismo a la preparación de los alimentos asépticos, en espera del próximo descubrimiento del aire nutritivo, que permitirá alimentarse... sin más que respirar.

Y ahora, si os place conocer todo lo que lleva consigo la jornada de un director del *Earth Herald* tomaos la molestia de seguirle en sus múltiples ocupaciones, hoy mismo, el 25 de julio del presente año de 2889.

Francis Benett despertó esta mañana de bastante mal humor; ocho días hace que su mujer está en Francia, y se encuentra un poco solo. ¿Se creará? En los diez años que llevan casados, es ésta la primera vez que *mistress* Edith Benett, la *Professional Beauty*, se ausenta por tanto tiempo; de ordinario, dos o tres días le bastan para sus frecuentes viajes a Europa, y más particularmente a París, donde va a comprarse sus sombreros.

En cuanto despertó Francis Benett hizo funcionar su fonotélfoto, cuyos hilos llegan hasta el hotel que posee en los Campos Elíseos.

El teléfono completado por el télfoto; ¡otra nueva conquista de nuestra época! Si la transmisión de la palabra por medio de las corrientes eléctricas es ya muy antigua, es sólo de ayer el poder transmitir asimismo la imagen; magnífico descubrimiento, a cuyo inventor no fue, seguramente, el último en bendecir Francis Benett cuando vio a su mujer reproducida en un espejo telefótico, a pesar de la enorme distancia que de ella le separaba.

¡Encantadora visión! Un poco fatigada del baile o del teatro de la víspera, *mistress* Benett se halla todavía en cama; aun cuando en París sea cerca del mediodía, sigue durmiendo, reclinada en la almohada su hermosa cabeza.

Mas he aquí que se agita... Sus labios tiemblan... ¿Soñará por ventura?... Un nombre se escapa de su boca: «¡Francis!... ¡Mi querido Francis!».

Su nombre, pronunciado por aquella dulce voz, ha mejorado un tanto el humor de Francis Benett; no queriendo despertar a la linda durmiente, salta con rapidez fuera del lecho y penetra en su vestidor mecánico.

Dos minutos después, sin haber tenido que recurrir a la ayuda de un criado, la máquina le depositaba lavado, afeitado, calzado, vestido y abotonado de arriba abajo, en el umbral de sus oficinas.

La labor cotidiana iba a comenzar.

Donde primeramente penetró Francis Benett fue en la sala de los novelistas-folletinistas.

Esta sala, muy amplia, se halla cubierta por una cúpula translúcida; en un extremo, diversos aparatos telefónicos, por medio de los cuales los cien literatos del *Earth Herald* relatan cien capítulos de cien novelas al público aficionado.

Avisa a uno de los folletinistas que tomase cinco minutos de reposo.

—Muy bien, amigo —le dijo Francis Benett—; muy bien su último capítulo; la escena en que la joven aldeana aborda con su galán algunos problemas de filosofía trascendental, es de una muy fina observación. ¡Nunca han sido mejor pintadas las costumbres campestres! ¡Continúe, y ánimo, mi querido Archibald! ¡Diez mil abonados nuevos desde ayer, y gracias a usted!

—*Mister John Last* —prosiguió, volviéndose hacia otro de sus colaboradores—, ¡estoy menos satisfecho de usted! ¡No es una novela vivida la suya! Corre usted demasiado deprisa al final; pues ¿y los procedimientos documentarios? ¡No es con una pluma con lo que se escribe en nuestros tiempos, es con un bisturí! Cada acción, en la vida real, es la resultante de pensamientos fugitivos y sucesivos, que es preciso especificar con sumo cuidado para crear un ser vivo; y ¡qué cosa más fácil, valiéndose del hipnotismo eléctrico, que desdobra al hombre y separa sus dos personalidades! ¡Observe la vida, mi querido John Last! Imite usted a su colega, a quien felicitaba un momento ha; hágase hipnotizador... ¿Eh?... ¿Dice usted que ya lo hace?... ¡Pues entonces no es lo bastante, no es lo bastante!

Dada esta leccioncita, Francis Benett prosigue su inspección, y penetra en la sala de los reporteros.

Sus mil quinientos reporteros, colocados ante un igual número

de teléfonos, comunicaban entonces a los suscriptores las noticias recibidas durante la noche de los cuatro puntos cardinales; la organización de este incomparable servicio ha sido muchas veces descrita. Además de su teléfono, cada reportero tiene ante sí una serie de conmutadores, que le permiten establecer la comunicación con tal o cual línea telefónica: tienen, pues, los abonados, no solamente el relato, sino la vista de los sucesos; cuando se trata de un suceso pasado ya, en el momento de relatarlo se transmiten sus fases principales, obtenidas por medio de la fotografía intensiva.

Francis Benett interpela a uno de los diez reporteros astronómicos, servicio éste que se aumentará con los recientes descubrimientos en el mundo estelar.

—Y bien, Cash, ¿qué ha recibido usted?

—Fototelegramas de Mercurio, de Venus y de Marte, señor.

—¿Interesante este último?...

—Sí; una revolución en el Imperio Central, en beneficio de los reaccionarios liberales contra los republicanos conservadores.

—¡Como entre nosotros, entonces!... ¿Y de Júpiter?...

—¡Nada aún!... No conseguimos comprender las señales de los jovianos... ¿No les llegarán las nuestras?...

—¡Eso le corresponde a usted y yo le hago responsable de ello, señor Cash! —respondió Francis Benett, que, muy descontento, se dirigió a la sala de redacción científica.

Inclinados sobre sus contadores, treinta científicos se absorbían en ecuaciones del grado noventa y cinco; hasta algunos de ellos se debatían en medio de fórmulas del infinito algebraico, y del espacio de veinticuatro dimensiones, como un chico de la escuela con las cuatro reglas de la aritmética.

Francis Benett cayó entre ellos a la manera de una bomba.

—Y bien, señores, ¿qué me dicen? ¿Ninguna respuesta de Júpiter?... ¡Siempre va a ser lo mismo!... Veamos, Corley, después de veinte años que usted huronea en ese planeta, me parece...

—¡Qué quiere usted, caballero! —respondió el científico interpelado—. Nuestra óptica deja aún mucho que desear, y hasta con nuestros telescopios de tres kilómetros...

—¿Oye usted. Peer? —interrumpe Francis Benett dirigiéndose al vecino de Corley—. ¡La óptica deja que desear! Ésa es su especialidad, amigo. ¡Meta lentes, qué diablo, meta lentes!

Luego, volviéndose a Corley:

—Pero, a falta de Júpiter, ¿obtenemos al menos algún resultado del lado de la Luna?...

—Tampoco, señor Benett, tampoco.

—¡Ah! ¡Esta vez no acusará usted a la óptica! La Luna está seiscientos veces menos alejada que Marte, con el cual, sin embargo, nuestro servicio de correspondencia se halla establecido con toda regularidad... ¡No son los telescopios los que faltan!...

—¡No, pero son los habitantes! —respondió Corley con una fina sonrisilla de científico trufado de XX.

—¿Se atreve usted a afirmar que la Luna está deshabitada?

—Al menos, señor Benett, en la cara que ella nos presenta; ¿quién sabe si del otro lado?

—Pues bien, Corley: hay un medio muy sencillo de asegurarse de ello...

—¿Y cuál?...

—El de dar la vuelta a la Luna.

Y ese día, los científicos de la fábrica Benett investigaron los medios mecánicos que debían producir la vuelta de nuestro satélite.

Por lo demás, Francis Benett tenía motivos para hallarse satisfecho; uno de los astrónomos del *Earth Herald* acababa de determinar los elementos del nuevo planeta Gandini.

A doce trillones, ochocientos cuarenta y un billones, trescientos cuarenta y ocho millones, doscientos ochenta y cuatro mil seiscientos veintitrés metros y siete decímetros, este planeta describe su órbita en torno del Sol, en quinientos setenta y dos años, ciento noventa y cuatro días, doce horas, cuarenta y tres minutos, nueve segundos y ocho décimas de segundo.

Francis Benett quedó encantado ante esta precisión.

—¡Muy bien! —exclamó—. Apresúrese a informar al servicio de reporteros; ya sabe usted con cuánta pasión sigue el público esas cuestiones astronómicas; deseo que la noticia aparezca en el numero de hoy.

Antes de dejar la sala de reporteros, Francis Benett se dirigió hacia el grupo especial de los entrevistadores, interpelando al que estaba encargado de los personajes célebres.

—¿Ha entrevistado usted al presidente Wilcox? —preguntó.

—Sí, señor Benett, y en la columna de las informaciones publico

que, decididamente, de lo que padece es de una dilatación del estómago, y que se entrega a los lavados túbicos más concienzudos.

—Bien; ¿y el asunto del asesino Chapmann?... ¿Ha entrevistado usted a los jurados que deben formar el tribunal?

—Sí, y todos se hallan de acuerdo sobre la culpabilidad, de tal suerte que el asunto no será siquiera enviado ante ellos; el acusado será ejecutado antes de ser condenado.

—¡Perfectamente!... ¡Perfectamente!

La sala adyacente, vasta galería de medio kilómetro de larga, estaba consagrada a la publicidad; y fácil es de imaginar lo que es la publicidad de un diario como el *Earth Herald* produce, por término medio, tres millones de dólares; merced, por lo demás, a un ingenioso sistema, una parte de esta publicidad se propaga de una forma absolutamente nueva, debida a un privilegio de invención comprado por tres dólares a un pobre diablo que se murió de hambre.

Consiste en inmensos carteles reflejados por las nubes, y cuya dimensión es tal, que pueden ser vistos desde toda una región. En aquella galería, mil proyectores estaban, sin cesar, ocupados en enviar a las nubes, que los reproducían en color, esos anuncios verdaderamente desmesurados.

Pero este día, cuando Francis Benett entró en la sala de publicidad, vio que los mecánicos estaban cruzados de brazos al lado de sus proyectores inactivos; se informa... Por toda respuesta se le muestra el cielo, de un azul purísimo.

—Sí... Hermoso tiempo —murmuró—. Y ninguna publicidad aérea posible... ¿Qué hacer? Si no se tratase más que de lluvia, podría producirse; pero no es lluvia, son nubes lo que nos hace falta...

—Sí, hermosas nubes, bien blancas —respondió el mecánico jefe.

—Pues bien, señor Samuel Mark, se dirigirá usted a la redacción científica, servicio meteorológico, y le dirá de mi parte que se ocupe activamente en la cuestión de las nubes artificiales; ¡no se puede, realmente, estar así, a merced del buen tiempo!

Después de haber dado fin a la inspección de las diversas ramas del periódico, Francis Benett pasó al salón de recepción, donde le aguardaban los embajadores y ministros plenipotenciarios

acreditados cerca del gobierno americano, y que iban en busca de los consejos del omnipotente director.

En el momento de penetrar Francis Benett en el salón, se discutía con bastante animación y vivacidad.

—Perdóneme vuestra excelencia —decía el embajador de Francia al embajador de Rusia—, pero no veo que haya nada que cambiar en el mapa de Europa; ¡el norte para los eslavos, sea; pero el mediodía para los latinos! ¡Nuestra común frontera del Rin me parece excelente! Por lo demás, sépalo, mi gobierno resistirá a cualquier empresa que se intente contra nuestras prefecturas de Roma, de Madrid y de Viena.

—¡Bien dicho! —dijo Francis Benett interviniendo en el debate—. ¿Cómo, señor embajador de Rusia, no está usted satisfecho de su vasto imperio, que desde las orillas del Rin se extiende hasta las fronteras de China; un imperio cuyo inmenso litoral bañan el océano Glacial Ártico, el Atlántico, el Mar Negro, el Bósforo, el océano Índico? Y luego, ¿a qué esas amenazas? ¿Es posible la guerra con los inventos modernos, esos obuses asfixiantes, que se envían a distancias de cien kilómetros; esas chispas eléctricas, de veinte leguas de largas, que pueden, de un solo golpe, reducir a la nada a todo un cuerpo de ejército, y esos proyectiles que se cargan con los microbios de la peste, del cólera, de la fiebre amarilla, y que destruirían una nación entera en pocas horas?

—Ya lo sabemos, señor Benett —respondió el embajador de Rusia—, pero no siempre puede hacerse lo que se quiere... Empujados nosotros mismos por los chinos sobre nuestra frontera oriental, necesitamos, cueste lo que cueste, intentar algún esfuerzo hacia el oeste...

—¿No es más que eso, señor? —repuso Francis Benett en tono protector—. Pues bien: ya que la condición prolífica china constituye un peligro para el mundo, pesaremos sobre el Hijo del Cielo: será menester que imponga a sus súbditos un máximo de natalidad, que no puedan rebasar bajo pena de muerte. ¿Que hay un niño más?... ¡Pues un padre de menos! Así se compensará... Y usted, caballero —dijo el director del *Earth Herald* dirigiéndose al cónsul de Inglaterra—, ¿qué puedo hacer en su servicio?

—Mucho, señor Benett —respondió aquel personaje—. Bastaría con que su periódico quisiera emprender una campaña en nuestro

favor...

—¿Y a propósito de qué?...

—Sencillamente, para protestar contra la anexión de Gran Bretaña a los Estados Unidos...

—¡Así, sencillamente! —exclamó Francis Benett, encogiéndose de hombros—. ¡Una anexión que tiene ya ciento cincuenta años de antigüedad!... Pero ¿no se resignarán nunca los señores ingleses a que, por un justo retorno de las cosas de aquí abajo, su país se haya convertido en colonia americana?... ¡Eso es una locura! ¿Cómo ha podido creer su gobierno que iba yo a emprender esta antipatriótica campaña?...

—Señor Benett, la doctrina de Monroe es que América para los americanos, pero nada más que América, y no...

—Pero Inglaterra no es más que una de nuestras colonias, caballero, una de las más hermosas. No cuenten ustedes con que consintamos nunca en devolverla.

—¿Rehúsa usted?

—Rehúso, y si insiste, haremos nacer un *casus belli* nada más que sobre la entrevista de uno de nuestros reporteros.

—¡Esto es, pues, el acabóse! —murmuró el cónsul inglés aplanado—. El Reino Unido, el Canadá y la Nueva Bretaña son de los americanos; las Indias son de los rusos; Australia y Nueva Zelanda son de sí mismas... De todo lo que en otro tiempo fue Inglaterra, ¿qué nos queda?... ¡Nada ya!

—¿Cómo nada? —replicó Francis Benett—. ¿Y Gibraltar?...

Las doce daban en aquel instante.

El director del *Earth Herald* dando fin a la audiencia con un gesto, abandonó el salón, se sentó en un sillón móvil y alcanzó en pocos minutos su comedor, situado a un kilómetro de allí, en el extremo del complejo.

La mesa está preparada y Francis Benett toma asiento ante ella. Al alcance de su mano se halla dispuesta una serie de botones, y ante él se encuentra la luna de un fonoteléfoto, sobre la cual aparece el comedor de su hotel de París.

A pesar de la diferencia de horas, *mister* y *mistress* Benett se han puesto de acuerdo para almorzar al mismo tiempo; nada tan hermoso como encontrarse así, frente a frente, a pesar de la distancia, verse y hablarse por medio de los aparatos

fonotelefónicos.

Pero en este momento la habitación de París está vacía.

—¿Se habrá retrasado Edith! —díjose Francis Benett—. ¡Oh, la puntualidad de las mujeres! Todo progresa excepto eso...

Y haciendo esta justísima reflexión, oprimió uno de los botones.

Como todas las personas de su posición en esta época, Francis Benett, renunciando a la cocina doméstica, es uno de los abonados de la gran Sociedad de alimentación a domicilio. Esta sociedad distribuye, por medio de una red de tubos neumáticos, manjares de mil clases; el sistema, indudablemente, es costoso, pero la cocina es mejor, y tiene además la ventaja de que suprime la raza horripilante de los cocineros de ambos sexos.

Francis Benett almorzó, por consiguiente, solo, no sin algún pesar; estaba terminando de tomar el café cuando *mistress* Benett, entrando en su casa, apareció en la luna del teléfono.

—¿De dónde vienes, mi querida Edith? —preguntó Francis Benett.

—¡Toma! —respondió *mistress* Benett—. ¿Ya has acabado?... ¿Me he retrasado entonces?... ¿Que de dónde vengo?... Pues de casa de mi modista... ¡Hay este año sombreros maravillosos! En realidad, antes que sombreros son cúpulas... ¡Y me habré distraído un poco!...

—Un poco, sí, querida... Tanto que ya ves, he terminado mi almuerzo...

—Pues bien: vete, amigo mío, ve a tus ocupaciones —respondió *mistress* Benett—. Tengo todavía que hacer una visita a mi costurero-modelador.

Y ese costurero era nada menos que el célebre Wormspire, aquel que tan juiciosamente ha dicho: «La mujer no es más que una cuestión de formas».

Francis Benett besó la mejilla de *mistress* Benett, en la luna del teléfono, y se dirigió hacia la ventana, donde le aguardaba su coche aéreo.

—¿Adonde va, señor? —preguntó el *aerocoachman*.

—Veamos... Tengo tiempo —respondió Francis Benett—. Llévame a mis fábricas de acumuladores del Niágara.

El coche aéreo, máquina admirable, fundada sobre el principio de más pesado que el aire, se lanzó a través del espacio a razón de

seiscientos kilómetros por hora.

Bajo él desfilaban las ciudades, con sus aceras movibles, que transportan a los transeúntes a lo largo de las calles, y los campos recubiertos como de una tela de araña, con la red de hilos eléctricos.

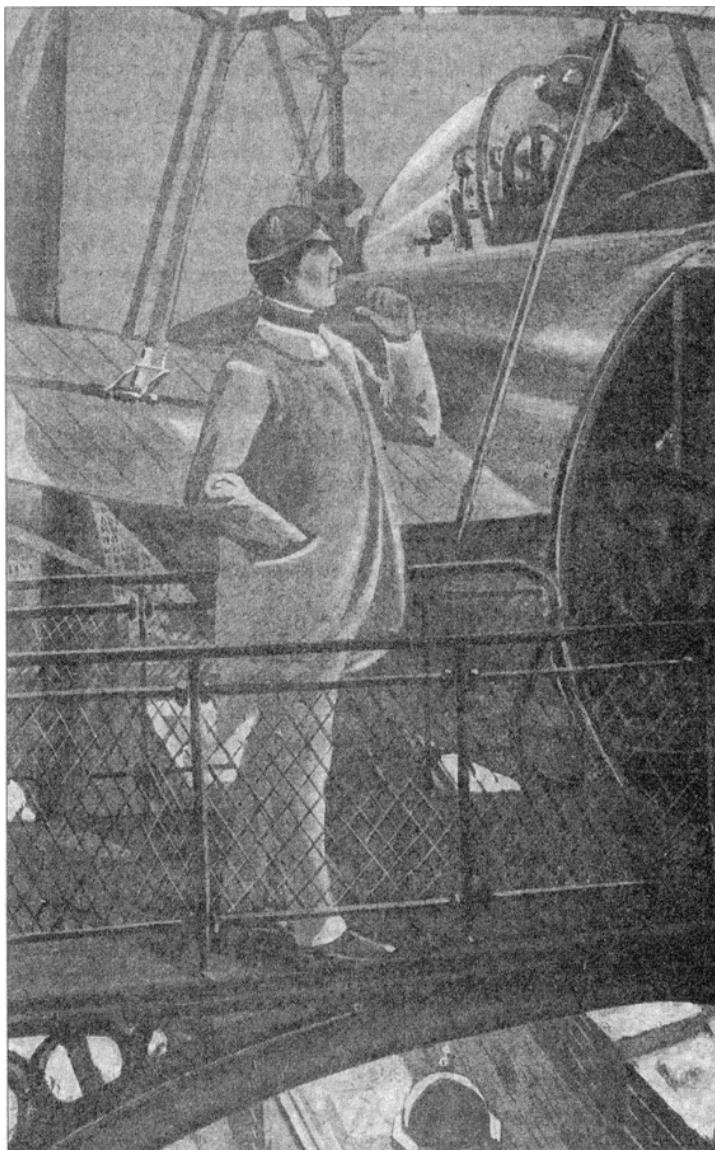
En media hora llegó Francis Benett a su fábrica del Niágara, en la cual, después de haber utilizado la fuerza de las cataratas para producir la energía, la vende, o la alquila, a los consumidores.

Luego, una vez terminada su visita, regresó por Filadelfia, Boston y Nueva York a Centrópolis, donde su coche aéreo le dejó a las cinco.

Había una verdadera muchedumbre en la sala de espera del *Earth Herald*, esperando el regreso de Francis Benett para la audiencia diaria que concede a los solicitantes. Eran éstos inventores en busca de capitales y agentes de negocios que proponían operaciones excelentes todas, a juicio suyo; entre esas diversas proposiciones hay que hacer una elección, rechazando las malas, sometiendo a examen las dudosas y acogiendo las buenas.

Francis Benett despidió rápidamente a todos aquellos que no aportaban más que ideas inútiles o impracticables.

¿No tenía el uno la pretensión de hacer revivir la pintura, ese arte caído en tal desuso, que el *Angelus* de Millet acababa de ser vendido en quince dólares; debido esto a los progresos de la fotografía en colores, inventada a fines del siglo XX por el japonés Aruziswa-Rio-chi-Nichome-Samjukamboz-Kio-Baski-Ku, cuyo nombre ha llegado a ser tan fácilmente popular?



¿No afirmaba el otro haber encontrado el bacilo biógeno, que debía hacer al hombre inmortal, después de introducido en el organismo humano?

¿No acababa éste, un químico, de descubrir un cuerpo nuevo, el *Mihilium*, cuyo gramo no costaba más que tres millones de dólares?

¿No tenía el otro, un audaz médico, la pretensión de poseer un

específico contra el reuma del cerebro?

Todos estos soñadores fueron prontamente despachados.

Algunos otros recibieron mejor acogida, y primeramente un joven, cuya frente, amplia y despejada, revelaba viva inteligencia.

—Caballero —dijo—, si en otro tiempo se contaban setenta y cinco cuerpos simples, ese número se ha reducido hoy, como usted sabe, a tres.

—Perfectamente —respondió Francis Benett.

—Pues bien, caballero: yo estoy a punto de reducir esos tres a uno solo si no me falta el dinero, dentro de algunas semanas lo habré conseguido.

—¿Y entonces?...

—Entonces, señor mío, sencillamente habré determinado el absoluto.

—¿Y la consecuencia de ese descubrimiento?...

—Será la creación fácil de toda materia, piedra, madera, metal, fibrina...

—¿Pretenderá usted llegar a fabricar una criatura humana?

—Enteramente... ¡No faltará más que el alma!

—¡Una bicoca! —respondió irónicamente Francis Benett, que agregó, sin embargo, al joven químico a la redacción científica del periódico.

Un segundo inventor, basándose en antiguas experiencias, que databan del siglo XIX, renovadas frecuentemente después, tenía la idea de trasladar una ciudad entera en bloque; tratábase, especialmente, de la ciudad de Saaf, situada a unas quince millas del mar, y que se transformaría en estación balnearia, después de haberla llevado sobre raíles hasta el mar, de lo cual se derivaría un aumento grande en valor de los terrenos.

Francis Benett, seducido por este proyecto, consintió en ir a medias en el negocio.

—Sabe usted, caballero —díjole un tercer postulante—, que, merced a nuestros acumuladores y transformadores solares y terrestres, hemos podido igualar las estaciones; yo me propongo hacer algo mejor todavía: transformemos en calor una parte de la energía de que disponemos, y enviemos ese calor a las regiones polares, cuyos hielos podrá fundir...

—Déjeme usted sus proyectos —respondió Francis Benett—, y

vuelva dentro de ocho días...

Finalmente, un cuarto científico llevaba la noticia de que una de las cuestiones que apasionaban al mundo entero iba a ser resuelta aquella misma tarde.

Sabido es que, hace un siglo, una atrevida experiencia había atraído la atención pública sobre el doctor Nathaniel Faithburn.

Partidario convencido de la hibernación humana, es decir, de la posibilidad de suspender las funciones vitales y hacerlas renacer más tarde, después de un determinado tiempo, habíase él decidido a experimentar sobre sí mismo la excelencia de su método; después de haber indicado por medio de un testamento ológrafo las operaciones propias para volverle a la vida a los cien años, día por día habíase sometido a un frío de ciento setenta y dos grados; reducido entonces al estado de momia, el doctor Faithburn había sido encerrado en un sepulcro para permanecer en él el tiempo convenido.

Ahora bien: precisamente ese día, el 25 de julio de 2889, era cuando expiraba el plazo, y se venía a ofrecer a Francis Benett el proceder, en uno de los salones del *Earth Herald* a la resurrección, tan impacientemente esperada; el público, de esta suerte, podía ser puesto al corriente de segundo en segundo.

La proposición fue aceptada, y como la operación no podía realizarse antes de las diez de la noche, Francis Benett fue a tenderse en el salón de audición sobre un diván; luego, haciendo girar un botoncito, se puso en comunicación con el Central Concert.

Tras una jornada tan ocupada, ¡qué encanto encuentra en las obras de nuestros mejores maestros, basadas, como todo el mundo sabe, en una sucesión de deliciosas fórmulas armónico-algebraicas!

Habíase hecho de noche, y, sumido en un sueño semiestático, Francis Benett se había abstraído del exterior, cuando, de pronto, se abrió una puerta.

—¿Quién va? —dijo, oprimiendo un conmutador colocado bajo su mano.

En el acto, y mediante una sacudida eléctrica producida sobre el éter, el aire se trocó luminoso.

—¡Ah, es usted, doctor! —dijo Francis Benett.

—Yo mismo —respondió el doctor Sam, que acudía a hacer su diaria visita (abono anual)—. ¿Cómo va?

—Bien.

—Tanto mejor... Veamos esa lengua.

Y la miró con el microscopio.

—Buena... A ver el pulso.

Y le aplicó un pulsógrafo, análogo a los instrumentos que registran las oscilaciones y trepidaciones del suelo.

—Excelente... ¿Y el apetito?

—¡Hum!

—Sí, el estómago... ¡No marcha bien el estómago!... ¡Envejece el estómago!... Decididamente, va a ser preciso ponerle uno nuevo.

—Ya veremos —respondió Francis Benett—; entretanto; doctor, va usted a comer conmigo.

Durante la comida se estableció la comunicación fonotelefónica con París; esta vez, *mistress* Benett estaba ante su mesa, y la comida estuvo salpicada con las agudezas del doctor Sam; fue encantadora.

Luego, una vez terminada, preguntó Francis Benett:

—¿Cuándo piensas volver a Centrópolis, mi querida Edith?

—Voy a partir al instante.

—¿Por el tubo, o por el tren aéreo?

—Por el tubo.

—¿Cuándo estarás aquí?

—A las once y cincuenta y nueve de la noche.

—¿Hora de París?

—No, no; hora de Centrópolis.

—Hasta luego, pues, y, sobre todo, no pierdas el tubo.

Fistos tubos submarinos, por los que se viene de Europa en doscientos cincuenta y cinco minutos, son, en efecto, infinitamente preferibles a los trenes aéreos, que no hacen más de mil kilómetros por hora.

Tras retirarse el doctor, después de haber prometido volver para asistir a la resurrección de su colega Nathaniel Faithburn, Francis Benett, queriendo despachar sus cuentas del día, pasó a su gabinete.

Operación verdaderamente enorme, cuando se trata de una empresa cuyos gastos diarios se elevan a ochocientos mil dólares; por fortuna, los progresos de la mecánica moderna facilitan, de manera singular, esta clase de trabajo; con la ayuda del piano-contador eléctrico, pronto dejó Francis Benett terminada su tarea.

Era tiempo; apenas había golpeado la última tecla del aparato

totalizador, cuando su presencia era reclamada en el salón de la experiencia.

Dirigióse allí enseguida, siendo acogido por un numeroso cortejo de científicos, a los que se había unido el doctor Sam.

El cuerpo de Nathaniel Faithburn estaba allí, en su caja, colocada en medio de la sala.

Funciona el teléfoto; el mundo entero va a poder seguir las diversas fases de la operación.

Se abre el féretro... Sácase de él a Nathaniel Faithburn... Sigue hecho una momia, amarillo, duro, seco; resuena como una tabla... Se le somete al calor... A la electricidad... Ningún resultado... Se le hipnotiza... Se le sugestiona... Nada es capaz de sacarle de aquel estado ultracataléptico...

—¿Y bien, doctor Sam?... —pregunta Francis Benett.

El doctor se inclina sobre el cuerpo, y lo examina con la más viva atención. Introdúcele, por medio de una inyección hipodérmica, unas cuantas gotas del famoso elixir Brown-Sequard, que está todavía de moda... La momia sigue tan momificada como antes.

—Pues bien —responde el doctor Sam—, creo que la hibernación ha sido demasiado prolongada...

—¡Ah, ah!...

—Y que Nathaniel Faithburn está muerto.

—¿Muerto?

—Tan muerto como se puede estar...

—¿Y desde cuándo?

—¿Desde cuándo? —responde el doctor Sam—. Pues... desde hace cien años; es decir, desde que tuvo la desdichada idea de hacerse congelar por amor de la ciencia.

—Entonces —dijo Francis Benett—, se trata de un método que necesita ser perfeccionado.

—Perfeccionado, ésa es la palabra —dijo el doctor Sam, en tanto que la comisión científica de hibernación se llevaba su fúnebre fardo.

Francis Benett, seguido del doctor Sam, se volvió a su habitación, y como parecía hallarse muy fatigado, tras una jornada tan bien empleada, el doctor le aconsejó que tomase un baño antes de acostarse.

—Tiene usted razón, doctor; eso me entonará.

—Entonces, señor Benett, si usted quiere, mandaré que lo preparen al salir.

—Es inútil, doctor; siempre hay un baño preparado en el hotel, y ni siquiera tengo que tomarme la molestia de salir fuera de mi habitación; sin más que oprimir este botoncito, la bañera va a ponerse en movimiento, y usted la verá presentarse sola, con el agua a la temperatura de treinta y siete grados.

Francis Benett acababa de apretar el botón; percíbase un ruido sordo, que va en aumento... Enseguida se abre una de las puertas y aparece la bañera, deslizándose sobre sus raíles.

¡Cielos!...

Mientras el doctor Saín se cubre la cara, leves gritos de pudor alarmado se escapan de la bañera...

Llegada media hora antes al hotel por el tubo transoceánico, *mistress* Benett se encontraba dentro...

Al día siguiente, 26 de julio de 2889, el director del *Earth Menti* comenzaba de nuevo su paseo de veinte kilómetros a través de sus oficinas, y al llegar la noche, cuando su totalizador hubo operado, arrojó como beneficio de aquel día doscientos cincuenta mil dólares: cincuenta mil más que el día anterior.

¡Un bonito oficio, el oficio de periodista a fines del siglo XXIX!

EL ETERNO ADAN^[7]

El *zartog* Sofr-Ai-Sr, es decir, «el doctor, tercer representante masculino de la centésima primera generación de la línea de los Sofr», seguía a paso lento la principal calle de Basidra, capital de Hars-Iten-Schu, o, dicho de otro modo, «el Imperio de los Cuatro Mares». Cuatro mares, en efecto: la Tubelona o septentrional, la Ehona o austral, la Spona u oriental y la Merona u occidental, limitaban aquella vasta región, de forma muy irregular, cuyas puntas extremas (contando según las medidas conocidas del lector) alcanzaban en longitud el cuarto grado este y el sesenta y dos oeste, y en latitud el cincuenta y cuatro grado norte y el cincuenta y cinco sur.

En cuanto a la extensión respectiva de esos mares, ¿cómo evaluarla, aunque fuese de una manera aproximada, uniéndose, como se unían, todos ellos, de tal suerte que un navegante, dejando cualquiera de sus orillas, y bogando siempre hacia adelante, habría necesariamente llegado a la orilla diametralmente opuesta?...

Porque sobre toda la superficie del globo no existía más tierra que la de Hars-Iten-Schu.

Marchaba Sofr a pasos lentos, en primer lugar, porque hacía mucho calor; se entraba entonces en la estación cálida, y en Basidra, situada al borde de la Spona-Schu o mar oriental, a menos de veinte grados al norte del ecuador, una terrible catarata de rayos caía del sol, próximo entonces al cénit.

Pero más que la lasitud y el calor, el peso de los pensamientos era lo que hacía más lento el andar de Sofr, el sabio *zartog*; sin dejar de enjugarse la frente con mano distraída, evocaba el recuerdo de la sesión que acababa de terminar, en la que tantos elocuentes oradores, entre los que tenía el honor de contarse, habían celebrado, de un modo magnífico, el centésimo nonagésimo quinto aniversario de la fundación del Imperio.

Habían los unos trazado su historia, es decir, la historia de la humanidad entera; habían mostrado la Mahart-Iten-Schu (la Tierra de los Cuatro Mares) dividida, en su origen, entre un número inmenso de pueblos salvajes, que se desconocían unos a otros; a esos pueblos se remontaban las más antiguas tradiciones; en cuanto a los hechos anteriores, nadie los conocía, y apenas si las ciencias naturales comenzaban a discernir un débil resplandor en las tinieblas impenetrables del pasado; en todo caso, esos tiempos primitivos escapaban a la crítica histórica, cuyos primeros rudimentos se componían de esas vagas nociones relativas a los antiguos pueblos dispersos.

Durante más de ocho mil años, la historia, gradualmente más completa y más exacta, de la Mahart-Iten-Schu, no relataba más que combates y guerras, primeramente de individuo a individuo, de familia a familia luego, y por fin, de tribu a tribu; pues cada uno de los seres vivientes, cada una de las colectividades mayores o menores, no tenía, a través de las edades, otro objetivo que el de asegurarse la supremacía sobre sus competidores, esforzándose con varia, y a veces contraria fortuna, por someterlos a sus leyes.

Después de esos ocho mil años, los recuerdos de los hombres se precisaban un poco.

Al comienzo del segundo período de los cuatro en que se dividían comúnmente los anales de la Mahart-Iten-Schu, la leyenda comenzaba a merecer, con más justicia, el nombre de historia; por lo demás, historia o leyenda, la materia de los relatos no cambiaba apenas; siempre eran guerras y matanzas —no ya, es cierto, de tribu a tribu, sino de pueblo a pueblo—, de tal suerte, que este segundo período no era, al fin y al cabo, muy diferente, en lo fundamental y esencial, del primero.

Y lo mismo acontecía respecto al tercero, cerrado doscientos años antes, apenas después de haber durado cerca de seis siglos; tal vez había sido más atroz todavía esta tercera época, durante la cual, agrupados en ejércitos innumerables, los hombres, con una rabia insaciable, habían regado la tierra con su sangre.

Un poco menos de ocho siglos, en efecto, antes del día en que el *zartog* Soft seguía la calle principal de Basidra, la humanidad se había encontrado dispuesta para las grandes convulsiones; en aquel momento, las armas, el fuego, la violencia, habían realizado ya una

parte de la obra necesaria, y habiendo sucumbido los débiles ante los fuertes, los hombres que poblaban la Mahart-Iten-Schu formaban tres naciones homogéneas, en cada una de las cuales el tiempo había atenuado las diferencias entre vencedores y vencidos de otro tiempo.

Entonces fue cuando una de las naciones había acometido la empresa de someter a sus vecinos. Situados hacia el centro de la Mahart-Iten-Schu, los Andarti-Ha-Sammgor, u Hombres de Cara de Bronce, lucharon sin tregua para ensanchar sus fronteras, entre las que se ahogaba su ardorosa y prolífica raza.

Unos tras otros, a costa de guerras seculares, fueron vencidos los Andartí-Mahart-Horris (los Hombres del País de la Nieve), que habitaban las regiones del Sur, y los Andarti-Mitra-Psul (los Hombres de la Estrella Inmóvil), cuyo Imperio estaba situado hacia el norte y hacia el oeste.

Cerca de doscientos años habían transcurrido desde que la última revuelta de estos dos últimos pueblos había sido ahogada en torrentes de sangre, y la tierra había, por fin, llegado a conocer una era de paz.

Este era el cuarto período de la historia.

Reemplazando un solo Imperio a las tres naciones de otro tiempo, y obedeciendo todos a la ley de Basidra, la unidad política tendía a la fusión de las razas; nadie hablaba ya de los Hombres de la Cara de Bronce, de los Hombres del País de la Nieve, de los Hombres de la Estrella Inmóvil, y la tierra no contaba más que con un pueblo único, los Andarft'-Iten-Schu (los Hombres de los Cuatro Mares), que resumía a todos los otros en sí.

Mas he aquí que tras doscientos años de paz, un quinto período parecía anunciarse.

Tristes y lamentables rumores, procedentes no se sabía de dónde, circulaban ya desde hacía algún tiempo; habían aparecido pensadores, para despertar en las almas recuerdos ancestrales, que habrían podido creerse abolidos; el antiguo sentimiento de la raza resucitaba bajo una forma nueva, caracterizada por palabras también nuevas. Se hablaba corrientemente de atavismo, de afinidades, de nacionalidades, etc., vocablos todos de creación reciente, que respondiendo, como respondían, a una necesidad, habían adquirido enseguida carta de naturaleza, derecho de

ciudadanía.

Siguiendo las comunidades de origen, de aspecto físico, de tendencias morales, de intereses o pura y simplemente de región y de clima, aparecían agrupaciones que se veían aumentar y extenderse, y consolidarse de día en día, y que comenzaban a agitarse. ¿En qué sentido se dirigiría esta evolución naciente? ¿Se desagregaría el Imperio apenas formado? ¿Iría a ser dividida la Mahart-Iten-Schu, como en otro tiempo, en un gran número de naciones, o sería todavía preciso, para mantener y conservar la unidad, recurrir nuevamente a las espantosas hecatombes que durante tantos milenios habían hecho de la tierra una verdadera carnicería?

Sofr, con un movimiento de cabeza, rechazó estos pensamientos; ni él ni nadie conocía, ni podía conocer, el porvenir. ¿Por qué, pues, entristecerse y apenarse de antemano por acontecimientos inciertos?

Por otra parte, no era éste el día de pensar en siniestras hipótesis; el día debía consagrarse a la alegría, y sólo debía pensarse en la grandeza augusta de Mogar-Si, duodécimo emperador del Hars-Iten-Schu, cuyo cetro conducía el universo a gloriosos destinos.

Por añadidura, no faltaban las razones para alegrarse a un *zartog*; aparte del historiador que había trazado los fastos de la Mahart-Iten-Schu, una pléyade de sabios, con ocasión del gran aniversario, habían establecido, cada uno dentro de su especialidad, el balance del saber humano, y marcado el punto al que sus esfuerzos seculares habían conducido a la humanidad.

Ahora bien: si el primero había sugerido, hasta cierto punto, tristes reflexiones, refiriendo por qué camino, lento y tortuoso, se había evadido de su bestialidad originaria, los otros, en cambio, habían dado alimento y pábulo al legítimo orgullo de su auditorio.

Sí, en realidad incitaba a la admiración la comparación entre lo que era el hombre, llegando inerte y desnudo a la tierra, y lo que era a la sazón.

Durante muchos siglos, y a pesar de sus discordias y sus odios fraticidas, ni por un instante se había interrumpido la lucha contra la Naturaleza, aumentando sin cesar la extensión de su victoria; lenta al principio, su marcha triunfal se había acelerado

extraordinariamente desde doscientos años antes, habiendo provocado un maravilloso desenvolvimiento científico la estabilidad de las instituciones políticas y la paz universal; la humanidad había vivido con el cerebro y no solamente con los miembros; había reflexionado en lugar de agotarse en guerras incesantes, y por eso, en el transcurso de los dos últimos siglos había avanzado, con un paso más rápido cada vez, hacia el conocimiento y hacia el dominio de la naturaleza material.

Sin dejar de seguir, bajo los ardorosos rayos del sol, la larga calle de Basidra, bosquejaba a grandes rasgos Sofr, en su espíritu, el cuadro de las conquistas del hombre.

Había éste, en primer término —y esto se perdía ya en la noche de los tiempos—, imaginado la escritura con el fin de fijar el pensamiento; luego —el invento se remontaba a más de quinientos años atrás— había encontrado el medio de extender la palabra escrita en un número infinito de ejemplares, con ayuda de un molde dispuesto y arreglado de una vez para siempre; de este invento era, en realidad, de donde se derivaban todos los demás; gracias a él, los cerebros habían entrado en ebullición, y la inteligencia de cada uno había visto aumentado su caudal con el caudal del vecino, y los descubrimientos, lo mismo en el orden teórico que en el práctico, se habían multiplicado extraordinariamente; en la actualidad, era totalmente imposible enumerarlos.

El hombre había penetrado en las entrañas de la Tierra y extraído la hulla generosa, dispensadora de energía calorífica; había liberado la fuerza latente del agua, y el agua movía pesados convoyes o accionaba innumerables máquinas poderosas; gracias a esas máquinas podía el hombre tejer las fibras vegetales y trabajar a su gusto los metales, el mármol y la roca.

En un dominio menos concreto, o cuando menos de una utilización menos directa y menos inmediata, iba gradualmente penetrando el misterio de los números y exploraba constantemente el infinito de las verdades matemáticas; por ellas, su pensamiento había recorrido el cielo; sabía que el Sol no es más que una estrella que gravita a través del espacio, según leyes rigurosas, arrastrando los siete planetas^[8] de su cortejo en su órbita inflamada.

Conocía el arte ya de combinar ciertos cuerpos para formar otros nuevos sin nada de común con los primeros, ya de dividir otros

cuerpos en sus elementos constitutivos y primordiales; sometía a análisis el sonido, el calor, la luz, y comenzaba a determinar sus leyes y naturaleza.

Cincuenta años antes había aprendido a producir esa fuerza de que el trueno y el rayo son manifestaciones terribles, y enseguida había hecho de ella su esclava; ya este agente misterioso transmitía a incalculables distancias el pensamiento escrito; mañana transmitiría el sonido, y al otro día, sin duda, la luz^[9].

Sí, el hombre era grande, más grande que el universo inmenso, al que en día no lejano mandaría como amo.

Entonces, para poseer la verdad integral, faltaba por resolver este último problema: «Este hombre, dueño del mundo, ¿quién era? ¿De dónde venía? ¿Hacia qué fines desconocidos tendía su incansable esfuerzo?».

Este asunto era, precisamente, el que el sabio *zartog* Sofr acababa de tratar durante la ceremonia que había tenido lugar, y de que a la sazón salía.

Cierto que no había hecho más que desflorarlo, porque semejante problema era actualmente insoluble, y así, indudablemente, continuaría durante algún tiempo; algunos vagos resplandores comenzaban, con todo, a esclarecer el misterio; y de esos resplandores no era el *zartog* Sofr quien había proyectado los menos potentes, cuando, al sistematizar y codificar las pacientes observaciones de sus predecesores y sus consideraciones personales, había llegado a su ley de la evolución de la materia viviente, ley universalmente admitida entonces, y que no encontraba ya ni un solo contradictor.

Esta teoría reposaba sobre una triple base.

Sobre la ciencia geológica, primeramente, ciencia que, nacida en el momento en que se había penetrado en las entrañas de la Tierra, se había perfeccionado siguiendo el desarrollo de las explotaciones mineras; la corteza del globo era tan perfectamente conocida, que se atrevían a fijar su edad en cuatrocientos mil años, y en veinte mil años la de la Mahart-Iten-Schu, según existía en la actualidad.

Antes, este continente dormía sobre las aguas del mar; ¿en virtud de qué mecanismo había brotado fuera de las olas? Sin duda a consecuencia de una contracción del globo enfriado; como quiera que fuese, la emersión de la Mahart-Iten-Schu debía considerarse

como cierta.

Las ciencias naturales habían suministrado a Sofr los otros dos fundamentos de su sistema, desmostrándole el estrecho parentesco de las plantas entre sí y de los animales unos con otros también.

Sofr había ido más lejos; había probado hasta la evidencia que casi todos los vegetales existentes se ligaban a una planta marina, su antepasada, y que casi todos los animales, terrestres o aéreos, derivaban de animales marinos; por una lenta, pero incesante evolución, habíanse éstos adaptado, poco a poco, a condiciones de vida, parecidas al principio, pero más desemejantes después de su vida primitiva, y de período en período habían dado nacimiento a la mayor parte de las formas vivientes que poblaban la tierra y el cielo.

Desgraciadamente, esta ingeniosa teoría no era inatacable; que los seres vivientes del orden animal o vegetal procedieran de antepasados marinos, parecía incontestable para casi todo el inundo, aun cuando no para todos, unánimemente; existían, en efecto, algunas plantas y algunos animales que parecía imposible reducir a formas acuáticas; ahí se encontraba uno de los dos puntos débiles del sistema.

El hombre —Sofr no lo disimulaba—, era el otro punto débil.

Ninguna aproximación era posible entre el hombre y los animales; cierto que las funciones y las propiedades primordiales, tales como la respiración, la nutrición, la movilidad, eran las mismas y se realizaban o se revelaban sensiblemente de análoga manera; pero un abismo infranqueable subsistía entre las formas exteriores, el número y la disposición de los órganos.

Si, pues, por una cadena, de la que, en realidad, faltaban pocos eslabones, podía reducirse la gran mayoría de los animales a antepasados salidos del mar, semejante filiación era inadmisibile en lo que concernía al hombre.

Para conservar, por consiguiente, intacta la teoría de la evolución, se estaba en la ineludible necesidad de imaginar gratuitamente la hipótesis de una raíz común a los habitantes de las aguas y al hombre, raíz cuya existencia anterior nada, nada absolutamente demostraba.

Durante algún tiempo había abrigado Sofr la esperanza de encontrar en el suelo argumentos favorables a sus preferencias; por

instigación suya, y bajo su dirección, se habían hecho excavaciones durante una larga serie de años, empero para llegar a resultados diametralmente opuestos a los que de ellas esperaba su promotor.

Después de haber atravesado una delgada película de humus, formada por la descomposición de plantas y animales, semejantes o análogos a los que se veían a diario, se había llegado a la espesa capa de limo, en la que los vestigios del pasado habían cambiado de naturaleza.

Nada había ya en ese limo de la fauna y la flora existentes, sino una masa colosal de fósiles exclusivamente marinos, y cuyos congéneres vivían aún con gran frecuencia en los océanos que rodeaban la Mahart-Iten-Schu.

¿Qué debía inferirse de ahí, sino que los geólogos tenían razón al profesar que el continente había servido en otro tiempo de fondo a esos mismos océanos, y que Sofr no se había equivocado tampoco al afirmar el origen marino de la fauna y de la flora contemporáneas? Puesto que, salvo excepciones, tan raras que se tenía el derecho de considerarlas como monstruosidades, las formas acuáticas y las formas terrestres eran las únicas cuya huella se encontraba, éstas necesariamente habían sido engendradas por aquéllas.

Por desgracia para la generalización del sistema, se hicieron todavía nuevos descubrimientos; esparcidas en todo el espesor del humus y hasta en la parte más superficial del limo, fueron descubiertas innumerables osamentas humanas; nada de excepcional había en la estructura de esos esqueletos o fragmentos de esqueletos, y Sofr tuvo que renunciar a esperar de ellos los organismos intermediarios cuya existencia afirmaba la teoría; aquellos huesos eran huesos de hombre, ni más ni menos.

No tardó, sin embargo, en comprobarse una particularidad bastante digna de nota: hasta cierta antigüedad, que podía a grandes rasgos evaluarse en dos o tres mil años, cuanto más antiguo era el osario, más pequeños eran los cráneos descubiertos; por el contrario, pasado ese período, la progresión se cambiaba, y a partir de entonces, cuanto más se retrocedía en el pasado, más aumentaba la capacidad de los cráneos, y por consiguiente, las dimensiones de los cerebros que contenían, o mejor dicho, que habían contenido.

El máximo se encontró, precisamente, entre los restos —muy

raros por lo demás— hallados en la superficie de la capa de limo; el examen concienzudo de esos venerables restos no permitió poner en duda que los hombres que vivieron en aquella lejana época hubieran adquirido un desarrollo cerebral superior, con mucho, al de sus sucesores, incluso los mismos contemporáneos del *zartog* Sofr.

Había habido, por consiguiente, durante ciento sesenta o ciento setenta siglos, regresión manifiesta, seguida de una nueva progresión.

Turbado Sofr por estos extraños hechos, llevó más adelante sus investigaciones.

La capa de limo fue atravesada de parte a parte en un espesor tal, que, según las opiniones más moderadas, el depósito no había exigido menos de quince a veinte mil años; más allá se tuvo la sorpresa de encontrar leves restos de una antigua capa de humus, y luego, debajo de ese humus se halló la roca, de naturaleza variable, según los lugares donde se excavaba; pero lo que llevó la extrañeza a su colmo fue el encontrar algunos restos de origen incontestablemente humano, arrancados a aquellas profundidades misteriosas.

Eran fragmentos de huesos que habían pertenecido a hombres, y asimismo fragmentos también de armas o de máquinas; restos de cerámica, láminas de inscripciones en idioma desconocido, piedras duras finamente trabajadas, esculpidas muchas veces en forma de estatuas, casi intactas; capiteles delicadamente trabajados, etc., etc.

Del conjunto de esos descubrimientos hubieron de inducir, rriuv lógicamente, que unos cuarenta mil años antes, aproximadamente, es decir, veinte mil antes de que hubieran surgido, sin saber de dónde ni cómo, los primeros representantes de la raza contemporánea, habían vivido ya hombres en aquellos lugares y habían llegado a un grado de civilización bastante avanzado.

Tal fue, en efecto, la conclusión generalmente admitida.

Hubo, sin embargo, por lo menos, un disidente.

Este disidente no era otro que Sofr; admitir que otros hombres, separados de sus sucesores por un abismo de veinte mil años, hubiesen poblado una primera vez la Tierra, eso, a su juicio, constituía una verdadera locura.

¿De dónde, en semejante caso, habrían llegado esos

descendientes de antepasados durante tan largo tiempo desaparecidos, y a los que ningún lazo les unía?

Antes que acoger una hipótesis tan absurda, era preferible permanecer a la expectativa; de que esos hechos singulares no hubiesen sido explicados, no debía inferirse en modo alguno que fueran inexplicables; un día llegaría en que se conseguiría interpretarlos; mientras, y hasta tanto que ese día llegara, convenía no tenerlos para nada en cuenta y permanecer aferrado a sus principios, que satisfacían plenamente a la razón pura.

Estos principios eran los siguientes:

La vida planetaria se divide en dos fases: antes del hombre y después del hombre; en la primera, la Tierra, en estado de perpetua transformación, es, por esta causa, inhabitable e inhabitada; en la segunda, la corteza del globo llega a un grado de cohesión que permite la estabilidad; enseguida, habiendo ya un *substratum* sólido, aparece la vida, que comienza por las formas más simples y rudimentarias, y continua complicándose, para llegar, finalmente, al hombre, su expresión última y más perfecta.

Apenas aparecido el hombre sobre la Tierra, comienza enseguida y prosigue sin descanso su ascensión; con una marcha lenta, pero segura, se encamina hacia su fin, que es el conocimiento perfecto y el dominio absoluto del universo.

Arrastrado por el calor de sus convicciones, Sofr se había pasado su casa; volvió sobre sus pasos disgustado.

—¡Cómo! —se decía—. Admitir que el hombre, ¡y nada menos que hace cuarenta mil años!, llegara a una civilización comparable, ya que no superior, a la que nosotros gozamos ahora, y que sus conocimientos y adquisiciones hayan desaparecido sin dejar huella, hasta el punto de obligar a sus descendientes a recomenzar la obra desde la base, como obreros de un mundo inhabitado antes que ellos... ¡Pero eso sería negar el porvenir, proclamar que nuestro esfuerzo es vano y que todo progreso es tan precario y poco seguro como una pompa de espuma en la superficie de las olas!

Sofr hizo alto ante su casa.

—*Upsa ni... hartchok!*... (¡No, no..., en verdad!) *Andarft mir hoe spha!*... (¡El hombre es el amo de las cosas!) —murmuró empujando la puerta.

Cuando el *zartog* hubo reposado algunos instantes, almorzó con

buen apetito y se tendió después para su cotidiana siesta; pero las cuestiones que le preocupaban al llegar a su domicilio continuaban obsesionándole, y no le dejaban dormir.

Por grande que fuese su deseo de establecer la irreprochable unidad de los métodos de la Naturaleza, tenía demasiado espíritu crítico para desconocer cuán débil era su teoría, tan pronto como se abordaba el problema relativo al origen y la formación del hombre.

Obligar a los hechos a plegarse a una hipótesis previa, será una buena manera de tener razón contra los demás, pero no es una manera de tener razón contra sí mismo.

Si en vez de ser un sabio, un *zartog* muy eminente, hubiese Sofr formado parte de la ciase de los iletrados, habríase hallado bastante menos embarazado.

El pueblo, en efecto, sin perder el tiempo en profundas especulaciones, se contentaba con aceptar a ojos cerrados la antigua leyenda que, desde tiempo inmemorial, se transmitía de padres a hijos; explicando el misterio por medio de otro misterio, hacía remontar el origen del hombre a la intervención de una Voluntad superior; un día, esta potencia extraterrestre había creado de la nada a Hedon e Hiva, el primer hombre y la primera mujer, cuyos descendientes habían poblado la Tierra.

De este modo, todo se explicaba y encadenaba muy sencillamente.

—¡Muy sencillamente! —pensaba Sofr—; cuando se desespera de comprender algo, es, en verdad, demasiado fácil hacer intervenir a la divinidad; de esta manera resulta inútil el buscar la solución de los enigmas del universo, suprimiéndose los problemas tan pronto como se plantean.

¡Si todavía la leyenda popular hubiese tenido aunque no fuese más que las apariencias de una base seria!... Pero no reposaba sobre nada; no era más que una tradición nacida en las épocas de ignorancia y transmitida enseguida de generación en generación. Hasta el nombre mismo de Hedon... ¿De dónde procedía ese vocablo extraño, que no parecía pertenecer a la lengua de los Andartf'-Iten-Schu?

Tan sólo sobre esta pequeña dificultad filológica, una infinidad de científicos había palidecido sin hallar respuesta satisfactoria... ¡Rah, tonterías todas ellas, indignas de ocupar la atención de un

zartog!...

Sofr bajó al jardín; era la hora en que tenía costumbre de hacerlo; el Sol, declinando ya, lanzaba sobre la Tierra rayos menos ardientes, y una suave brisa comenzaba a soplar de la Spona-Schu; el *zartog* vagó por el paseo a la sombra de los árboles, cuyas hojas murmuraban al viento, y poco a poco los nervios fueron recobrando en él su equilibrio habitual; pudo sacudir sus absorbentes pensamientos, gozar tranquilamente del aire libre, interesarse en los frutos, riqueza de los jardines, y en las flores, su adorno.

Habiéndole llevado los azares del paseo hacia la casa, se detuvo al borde de una profunda excavación, en la que había amontonados diversos instrumentos; allí se pondrían en breve plazo los cimientos de una construcción nueva, que duplicaría la superficie de su laboratorio; pero en aquel día de fiesta, los obreros habían abandonado el trabajo para entregarse al placer.

Calculaba Sofr maquinalmente la obra hecha, y la que quedaba por hacer, cuando en la penumbra de la excavación un punto brillante atrajo sus miradas; intrigado, descendió al fondo del agujero y separó un objeto singular de la tierra que lo recubría en sus tres cuartas partes.

Tras haber subido, el *zartog* examinó el objeto hallado; era una especie de estuche hecho de un metal desconocido, de color gris, de contextura granulosa, y cuyo brillo había atenuado una larga permanencia en el suelo; como hacia la tercera parte de su longitud, una hendidura indicaba que el estuche estaba formado de dos partes, que encajaban una en otra; Sofr intentó abrirla.

A su primera tentativa, el metal, deteriorado por la acción del tiempo, se redujo a polvo, dejando al descubierto un segundo objeto, que allí estaba encerrado.

La sustancia de este objeto era para el *zartog* tan nueva como el metal que hasta entonces lo había protegido; era un rollo de hojas superpuestas y cubiertas de signos extraños, cuya regularidad ponía claramente de manifiesto que eran signos de escritura, pero de una escritura desconocida y tal como Sofr no había visto igual, ni siquiera análoga.

El *zartog*, temblando de emoción, corrió a encerrarse en su laboratorio, y examinó con el mayor detenimiento y cuidado el extraño documento.

Sí, era escritura, nada más cierto, pero no era menos cierto que aquella escritura no se asemejaba en nada a ninguna de las que, desde el origen de los tiempos históricos, se habían utilizado en toda la superficie de la Tierra. ¿De dónde procedía aquel documento? ¿Qué significaba?

Tales fueron las dos primeras cuestiones, que por sí mismas se plantearon a la inteligencia de Sofr.

Para responder a la primera era absolutamente preciso encontrarse en estado de contestar a la segunda; tratábase, por consiguiente, en primer término, de leer, y de traducir enseguida, pues podía afirmarse *a priori* que el idioma del documento sería tan desconocido como su escritura.

¿Era esto imposible?... No lo creyó así el *zartog* Sofr, y sin más dilaciones se puso febrilmente al trabajo.

El trabajo duró mucho tiempo, mucho tiempo, años enteros; Sofr no se cansó; sin desalentarse prosiguió el estudio metódico del misterioso documento, avanzando paso a paso hacia la luz; llegó, por fin, el día en que poseyó la clave del indescifrable logogrifo, y llegó asimismo otro en que, con gran trabajo y fatiga, pudo traducirlo al idioma de los Hombres de los Cuatro Mares.

Ahora bien: cuando ese día llegó, el *zartog* Sofr leyó lo que sigue: «Rosario, 24 de mayo de 2...

»Fecho de esta suerte el comienzo de este relato, aun cuando, en realidad, haya sido redactado en fecha mucho más reciente y en lugares muy distintos; pero en semejantes materias, el orden, a mi juicio, es absolutamente necesario, y por esto me decido a adoptar la forma de un “diario” escrito día por día.

»Es, pues, el 24 de mayo cuando comienza el relato de los espantosos acontecimientos que quiero referir aquí para la enseñanza de aquellos que vengan en pos de mí, si es, por supuesto, que la humanidad puede contar con un porvenir.

»¿En qué idioma escribiré?... Hablo y conozco regularmente el inglés y el español... No, escribiré en el idioma de mi país, en francés.

«Ese día, el 24 de mayo, había yo reunido algunos amigos en mi villa de Rosario.

«Rosario es, o más bien era, una ciudad de México, en la costa del Pacífico, un poco al sur del golfo de California; unos diez años

antes me había yo instalado allí para dirigir la explotación de una mina de plata que me pertenecía en propiedad; mis negocios habían progresado extraordinariamente; era un hombre rico, hasta muy rico —¡esta frase me hace reír hoy!—, y proyectaba regresar en breve plazo a Francia, mi patria de origen.

»Mi villa, de las más lujosas, se hallaba situada en el punto culminante de un vasto jardín, que descendía en pendiente hacia el mar, y acababa bruscamente en un promontorio cortado a pico, de más de cien metros de altura; por detrás de mi villa, el terreno continuaba subiendo, y por carreteras en zigzag podía llegarse a la cresta de montañas, cuya altitud excedía de mil quinientos metros; yo había hecho varias veces la ascensión de la montaña en mi automóvil, un magnífico y poderoso doble faetón de treinta y cinco caballos, y de una de las mejores marcas francesas.

«Estaba instalado en Rosario con mi hijo Jean —un hermoso muchacho de veinte años—, cuando a la muerte de parientes lejanos por la sangre, pero muy queridos para mi corazón, recogí a su hija, Hélène, que había quedado huérfana y sin fortuna.

«Cinco años habían pasado desde esa época; mi hijo Jean tenía veinticinco, y mi pupila Hélène, veinte; en el santuario de mi alma les destinaba uno al otro.

»Nuestro servicio estaba compuesto por un ayuda de cámara, Germain; por Modest Simonat, un chófer de los mejores, y por dos mujeres, Edith y Mary, hijas de mi jardinero George Raleigh y de su esposa Anna.

»Aquel día, 24 de mayo, éramos ocho los sentados en torno de mi mesa, a la luz de las lámparas que alimentaban grupos electrógenos instalados en el jardín; además del amo de la casa, de su hijo y su pupila, había cinco convidados, tres de los cuales pertenecían a la raza anglosajona y dos a la nación mexicana.

»El doctor Bathurst figuraba entre los primeros, y el doctor Moreno entre los segundos. Eran dos científicos en toda la extensión de la palabra, lo que no les impedía hallarse muy rara vez de acuerdo, sin perjuicio de ser ambos excelentes personas y los mejores amigos del mundo.

»Los otros dos anglosajones se llamaban Williamson, propietario de una importante pesquería de Rosario, y Rowling, un atrevido especulador, que había fundado en los alrededores de la ciudad un

establecimiento que estaba en vías de producirle una fortuna.

»En cuanto al último convidado, era el señor Mendoza, presidente de la Audiencia de Rosario, persona muy estimable, espíritu cultivado, juez recto e íntegro.

»Sin incidente notable llegamos al final de la comida; he olvidado las frases que hasta ese momento se cambiaron entre los comensales; no sucede así, por el contrario, con lo que se dijo en el momento de los cigarros.

«No es que estas frases tuviesen en sí mismas una importancia especial, pero el brutal comentario, que no tardando iba a hacérselas, no deja de hacerlas significativas, y a eso se debe que nunca las haya olvidado.

«Habíase llegado —no importa cómo— a hablar de los maravillosos progresos realizados por el hombre; el doctor Bathurst dijo en cierto momento:

»—En realidad, si Adán (claro es que, en su calidad de anglosajón, pronunciaba *Edén*) y Eva (él, por supuesto, pronunciaba *Iva*) volviesen a la tierra, se quedarían muy sorprendidos.

«Éste fue el origen de la discusión.

«Ferviente darwinista, partidario convencido de la selección natural, Moreno preguntó, en tono irónico, a Bathurst si creía seriamente en la leyenda del Paraíso terrenal.

«Bathurst respondió que creía por lo menos en Dios, y que hallándose afirmada por la Biblia la existencia de Adán y de Eva, no le era posible ni discutirla.

«Moreno repuso que también él creía en Dios, tanto por lo menos como su contradictor, pero que el primer hombre y la primera mujer podían no ser otra cosa que mitos, símbolos, y que nada, por consiguiente, había de impío en suponer que la Biblia hubiese querido significar de esa suerte el soplo de vida infundido por la Potencia creadora en la primera célula, de la cual habrían procedido enseguida todas.

«Repuso Bathurst que la explicación era especiosa, y sin ningún fundamento serio en la realidad; que aun admitida la explicación evolucionista para el cuerpo (cosa que no habían tenido inconveniente en admitir como posible y como conciliable con el texto bíblico algunos científicos y exegetas católicos), siempre quedaba el alma, que había salido inmediatamente de las manos de

Dios, y, por último, que en lo que a él concernía juzgaba más halagüeño el ser la obra directa de la divinidad, que no el de proceder de ella por el intermedio de primates más o menos simiescos...

«Preveía yo que la discusión iba a adquirir tonos demasiado ardorosos, cuando cesó de repente, por haberse encontrado ambos adversarios en un terreno en el que ambos se hallaban acordes; así, por lo demás, era como acababan de ordinario.

«Esta vez, volviendo sobre su primer tema, los dos antagonistas se hallaban de acuerdo en admirar, cualquiera que fuese el origen de la humanidad, la elevada cultura a que había llegado, y enumeraban con orgullo sus conquistas.

«Todas estas conquistas desfilaron allí; Bathurst alabó la química, llevada a tal grado de perfección, que tendía a desaparecer para confundirse con la física, no formando ambas ciencias más que una, teniendo por objeto el estudio de la inminente energía.

«Moreno hizo el elogio de la medicina y de la cirugía, merced a las cuales se había penetrado la naturaleza íntima del fenómeno de la vida, y cuyos prodigiosos descubrimientos permitían esperar para un porvenir no lejano la inmortalidad de los organismos animados; después de lo cual, ambos se congratulaban de las alturas alcanzadas por la astronomía; ¿no se conversaba actualmente, en espera de poderlo hacer con las estrellas, con siete de los planetas del sistema solar?

»Fatigados por su entusiasmo, uno y otro apologista se tomaron un breve espacio de reposo, que aprovecharon los otros comensales para colocar a su vez alguna frase, y se entró en el vasto campo de los inventos prácticos, que tan profundamente habían modificado la condición de la humanidad.

«Celebráronse los ferrocarriles y los vapores, afectos al transporte de mercancías molestas y pesadas; los aeroplanos económicos utilizados por los viajeros a quienes no apremia el tiempo; los tubos neumáticos o electroiónicos, que surcaban todos los continentes y todos los mares, y adoptados por las gentes apesuradas.

«Celebráronse las innumerables máquinas, a cuál más ingeniosa, una sola de las cuales, en ciertas industrias, ejecuta el trabajo de cien hombres.

«Celebróse la imprenta, la fotografía en color y la luz, el sonido, el calor y todas las vibraciones del éter.

«Celebróse, sobre todo, la electricidad, ese agente tan sutil, tan dócil y tan perfectamente conocido en sus propiedades y en su esencia, que permite, sin el menor contacto material, ya accionar un mecanismo cualquiera, ya dirigir un buque marino, submarino o aéreo, ya escribirse, hablarse o verse, cualesquiera que sean las distancias.

«En resumen: aquello fue un verdadero ditirambo, en el que yo tomé parte, lo confieso; quedamos todos de acuerdo sobre el punto de que la humanidad había alcanzado un nivel intelectual desconocido antes de nuestra época, y que autorizaba a creer en su victoria definitiva sobre la Naturaleza.

»—Sin embargo —dijo con su vocecilla aflautada el presidente Mendoza, aprovechando el instante de silencio que siguió a esta conclusión final—, me permito decir que algunos pueblos, desaparecidos hoy sin haber dejado la menor huella, habían ya llegado a una civilización igual o análoga a la nuestra.

»—¿Cuáles? —preguntamos todos a un tiempo.

»—Pues... los babilonios, por ejemplo.

»Aquello fue una explosión de hilaridad. ¡Osar comparar los babilonios a los hombres modernos!

»—Los egipcios —continuó Mendoza tranquilamente.

»Se rió más fuerte todavía.

»—Están también los atlantes, que sólo nuestra ignorancia hace legendarios —prosiguió el presidente—; añadid que una infinidad de otras humanidades anteriores a los atlantes mismos han podido nacer, prosperar y extinguirse sin que nosotros hayamos tenido el menor conocimiento de ello.

»Persistiendo Mendoza en su paradoja, y para no molestarle, simulamos tomarlo en serio.

»—Veamos, mi querido presidente —dijo Moreno, con el tono que se emplea para hacer entrar en razón a un niño—, no creo yo que pretenda usted que alguno de esos antiguos pueblos pueda comparársenos... Admito que en el orden moral se hayan elevado a un grado igual de cultura, pero ¡en el orden material!...

»—¿Por qué no? —objetó Mendoza.

»—Porque lo propio de nuestros inventos —se apresuró a decir

Bathurst— es que se extienden instantáneamente por toda la Tierra; la desaparición de un solo pueblo, y hasta la de un gran número de pueblos, dejaría, por lo tanto, intacta la suma de los progresos realizados. Para que el esfuerzo humano se perdiese, sería preciso que toda la humanidad desapareciera a la vez; ¿es ésta, por ventura, una hipótesis admisible?...

»Mientras así charlábamos nosotros, los efectos y las causas continuaban engendrándose recíprocamente en el seno del Universo, y menos de un minuto después de la pregunta que acababa de hacer el doctor Bathurst, su resultante total iba nada menos que a justificar el escepticismo de Mendoza; pero nosotros no abrigábamos la menor sospecha de ello, y discutíamos tranquilamente, echados los unos sobre el respaldo de nuestras sillas y apoyados otros de codos en la mesa, haciendo todos converger nuestras compasivas miradas hacia Mendoza, a quien suponíamos apabullado por la contundente réplica de Bathurst.

»—En primer lugar —respondió el presidente sin conmoverse lo más mínimo—, es de creer que la Tierra tenía en otro tiempo menor número de habitantes que hoy, de tal suerte que un pueblo podía muy bien poseer él solo el saber universal; y en segundo lugar, que yo no veo nada de absurdo *a priori* en admitir que toda la superficie del globo sea destruida al mismo tiempo.

»—¡Hombre, por Dios! —gritamos todos al unísono.

»En aquel preciso momento fue cuando sobrevino el cataclismo.

«Todavía estábamos pronunciando a un tiempo la última frase cuando se alzó un vocerío espantoso; el suelo tembló y faltó bajo nuestros pies; la villa osciló sobre sus cimientos.

«Chocando unos contra otros, atropellándonos, presa de un terror pánico, nos precipitamos al exterior.

«Apenas habíamos franqueado el umbral cuando la casa se derrumbó en un solo bloque, sepultando bajo sus escombros al presidente Mendoza y a mi ayuda de cámara Germain, que venían los últimos. Tras algunos segundos de un espanto muy natural, nos disponíamos a prestarles socorro cuando vimos a Raleigh, mi jardinero, que venía corriendo, seguido de su mujer, de la parte baja del jardín, donde vivía.

»—¡El mar!... ¡El mar! —decía a grito pelado.

«Volverme del lado del océano y quedé sin movimiento, herido

de estupor; no es que me diese entonces clara cuenta de lo que veía, pero tuve inmediatamente la noción de que la perspectiva acostumbrada había cambiado; ahora bien: ¿no era suficiente para helar el corazón de espanto el que en algunos segundos se hubiera modificado de un modo tan extraño el aspecto de la Naturaleza, de aquella Naturaleza que nosotros considerábamos inmutable por esencia?

»No tardé, sin embargo, en recobrar mi sangre fría; la verdadera superioridad del hombre no está en vencer, en domeñar a la Naturaleza; está, para el pensador, en comprenderla, en tener al inmenso Universo en el microcosmos de su cerebro; está, para el hombre de acción, en conservar su alma serena ante la revuelta de la materia; está en decirle: “Destruirme, sea; pero conmoverme, ¡jamás!”.

»Tan pronto como hube reconquistado mi tranquilidad, comprendí en qué difería el cuadro que tenía ante los ojos del que tenía la costumbre de mirar; el promontorio había desaparecido, sencillamente, y mi jardín se había abismado hasta el nivel del mar, cuyas olas, después de haber reducido a la nada la casa del jardinero, batían furiosamente mis plantaciones más bajas.

»Como era poco admisible que el nivel del agua hubiera subido, era absolutamente preciso que el de la tierra hubiese bajado; el descenso excedía de cien metros, puesto que el promontorio tenía antes esa altura, pero debía haber tenido lugar con cierta suavidad, porque nosotros apenas si nos habíamos dado cuenta; lo que explicaba la tranquilidad relativa del océano.

»Un breve examen me convenció de que mi hipótesis era exacta, y me permitió además comprobar que el descenso no había cesado; el mar, en efecto, continuaba avanzando con una velocidad que me pareció de cerca de dos metros por segundo —o sea de siete u ocho kilómetros por hora—. Dada la distancia que nos separaba de las primeras olas, íbamos, por consiguiente, a ser absorbidos antes de tres minutos, si la velocidad de caída era uniforme.

«Mi decisión fue rápida.

»—¡Al coche! —grité.

«Todos me comprendieron; nos lanzamos todos, y el coche fue sacado al exterior; en un santiamén se hicieron los preparativos, y nos acomodamos dentro como pudimos, partiendo enseguida por la

carretera a un cuarto de velocidad máxima.

»Era tiempo; en el momento en que el coche llegaba a la carretera, una ola llegó, al romper, a mojar las ruedas. ¡Bah! En lo sucesivo podíamos reírnos de la persecución del mar. A despecho de su excesiva carga, mi buena máquina sabría ponernos fuera de su alcance, a menos que el descenso al abismo hubiese de continuar indefinidamente; al fin y al cabo, teníamos campo ante nosotros: dos horas cuando menos de subida y una altitud disponible de cerca de mil quinientos metros.

»No tardé, sin embargo, en reconocer que todavía no debíamos cantar victoria. Después de que el primer arranque del coche nos hubo llevado a una veintena de metros de la franja de espuma, fue en vano que el chófer Simonat imprimiese al vehículo toda la marcha; esa distancia no aumentó; sin duda el peso de las doce personas influía en la velocidad; como quiera que fuese, nuestra marcha era igual a la del agua invasora, que quedaba invariablemente a la misma distancia.

«Pronto fue conocida esta inquietante situación, y todos, salvo Simonat, aplicado a conducir, nos volvimos hacia el camino que dejábamos atrás; ya sólo se veía agua; a medida que la íbamos conquistando nosotros, la carretera desaparecía conquistada a su vez por el mar, el cual estaba en calma; apenas si algunas olas venían a morir suavemente sobre una playa siempre nueva; era un lago tranquilo, que aumentaba y se hinchaba con un movimiento uniforme, y nada era tan trágico como la persecución de aquella agua tranquila; en vano huíamos ante ella; el agua subía implacable con nosotros...

»Simonat, que tenía los ojos fijos en la carretera, dijo al dar una vuelta:

«—Estamos a mitad de la pendiente; todavía nos queda una hora de subida.

»Todos sentimos un estremecimiento; dentro de una hora alcanzaríamos la cumbre y, ¡tendríamos que volver a bajar, empujados por las aguas, que seguían persiguiéndonos!...

»Transcurrió la hora sin que nada hubiese cambiado en nuestra situación.

»Distinguíamos ya el punto culminante de la cresta cuando el vehículo experimentó una brusca sacudida, que estuvo a punto de

estrellarlo contra uno de los taludes de la carretera; al mismo tiempo, una ola enorme se alzó detrás de nosotros, corrió al asalto de la carretera y rompió, finalmente, contra el coche, que se vio inundado de espuma... ¿Iríamos a vernos engullidos, al fin, por el mar?...

»No; el agua se retiró, en tanto que el motor, precipitando de pronto sus movimientos, hizo aumentar nuestra velocidad.

»¿De dónde provenía aquel súbito aumento de velocidad?... Un grito de Anna Raleigh nos lo hizo comprender enseguida; como la pobre mujer acababa de notar, su marido no se encontraba ya en la trasera, donde se había acomodado; sin duda el remolino había arrebatado al desventurado, y a eso se debía, naturalmente, el que el vehículo, liberado de una parte de su peso, subiese más deprisa la cuesta.

»De pronto se detuvo en seco.

»—¿Qué pasa? —pregunté a Simonat. ¿Una avería?

»Ni aun en aquellas circunstancias tan trágicas perdió sus derechos el orgullo profesional; Simonat se alzó de hombros con desdén, queriendo así darme a entender que la avería era una cosa desconocida para un chófer de su calidad, y con la mano señaló silenciosamente la carretera; la detención quedó entonces explicada.

»La carretera había Sido cortada a menos de diez metros delante de nosotros; *cortada*, la expresión es exacta; habría podido decir, cortada con un cuchillo. Más allá de una arista, que la terminaba bruscamente, estaba el vacío, un abismo de tinieblas, en el fondo del cual era totalmente imposible distinguir nada.

»Nos volvimos espantados, seguros de que nuestra última hora había sonado; el océano, que nos había perseguido hasta aquellas alturas, iba necesariamente a alcanzarnos en muy pocos segundos...

»Todos, salvo la desdichada Anna y sus hijas, lanzamos un grito de alegre sorpresa; no, el agua no había continuado su movimiento ascensional, o más exactamente, la tierra había cesado de hundirse; sin duda, la sacudida que acabábamos de experimentar había sido la última manifestación del fenómeno; el océano se había detenido, y permanecía cerca de cien metros más abajo del punto en el que nos habíamos agrupado en torno al coche, todavía trepidante, semejante a un animal sofocado tras una rápida carrera...

»¿Conseguiríamos salir de aquel mal paso?... No podríamos

saberlo hasta la vuelta del día; hasta entonces era menester esperar; uno tras otro nos tendimos sobre el suelo, y creo, Dios me perdone, que me dormí...

«Durante la noche.

«Desperté sobresaltado por un ruido formidable. ¿Qué hora es? Lo ignoro; en todo caso continuamos sumidos en las tinieblas de la noche.

»El ruido surge del impenetrable abismo en el que se ha perdido la carretera. ¿Qué es lo que pasa?... Juraríase que grandes masas de agua caen cual cataratas, que olas gigantescas chocan entre sí con enorme violencia... Sí, debe de ser eso, porque hasta nosotros llegan salpicaduras de espuma.

«Después la calma renace poco a poco... Todo vuelve al silencio... El cielo comienza a clarear... El día llega...

«25 de mayo.

»¡Qué enorme suplicio constituyó la lenta revelación de nuestra situación real y verdadera! Al principio no distinguimos más que lo que inmediatamente nos rodeaba, pero el círculo va agrandándose, agrandándose sin cesar, como si nuestra esperanza, siempre frustrada, hubiese ido alzando, uno tras otro, un número infinito de ligeros velos... Y al fin la plena luz viene a destruir nuestras últimas ilusiones.

«Nuestra situación es de las más sencillas, y puede resumirse en pocas palabras: nos hallamos en una isla; el mar nos rodea por todas partes; todavía ayer habíamos podido percibir un océano de cimas, muchas de las cuales dominaban aquella sobre la que nos hallábamos; esas cimas han desaparecido, al paso que, por razones que permanecerán para siempre desconocidas, la nuestra, más modesta, sin embargo, se ha detenido en su tranquila caída; en el lugar de las otras se extiende una gran sabana de agua sin límites: por doquier el mar; nosotros ocupamos el único punto sólido del círculo inmenso descrito por el horizonte.

»Una sola mirada nos basta para conocer en toda su extensión el islote en el que una suerte verdaderamente extraordinaria nos ha hecho encontrar asilo; es muy pequeño, en efecto; mil metros, a lo sumo, en longitud, y quinientos en la otra dimensión; por el norte, el oeste y el sur, su cima, de cien metros de altitud, aproximadamente sobre las olas, se une a ellas por una pendiente

bastante suave; al este, por el contrario, el islote termina en un promontorio que cae a pico en el océano.

»De este lado es, sobre todo, del que no saben separarse nuestras miradas; en esta dirección deberíamos ver altas montañas, y más allá, todo México. ¡Qué cambio, en el espacio de una breve noche de primavera! ¡Las montañas han desaparecido!... ¡México ha sido engullido!... ¡En su lugar, un desierto infinito, el árido desierto del mar!

»Nos miramos unos a otros espantados: solos, sin víveres, sin agua, sobre aquella roca desierta, estrecha y desnuda, no nos es posible conservar la menor esperanza. Extenuados, aplanados, nos acostamos sobre el suelo, dispuestos y resignados a aguardar la muerte.

»A bordo de la *Virginia*, 4 de junio.

»¿Qué pasó durante los ocho días siguientes? No he conservado el recuerdo. Es de suponer que llegué a perder el conocimiento, que no volví a encontrar sino a bordo del buque que nos recogió; sólo entonces supe que habíamos estado ocho días enteros sobre el islote, y que dos de nosotros, Williamson y Rowling, murieron de sed y de hambre.

»De los quince seres vivientes que albergaba mi villa en el momento del cataclismo, no quedan sino nueve; mi hijo Jean y mi pupila Héléne, mi chófer Simonat (inconsolable por la pérdida de su máquina), Anna Raleigh y sus dos hijas, los Dres. Bathurst y Moreno, y yo, finalmente; yo, que me apresuro a redactar estas notas para la edificación de las razas futuras, en el supuesto de que lleguen a nacer.

»La *Virginia*, que nos lleva, es un buque mixto, de vapor y de vela, de dos mil toneladas aproximadamente, y dedicado al transporte de mercancías; es un buque bastante viejo y que anda poco; el capitán Morris tiene veinte hombres a sus órdenes; tanto el capitán como los tripulantes son ingleses.

»La *Virginia* salió de Melbourne en lastre hace poco más de un mes, con destino a Rosario. Ningún incidente señaló su viaje, salvo, en la noche del 24 al 25 de mayo, una serie de olas de una altura prodigiosa y de una longitud proporcionada, que las hizo inofensivas.

»Por singulares que esas olas fuesen, no podían hacer prever al

capitán el cataclismo que tenía lugar en el mismo instante; así es que hubo de quedarse sumamente sorprendido al no hallar más que el mar en el lugar donde pensaba encontrar Rosario y la costa mexicana. De esa costa no quedaba más que un islote; un bote de la *Virginia* abordó a él, descubriendo once cuerpos inanimados, y como dos eran ya cadáveres, fueron embarcados los otros.

»De este modo fuimos salvados.

»En tierra, enero o febrero.

»Un intervalo de ocho meses separa las últimas líneas que preceden de las que van a seguir; fecho éstas en enero o febrero, en la imposibilidad en que me hallo de ser más preciso, porque no conservo ya una noción exacta del tiempo.

»Estos ocho meses constituyen el período más atroz y cruel de nuestras pruebas; el período en que, gradualmente, fuimos conociendo toda la extensión de nuestra desventura.

»Apenas nos hubo recogido, la *Virginia* continuó su ruta hacia el este a toda velocidad.

«Cuando yo volví en mí, el islote en que habíamos estado a punto de morir había desaparecido del horizonte hacía largo tiempo; según las observaciones del capitán, navegábamos a la sazón por el lugar donde debía haber estado México; pero de México no quedaba ninguna señal, como no quedaba de ninguna tierra, cualquiera que fuese; por todos lados donde la vista se extendía sólo se descubría el infinito del mar.

«Había en esta comprobación algo verdaderamente enloquecedor; sentíamos que estábamos a punto de perder la razón. ¡México entero sumergido!... Cambiamos miradas de espanto, preguntándonos hasta dónde se habrían extendido los estragos del espantoso y terrible cataclismo en el que nos vimos envueltos...

«El capitán quiso saber a qué atenerse; modificando su ruta puso proa al norte; si México no existía ya, no era admisible que aconteciese lo mismo con todo el continente americano.

«Así era, sin embargo; en vano durante doce días remontamos hacia el norte sin encontrar tierra, como tampoco la encontramos después de haber virado de bordo y dirigirnos al sur durante cerca de un mes; por paradójico que nos pareciera, forzosamente tuvimos que rendirnos a la evidencia; sí, la totalidad del continente americano se había abismado bajo las olas.

»¿No nos habíamos salvado nosotros sino para conocer por segunda vez los espasmos de la agonía? En realidad, había por qué temerlo; sin hablar de los víveres, que podrían faltarnos de un día a otro, un peligro más apremiante nos amenazaba. ¿Qué sería, en efecto, de nosotros cuando se agotasen las existencias de carbón?

»Por eso el 14 de julio —nos hallábamos entonces, poco más o menos, sobre el antiguo emplazamiento de Buenos Aires— el capitán mandó apagar las calderas y se puso a la vela; hecho esto, reunió a todo el personal de la *Virginia*, tripulación y pasajeros, y tras exponernos en pocas palabras la situación, nos rogó que reflexionáramos maduramente y propusiéramos la solución que juzgáramos preferible en el consejo que habría de celebrarse al día siguiente.

»No sé si alguno de mis compañeros de infortunio halló algún expediente más o menos ingenioso; por mi parte vacilaba, lo confieso, acerca del mejor partido que adoptar, cuando una tempestad que se alzó en la noche resolvió la cuestión; nos era preciso huir hacia el oeste, arrastrados por un viento huracanado, expuestos a cada instante a ser deshechos por una mar furiosa.

»El huracán duró treinta y cinco días sin un minuto de interrupción; comenzábamos ya a perder la esperanza de que cesase cuando el 19 de agosto el buen tiempo volvió con la misma rapidez con que había cesado; el capitán se aprovechó de él para hacer sus observaciones, dándole el cálculo cuarenta grados de latitud norte y ciento catorce de longitud este; ¡eran las coordenadas de Pekín!

»¡Habíamos, por consiguiente, pasado por encima de la Polinesia, y de Australia tal vez, sin siquiera habernos dado cuenta, y allí por donde navegábamos a la sazón se extendía en otro tiempo un Imperio de cuatrocientos millones de almas!

»¿Había, pues, corrido Asia la misma suerte que América?

»Pronto hubimos de convencernos de ello.

»Continuando la *Virginia* su ruta hacia el sudoeste, llegó a la altura del Tíbet y luego a la del Himalaya; aquí debían haberse elevado las más altas cimas del globo; pues bien: en todas las direcciones nada emergía del océano; era de temer que en toda la tierra no existiera ya más punto sólido que el islote en que nos habíamos salvado, y que nosotros éramos los únicos sobrevivientes del cataclismo, los últimos habitantes de un mundo sepultado bajo

el movedizo sudario del mar.

«Si así era, no tardaríamos a nuestra vez en perecer; a pesar de un racionamiento severo, los víveres de a bordo se agotaban, y en tal caso debíamos perder toda esperanza de poder renovarlos...

«Abrevio el relato de esta navegación terrible; si para contarla en pormenor intentara revivirla día por día, el recuerdo me volvería loco.

«Por extraños y terribles que sean los acontecimientos que la precedieron y siguieron, por lamentable que se me aparezca el porvenir —un porvenir que yo no veré—, durante esta infernal navegación fue cuando conocimos el máximo del espanto.

»¡Oh, aquella carrera eterna sobre un mar sin fin!... ¡Esperar todos los días abordar a cualquier parte, y ver sin cesar retroceder el término del viaje!... ¡Vivir inclinados sobre los mapas en que los hombres habían grabado la línea sinuosa de las costas, y comprobar que nada, absolutamente nada, existe ya de aquellos lugares que ellos creían eternos e imperecederos!... ¡Decirse que la tierra palpitaba de vidas innumerables, que millones de hombres y miríadas de animales la recorrían en todos sentidos o surcaban su atmósfera, y que todo había muerto a la vez, que todas esas vidas se habían extinguido a un tiempo, como una leve llama al soplo del viento!... ¡Buscar por doquier semejantes y buscarlos en vano! ¡Adquirir poco a poco la certidumbre de que en tomo de uno no existe nada vivo, y llegar gradualmente a tener conciencia de su soledad en medio de un implacable universo!...

»¿He encontrado las palabras convenientes para expresar nuestra angustia? No lo sé; en ningún idioma deben existir términos adecuados para poder reflejar una situación sin precedentes ni parecido.

»Después de haber reconocido el mar, donde en otro tiempo estaba la península india, remontamos al norte durante diez días, y después pusimos la proa al oeste.

»Sin que nuestra condición cambiase en nada, franqueamos la cadena de los Urales, convertidos en montes submarinos, y navegamos por encima de lo que había sido Europa; descendimos enseguida hacia el sur, hasta veinte grados más allá del ecuador; después de lo cual, cansados de nuestras inútiles pesquisas, tomamos de nuevo la ruta del norte y atravesamos, hasta pasar los

Pirineos, una extensión de agua que cubría África y España.

»En realidad, comenzábamos ya a habituarnos a nuestro espanto; a medida que avanzábamos, íbamos marcando nuestra ruta sobre los mapas, y nos decíamos: “Aquí estaba Moscú..., Varsovia..., Berlín..., Viena..., Roma..., Túnez..., Tombuctú..., San Luis..., Orán..., Madrid”... Pero con creciente indiferencia, hasta llegar a pronunciar sin emoción estas palabras, tan trágicas en realidad.

»Sin embargo, yo por lo menos no había agotado mi capacidad de sufrimiento; lo advertí el día —debía de ser, poco más o menos, el 11 de diciembre— en que el capitán Morris me dijo: “Aquí estaba París”... Ante estas palabras creí que se me arrancaba el alma... Que el Universo entero fuese engullido por las aguas, pase..., pero ¡Francia!... ¡Mi Francia!... ¡Y París, que la simbolizaba!...

»A mi lado percibí algo así como un sollozo; volvíme rápidamente: era Simonat, que lloraba.

»Durante cuatro días más proseguimos nuestra ruta hacia el norte; después, llegados a la altura de Edimburgo, nos dirigimos hacia el sudoeste en busca de Irlanda; luego la ruta se cambió al este... En realidad, errábamos al azar, porque ya no había ninguna razón para tomar una dirección más que otra...

»Pasamos por encima de Londres, cuya tumba líquida fue saludada por toda la tripulación. Cinco días después estábamos a la altura de Danzig, cuando el capitán Morris hizo virar de bordo y ordenó gobernar al sudoeste; el timonel obedeció pasivamente; ¿qué importaba eso? ¿No íbamos a encontrar lo mismo por todas partes?

»A los nueve días de esto fue cuando comimos el último trozo de bizcocho.

»Al vernos tristes y aplanados, como nunca, el capitán Morris ordenó de pronto que se encendieran las calderas. ¿A qué proyecto obedecía la orden? Todavía lo ignoro, pero fue en el acto ejecutada, y la velocidad del buque aumentó bastante...

»Dos días después sufríamos ya cruelmente por el hambre; al día siguiente, casi todos se negaron obstinadamente a levantarse; no pudo contarse más que con el capitán, Simonat, algunos hombres de la tripulación y conmigo para dirigir el buque.

»Al otro día, quinto de ayuno, disminuyó más el número de los timoneles y mecánicos voluntarios; veinticuatro horas más y nadie

tendría fuerzas bastantes para sostenerse en pie.

»Llevábamos más de siete meses navegando y surcando el mar en todas direcciones; debíamos de estar, a mi juicio, a 8 de enero.

«Ahora bien: este día, y hallándome yo al timón, parecióme ver algo hacia el oeste; creyendo ser juguete de una alucinación, traté de concentrar mis miradas...

»No, no me había equivocado.



»Lancé un verdadero rugido, y luego, aferrándome a la rueda, grité con voz fuerte:

»—¡Tierra por estribor!

»¡Qué mágico efecto produjeron aquellas palabras! Todos los moribundos resucitaron a la vez y se pusieron a mirar por encima de la borda.

»—Es tierra, en efecto —dijo el capitán Morris después de haber examinado con atención la nube que se dibujaba en el horizonte.

«Media hora más tarde no era ya posible abrigar dudas; era, efectivamente, tierra lo que encontrábamos en pleno océano Atlántico, después de haberla buscado inútilmente en toda la superficie de los antiguos continentes.

«Hacia las tres de la tarde, los detalles del litoral comenzaron a distinguirse con claridad, y sentimos renacer nuestra desesperación; y era que aquel litoral no se asemejaba a ningún otro, y ninguno de nosotros recordaba haber visto jamás una tan absoluta carencia de vitalidad y un aspecto tan agreste y salvaje.

»En la tierra, según estaba antes del desastre, el verde era un color muy abundante; nadie de entre nosotros conocía costa tan desheredada, región tan árida, en la que no se encontrasen algunos arbustos, o siquiera líquenes y musgos; en la que teníamos delante no ocurría nada de esto; no se distinguía más que un elevado promontorio negruzco, sin una sola planta, sin una brizna de hierba; era la desolación, en lo que puede tener de más total y absoluto.

«Durante dos días bogamos a lo largo de aquel promontorio abrupto sin descubrir en él la menor hendidura; tan sólo hacia la tarde del segundo logramos descubrir una vasta bahía, bien abrigada contra todos los vientos del mar, y en el fondo de la cual echamos, por fin, el ancla.

«Después de haber ganado tierra en los botes, nuestro primer cuidado fue el de recoger nuestro alimento en la playa; estaba ésta cubierta de tortugas a centenares, y de moluscos por millones; en los intersticios de los arrecifes se veían langostas y otros mariscos en cantidades fabulosas, sin perjuicio de innumerables peces.

»Era evidente que, a falta de otros recursos, aquel mar tan ricamente poblado bastaría para asegurar nuestra subsistencia durante un tiempo ilimitado.

«Cuando nos hubimos restaurado, un corte del promontorio nos permitió alcanzar la altura, desde la cual descubrimos un vasto espacio; el aspecto de la costa no nos había engañado; por todas partes y en todas direcciones no había más que rocas áridas, cubiertas de algas y de algunas otras plantas marinas, secas generalmente, sin la más pequeña brizna de hierba, sin nada

viviente ni en la tierra ni en el cielo; de cuando en cuando pequeños lagos, estanques más bien, brillaban a los rayos del sol; habiendo querido beber, reconocimos que el agua era salada.

«No quedamos, en verdad, muy sorprendidos; el hecho venía a confirmar lo que desde luego habíamos supuesto, a saber: que aquel continente desconocido había nacido ayer y que había salido en un solo bloque de las profundidades del mar; esto explicaba su aridez, así como su soledad; esto explicaba asimismo aquella espesa capa de légamo, uniformemente extendida, y que, a consecuencia de la evaporación, comenzaba a reducirse a polvo.

»Al día siguiente, a mediodía, la observación dio diecisiete grados y veinte minutos de latitud norte, y veintitrés grados cincuenta y cinco minutos de longitud oeste, y buscando en el mapa, pudimos ver que correspondía a alta mar, aproximadamente a la altura de Cabo Verde. Y, sin embargo, la tierra por el oeste y el mar por el este, se extendían ahora hasta perderse de vista.

»Por agreste e inhóspito que fuera el continente que habíamos abordado, forzoso nos era contentarnos con él; por esto comenzamos sin tardanza a descargar la *Virginia*, subiendo a la planicie todo lo que contenía, sin selección; antes se había sujetado sólidamente el buque sobre cuatro anclas en quince brazas de fondo; en aquella bahía tranquila no corría ningún riesgo, y sin inconveniente podíamos dejarlo abandonado a sí mismo.

»Tan pronto como se acabó el desembarque, comenzó nuestra nueva vida; convenía, en primer lugar»...

Llegado a este punto de su traducción, el *zartog* Sofr tuvo que interrumpirla; el manuscrito presentaba en este lugar una primera laguna, muy importante tal vez, según la cantidad de páginas que comprendía; laguna seguida de muchas otras más considerables aún en lo que era posible juzgar; sin duda, a pesar de la protección del estuche, muchas hojas habían sido atacadas por la humedad; no quedaba, en suma, otra cosa que fragmentos más o menos extensos, y que se sucedían en este orden:

«... Comenzamos a aclimatarnos.

»¿Cuánto tiempo hace que desembarcamos en esta costa?... No lo sé; he preguntado al doctor Moreno, que tiene un calendario de los días transcurridos; me ha dicho: “Seis meses”... Pero añadiendo: “Días más o menos”, pues teme haberse equivocado.

»¡Así estamos ya! Han bastado seis meses para que no estemos muy seguros de haber medido exactamente el tiempo; ¡esto promete!

«Nuestra negligencia, por lo demás, no tiene nada de extraño; empleamos toda nuestra atención y nuestra actividad toda en conservar la vida; el alimentarse es un problema cuya solución exige el día entero.

»¿Qué comemos?... Peces, cuando los encontramos, lo que cada día es más difícil, pues nuestra incesante persecución los aleja; comemos también huevos de tortuga y ciertas algas comestibles; por la noche estamos repuestos, pero extenuados, y sólo pensamos en dormir.

»Se han improvisado tiendas con las velas de la *Virginia*, pero creo que pronto habrá de construirse un refugio más consistente.

»A veces cogemos alguna ave; la atmósfera no está tan desierta como supusimos al principio; unas diez especies conocidas están representadas en este nuevo continente, y que no deben hallar su sustento sobre esta tierra sin vegetación, porque andan dando vueltas en torno de nuestro campamento para recoger las sobras de nuestras míseras comidas; a veces cogemos alguno muerto de hambre, lo que nos economiza la pólvora y municiones.

»Por fortuna, hay probabilidades de que la situación mejore; hemos descubierto un saco de trigo en la cala de la *Virginia* y hemos sembrado la mitad; pero ¿germinará? El suelo está recubierto de una espesa capa de aluvión, y por mediocre que sea su calidad, es humus al fin; cuando abordamos estaba saturado de sal, pero después, lluvias torrenciales lo han lavado, y todas las depresiones de la superficie están a la sazón llenas de agua dulce.

»Para sembrar el trigo y para conservar la otra mitad en reserva, casi fue menester batirse; una parte de la tripulación de la *Virginia* quería convertirlo enseguida en pan; nos vimos obligados...

»... que nosotros teníamos a bordo de la *Virginia*; estas dos parejas de conejos se han escapado al interior y no se les ha vuelto a ver; de creer es que han encontrado algo que comer; ¿producirá, pues, la tierra sin que nosotros lo sepamos?...

»... ¡Dos años al menos hace que estamos aquí!... El trigo germinó admirablemente; tenemos pan casi a discreción, y nuestros campos van ganando en extensión; pero ¡qué lucha contra los

pájaros! Se han multiplicado extraordinariamente, y siempre en torno nuestro...

»A pesar de las defunciones que he relatado antes, la pequeña tribu que nosotros formamos no ha disminuido, sino al contrario; mi hijo y mi pupila tienen tres hijos, y los otros tres matrimonios lo mismo, y todos rebosan salud; de creer es que la especie humana posee un vigor mayor, una vitalidad más intensa desde que está tan reducida en número; pero ¡qué de causas!...

»...aquí desde hace diez años y nada sabemos de este continente; no lo conocemos más que en un radio de algunos kilómetros en torno del lugar de nuestro desembarco; el doctor Bathurst es quien nos ha echado en cara nuestra desidia; por instigación suya armamos la *Virginia*, lo que nos ocupó unos seis meses, e hicimos un viaje de exploración.

»Anteayer regresamos; el viaje duró más de lo que creíamos, porque quisimos que fuese completo.

«Dimos la vuelta a nuestro continente y todo induce a creer que nuestro islote debe de ser la única parte sólida que existe en la superficie del globo; sus costas nos han parecido semejantes por doquier, áridas y agrestes.

«Nuestra navegación fue interrumpida por muchas excursiones al interior, pues esperábamos encontrar alguna huella de las Azores y de Madeira, situadas, antes del cataclismo, en el océano Atlántico, y que deben, en consecuencia, formar necesariamente parte del nuevo continente.

«No nos fue posible reconocer el menor vestigio; todo lo que nos fue dado comprobar fue que el terreno estaba como removido y recubierto de una espesa capa de lava sobre el emplazamiento de aquellas islas que, sin duda, fueron teatro de violentos fenómenos volcánicos que las redujeron a la nada.

»En cambio, si no descubrimos nada de lo que buscábamos, descubrimos cosas que no habíamos pensado buscar; medio hundidos en la lava, a la altura de las Azores, aparecieron ante nosotros testimonios de un trabajo humano, mas no del trabajo de los azorianos, nuestros contemporáneos de ayer; eran restos de columnas, como nosotros no habíamos visto nunca; después de haberlos examinado, el doctor Moreno emitió la idea de que aquellos restos debían de proceder de la antigua Atlántida, y que el

flujo volcánico los había sacado a la superficie.

»Tal vez tiene razón el doctor Moreno; de haber existido, la antigua Atlántida habría ocupado, poco más o menos, el lugar que ocupa el nuevo continente.

»Como quiera que fuese, confieso que el descubrimiento me dejó frío; tenemos bastante que hacer con el presente sin preocuparnos del pasado»...

El último fragmento contenía intacto el final del manuscrito.

«... Todos viejos. El capitán Morris ha muerto; el doctor Bathurst tiene sesenta y cinco años; el doctor Moreno, sesenta; yo, sesenta y ocho; todos habremos cesado pronto de vivir; antes, no obstante, realizaremos la tarea impuesta, y en cuanto nos sea posible, trataremos de ayudar a las generaciones futuras, en la lucha que les aguarda.

»Pero ¿llegarán a ver la luz esas futuras generaciones?

«Tentado me hallo a responder que sí, si no tengo en cuenta más que la multiplicación de mis semejantes; los niños pululan, y por otra parte, bajo este clima sano, en este país, donde los animales feroces son desconocidos, la longevidad es grande; nuestra colonia ha triplicado su importancia.

«Estoy, por el contrario, tentado a responder que no, si considero la profunda decadencia intelectual de mis compañeros de miseria.

«Nuestro pequeño grupo estaba, sin embargo, en condiciones muy favorables para sacar partido del saber humano, pues comprendía un hombre bastante enérgico: el capitán Morris, hoy difunto; dos hombres más cultos que la generalidad: mi hijo y yo, y dos verdaderos sabios: el doctor Bathurst y el doctor Moreno.

«Con semejantes elementos hubiera podido hacerse algo: nada se ha hecho; la conservación de nuestra vida material ha sido desde el primer momento, y es todavía, nuestro único cuidado; lo mismo que al principio, consagramos el tiempo a procurarnos el sustento, y al llegar la noche caemos agotados en un profundo sueño.

«Es, ¡ay!, demasiado cierto que la humanidad, cuyos únicos representantes somos, se halla en vías de rápida regresión, y tiende a acercarse al bruto; entre los marineros de la *Virginia*, gentes incultas ya antes, los caracteres de la animalidad se han acentuado más; mi hijo y yo hemos olvidado lo que sabíamos, y hasta los

propios Dres. Bathurst y Moreno han dejado su cerebro en barbecho; puede decirse que nuestra vida cerebral se halla abolida por completo.

»¡Qué suerte fue el que hace muchos años diéramos la vuelta al continente! Hoy no hubiéramos tenido el mismo valor... Aparte de que ha muerto el capitán Morris, que gobernaba el barco, y ha muerto también de vetustez la *Virginia*, que nos llevaba.

»Al principio, algunos de nosotros habíamos intentado construir casas; estas inacabadas construcciones caen en ruinas al presente; todos dormimos sobre la tierra en todas las estaciones.

»Desde hace mucho tiempo no queda nada de las ropas que nos cubrían; durante algunos años tratamos de reemplazarlas con algas tejidas de una manera bastante ingeniosa y más grosera después; enseguida nos cansamos de este esfuerzo, que la suavidad del clima hacía superfluo; ahora vivimos desnudos, como aquellos a quienes llamábamos salvajes.

»Comer, comer es nuestro objetivo constante, nuestra preocupación exclusiva.

»Subsisten, sin embargo, todavía algunos restos de nuestras antiguas ideas y de nuestros antiguos sentimientos; mi hijo Jean, hombre maduro ahora y abuelo, no ha perdido todo sentimiento afectivo, y mi ex chófer Modest Simonat conserva una vaga reminiscencia de que en otro tiempo yo fui su amo.

»Pero con ellos, con nosotros, van a desaparecer para siempre esas ligeras huellas de los hombres que fuimos; los del porvenir, nacidos aquí, nunca habrán conocido otra existencia; la humanidad quedara reducida a esos adultos que no saben leer ni contar, ni casi hablar siquiera, y a esos niños de dientes agudos que parecen no ser otra cosa que un vientre insaciable; tras estos adultos y estos niños habrá otros y otros más cercanos cada vez del animal.

»Paréceme ver a esos hombres futuros olvidados del lenguaje articulado, extinguida su inteligencia, errar por este triste desierto...

Pues bien: queremos intentar que no suceda así; queremos hacer cuanto esté en nuestra mano para que las conquistas de la humanidad, de que nosotros formamos parte, no sean perdidas para siempre.

»Los Dres. Moreno, Bathurst y yo, trataremos de despertar

nuestro entorpecido cerebro, obligándole a recordar lo que supo; distribuyéndonos el trabajo, sobre este papel y con esta tinta, procedente de la *Virginia* enumeraremos cuanto conocíamos en las diversas categorías de la ciencia, a fin de que, más tarde, los hombres, si perduran y si tras un período de salvajismo, más o menos largo, sienten renacer su sed de luz, encuentren este resumen de lo que hicieron sus antepasados; ¡puedan ellos entonces bendecir la memoria de aquellos que se esforzaron por abreviar la ruta dolorosa de hermanos a quienes no verán!

»En el umbral de la muerte.

»Quince años aproximadamente hace que fueron escritas las anteriores líneas; los doctores Bathurst y Moreno no existen ya; de todos los que conmigo desembarcaron, yo, uno de los más viejos, quedo casi solo; pero la muerte me llega a mi vez; siento que sube de mis pies helados a mi corazón, que se para.

»Nuestro trabajo está terminado; he confiado los manuscritos que encierran el resumen de la ciencia humana a una caja de hierro desembarcada de la *Virginia* y que he enterrado profundamente en el suelo; al lado voy a colocar estas pocas páginas encerradas en un estuche de aluminio.

«¿Encontrará alguien alguna vez el depósito confiado a la tierra? ¿Lo buscará siquiera alguno?...

»Es asunto del destino... ¡Adiós!»...

A medida que el *zartog* Sofr iba traduciendo este extraño documento, una especie de espanto invadía su alma.

¡Cómo! ¡La raza de los *Andarft'-Iten-Schu* descendía de aquellos hombres, que después de haber errado durante largos meses por el desierto de los océanos habían llegado a aquel punto de la costa, donde se alzaba actualmente Basidra! De modo que aquellas criaturas miserables habían formado parte de una humanidad gloriosa, respecto de la cual apenas si la humanidad actual comenzaba a balbucir; y, sin embargo, ¿qué había sido menester para que quedasen abolidos para siempre la ciencia y hasta el recuerdo de aquellos pueblos tan poderosos?... Menos que nada; que un imperceptible estremecimiento recorriese la corteza del globo.

¡Qué irreparable desgracia el que los manuscritos señalados por el documento hubiesen sido destruidos con la caja de hierro que los

contenía! Pero por grande que la desgracia fuera, era imposible conservar la menor esperanza, habiendo removido, como habían revuelto los obreros el suelo en todos sentidos para echar los cimientos; sin duda, el hierro había resultado corroído por la acción del tiempo, mientras que el estuche de aluminio había resistido.

No se precisaba, con todo, más para que el optimismo de Sofr quedase irremediabilmente quebrantado.

Si bien el manuscrito no presentaba ningún detalle técnico, abundaba en indicaciones generales, y probaba de manera evidente que la humanidad había avanzado más en el camino de la verdad en otro tiempo que lo que lo había hecho después.

Todo se encontraba en aquel relato; las ideas que poseía Sofr y otras que ni siquiera se habría atrevido a imaginar; hasta la explicación de aquel nombre de Hedon, acerca del cual tantas discusiones estériles se habían entablado.

Hedon (Adán) era la explicación de la llegada del hombre a la tierra; equivocábase, por tanto, Sofr al negar la realidad de este antepasado, realidad que se encontraba establecida por el manuscrito, y era el pueblo quien tenía razón al darse ascendientes semejantes a sí mismo; pero tampoco en esto, como en lo demás, habían inventado nada los *Andarft'-Iten-Schu*: se habían contentado con repetir lo que antes que ellos habían dicho otros.

Y tal vez, después de todo, los contemporáneos del redactor de aquel relato no habían inventado nada tampoco; ¿no hablaba el documento de un pueblo de los llamados atlantes? ¿A qué grado de conocimiento había llegado esa antigua nación cuando la invasión del océano llegó a borrarla de la Tierra?

Como quiera que fuese, nada subsistía de su obra después de la catástrofe, y el hombre había tenido que emprender de nuevo la ascensión hacia la luz.

Tal vez llegase a suceder lo mismo respecto de los *Andarft'-Iten-Schu*; tal vez sucediera siempre así, hasta el día en que...

Pero ¿llegaría el día en que se viera satisfecho el insaciable deseo del hombre? ¿Llegaría alguna vez el día en que éste, habiendo acabado de subir la pendiente, pudiese, al fin, descansar en la cumbre?...

De esta suerte discurría el *zartog* Sofr inclinado sobre el venerable manuscrito encontrado en las excavaciones.

Por aquel relato de ultratumba imaginaba y se representaba el drama terrible que se desarrolla perpetuamente en el Universo, y su corazón estaba rebosante de compasión y de tristeza.

Entregado a su sola razón, sin la poderosa ayuda de un Ser Supremo, al considerar los males innumerables de que habían sufrido los que vivieron antes que él, y al inclinarse bajo el peso de los esfuerzos acumulados en lo infinito de los tiempos, el *zartog* Sofr-Ai-Sr adquiría de una manera lenta, dolorosa, la íntima convicción del eterno volver a empezar de las cosas.



JULES VERNE. Escritor francés, conocido en español como Julio Verne, nació en Nantes el 8 de febrero de 1828, llegando a ser uno de los grandes autores de novela del siglo XIX. Más adelante se dedicó también a escribir libretos de óperas y obras de teatro.

Nacido en una familia adinerada, Verne disfrutó de una buena educación y ya de joven comenzó a escribir narraciones y relatos, sobre todo de viajes y aventuras. Licenciado en Derecho y establecido en París, Verne se dedicó a la literatura pese a no contar con apoyo económico alguno, lo que minó gravemente su salud.

Verne era un auténtico adicto al trabajo y pasaba días y días escribiendo y revisando textos. Esto, unido al apoyo de su editor Hetzel, hizo que el éxito y las ventas de sus novelas fueran en continuo aumento.

Pasaba días enteros en las bibliotecas de París estudiando geología, ingeniería y astronomía, conocimientos con los que documentaba sus fantásticas aventuras y predijo con asombrosa exactitud muchos de los logros científicos del siglo XX. Habló de cohetes espaciales, submarinos, helicópteros, aire acondicionado, misiles dirigidos e imágenes en movimiento, mucho antes de que aparecieran estos inventos. Esa capacidad de anticipación tecnológica y social le ha

llevado a ser considerado como uno de los padres del género de la ciencia-ficción.

Sus novelas han sido publicadas en todo el mundo, siendo uno de los autores más traducidos de la historia. Títulos tan famosos como *De la tierra a la luna* (1865), *Viaje al centro de la tierra* (1864), *20 000 leguas de viaje submarino* (1870), *Miguel Strogoff*, *Escuela de robinsones...* hacen de Verne un clásico atemporal de la novela de aventuras, con muchas de sus obras adaptadas al cine y la televisión.

A partir de 1850 comenzó a publicar y trabajar en el teatro gracias a la ayuda de Alejandro Dumas. Sin embargo, es con su viaje de 1859 a Escocia cuando Verne inicia un nuevo camino gracias a su serie de los Viajes extraordinarios, de los que destaca, además de los ya citados, *Cinco semanas en globo* (1869) o *La vuelta al mundo en 80 días*.

En 1886 Verne fue atacado por su sobrino, quien le causó graves heridas. Después de esto, y de la muerte de su amigo y editor, Verne publicó sus últimas obras con un toque más sombrío que las alegres aventuras de sus inicios. La última novela antes de su muerte fue *La invasión del mar*.

Falleció en 1905 en la ciudad de Amiens.

Notas

[1] Este cuentecito apareció por primera vez en el *Fígaro Illustré* de enero de 1891. < <

[2] *Raté* en francés significa arratonado, comido, perdido. < <

[3] Apareció por primera vez en el *Fígaro Illustré* de diciembre de 1893. < <

[4] Esta novelita inédita data de la juventud del autor de los *Viajes extraordinarios*, pero fue revisada más tarde y considerablemente modificada. —M. J. V. < <

[5] Esta humorada inédita fue escrita hacia 1863... < <

[6] Esta fantasía apareció por primera vez en lengua inglesa, en febrero de 1889, en la revista americana *The Forum*, y luego se reprodujo, con algunas modificaciones, en lengua francesa; en la versión actual, nos hemos referido con frecuencia al texto inglés primitivo. (M. J. V.). < <

[7] Escrita por Julio Verne en sus últimos años, ofrece esta novela la particularidad de tender a conclusiones pesimistas más bien, y contrarias al optimismo que anima los *Viajes extraordinarios*. < <

[8] Los Andarft'-Iten-Schu no conocían, por consiguiente, a Neptuno. < <

[9] Se ve que, si bien los Andarft'-Iten-Schu conocían el telégrafo, desconocían aún el teléfono y la luz eléctrica en el momento en que el zartog Sofr-A i-Sr se entregaba a estas reflexiones. < <